



LA REVISTA DEL FOMENT
VERANO 2016 — N° 2148

Dossier
**SOBREVIVIR
AL AÑO 2100**
—A. Nuño, I. Vidal-Folch
y I. Peyró

Temas de mañana
**LA EVOLUCIÓN
DE LAS TRES D**
—Alfredo Pastor

Artes&Co.
**RUIZ ZAFÓN:
DESPUÉS DE
'LA SOMBRA DEL
VIENTO'**
—Sergi Doria

Miradas globales
**NIALL FERGUSON
Y MOISÉS NAÍM
ANALIZAN PRESENTE
Y FUTURO**
—Lluís Bassets y Luis Torras

AÑO 2100

BIENVENIDOS
AL SIGLO XXII



 Cuenta
1|2|3
Pymes

Queremos que la historia de tu negocio sea una larga historia.

Por eso, cumpliendo condiciones*, te ayudamos mes a mes con tus gastos, bonificándote en:

1% Nóminas y Seguros sociales.

2% Impuestos estatales: IVA, IRPF, Sociedades...

3% Suministros, seguridad privada y seguros de protección.

también para
AUTÓNOMOS

Y además accedes al Mundo 1|2|3 Pymes con el que obtendrás:

- ▶ Condiciones ventajosas en productos de financiación.
- ▶ TPV 1|2|3 Pymes en condiciones preferentes.
- ▶ Gestor especialista en comercio exterior y mucho más.

 **Santander**

www.bancosantander.es - 900 123 900

Sencillo | Personal | Justo | Como un banco debería ser

* Bonificación de recibos para Pymes y Autónomos con residencia fiscal en España que contraten la Cuenta 1|2|3 Pymes y cumplan sus condiciones: 1) Ingresar al menos 9.000€ en la Cuenta 1|2|3 Pymes o en cuenta de crédito con misma titularidad en los últimos 3 meses; 2) Realizar los pagos de nóminas mensuales a los empleados y pagos de Seguros Sociales; 3) Realizar un mínimo de 6 movimientos en los últimos 3 meses con tarjetas Santander asociadas a la Cuenta 1|2|3 Pymes o en cuenta de crédito con misma titularidad; 4) Comisión de mantenimiento de 9€/mes (si no se cumplen condiciones durante 3 liquidaciones: 18€/mes).

El importe sobre el que se calcula la bonificación se limita a un máximo de 3.000€ mensuales por cada uno de los siguientes grupos: remesas de nóminas y Seguros sociales; impuestos estatales relacionados con la actividad profesional; suministros (agua, gas, electricidad y telecomunicaciones de emisores españoles) y empresas de seguridad privada españolas; seguros de protección de prima periódica meditados o distribuidos por Grupo Santander.

Más información en www.bancosantander.es



— Los movimientos eurófobos proliferan por todo el continente. El *Brexit* del 23 de junio mantiene en vilo a una Europa que vigila, a su vez, el proceso de primarias de los demócratas y republicanos ante las presidenciales de noviembre en EEUU. Sostiene Moisés Naím en la entrevista que publican estas páginas que si sale el *Brexit*, y ganan Trump, en EEUU y Marine Le Pen en Francia, tal vez hubiera que mudarse a Venezuela. Más que una broma, se trata de una advertencia. Una posibilidad poco probable, pero real. Del mismo modo, el economista e historiador Niall Ferguson cuenta que el auge de candidatos como Trump por la derecha o Sanders por la izquierda solo se explica porque hoy la gente “está dispuesta a seguir literalmente a cualquiera que cuestione el *statu quo*”.

Sea o no de este modo, la incertidumbre pesa, tal vez demasiado, en estos días. Sería bueno que la política no estuviera regida en exceso por las artes del teatro, desde la tragedia, el vodevil o la farsa, por un puñado de votos. Al final, los ciudadanos, las familias, las empresas solo desean que los asuntos públicos se gobiernen con el criterio riguroso de la honestidad y la ética, y haciendo posible que los problemas se puedan resolver partiendo de la complejidad pero sin caer en alarmismos y populismos injustificados.

No es temor a lo que vendrá, ni a lo desconocido. Ya se da por descontado. La evolución tecnológica y científica, junto con los empresarios, son los grandes protagonistas del nuevo mundo que ya llegó. Pero si pudiéramos evitarnos algún fuego de artificio que, sin objetivo claro y preciso, nos conduzca a efectos colaterales no previstos e inciertos es bastante probable que los ciudadanos lo celebren. Les deseo una feliz estancia y lectura en estas páginas que apuntan tendencias, relatan hechos, muestran contradicciones, y exploran futuros.

Joaquim Gay de Montellà
Presidente de Foment del Treball

Cerca de ti, con la mejor asistencia sanitaria.

Condiciones especiales para los empleados de las **organizaciones y empresas vinculadas a FOMENT DEL TREBALL** y sus familiares directos: cónyuge e hijos.

Adeslas, la primera Compañía de Seguros de Salud del país con **más de 43.000 profesionales, 1.150 centros de atención médico asistencial, más de 300 clínicas concertadas y 150 clínicas dentales**, pone a tu disposición la posibilidad de asegurar tu salud y la de tus familiares directos en unas condiciones muy ventajosas.

	edad	mes/asegurado*
AdeslasCOMPLETA + Plus DENTAL	0-44	43,04€
	45-54	58,75€
	55-64	89,86€
	65	137,15€
Sin copagos. Con carencias y cuestionario de salud.		
	edad	mes/asegurado*
AdeslasEXTRA 150 Mil + Plus DENTAL	0-44	64,55€
	45-54	88,13€
	55-64	134,78€
	65	205,72€

Adeslas**COMPLETA**

Amplias coberturas tanto en medicina primaria, especialidades y medios de diagnóstico, como en urgencias y hospitalización.

Adeslas**EXTRA 150Mil**

Seguro mixto que permite acceder al cuadro médico de Adeslas, sin desembolso alguno, o elegir médico y centro hospitalario en todo el mundo con un reembolso del 80% en España y el 90% en el extranjero y límite anual de 150 Mil euros.

Plus**DENTAL**

Accede a muchos servicios sin coste adicional: urgencias, limpiezas de boca, consultas de diagnóstico, fluorizaciones, educación bucal y precios especiales en todos los tratamientos dentales.

Condiciones especiales para organizaciones y empresas vinculadas a:



Para más información dirígete a tu Territorial y/o Sectorial de Foment del Treball

— Entrecruzar los pareceres de dos personalidades como el historiador Niall Ferguson y un comentarista internacional de tanto prestigio como Moisés Naím tiene todas las ventajas del contraste y de la complementariedad que matiza y engrandece las perspectivas. Para **F**, ambos hablan de un mundo convulso, de un presente algo desazonador y de un futuro cuyas claves aún no están identificadas. Una orquesta rusa ha actuado en las ruinas de Palmira mientras el Estado sirio y el gran califato luchan sin tregua a la vista. Donald Trump es el candidato republicano a la Casa Blanca. La Unión Europea parece ceder ante tanta incertidumbre. Es un presente de turbaciones y desmemorias, que Moisés Naím y Niall Ferguson, en conversación –respectivamente– con Lluís Bassets y Luis Torras, observan con el privilegio del saber y la inteligencia experta.

Del presente al futuro. En un ejercicio de osadía intelectual, tres escritores tan sagaces como Ignacio Vidal-Folch, Ana Nuño e Ignacio Peyró intentan explicar a los lectores como puede ser el mundo en el año 2100, siguiendo la estela de novelas como *Un mundo feliz* de Aldous Huxley o *1984* de George Orwell. ¿Será para entonces posible la inmortalidad? ¿Se trata de un porvenir que no tendrá lugar? ¿En qué se habrá modificado la naturaleza humana? Se vivirá en un encabalgamiento de fracasos imprevisibles y oportunidades que ni tan siquiera intuimos.

En el bloque “Temas de mañana”, el profesor Alberto Pastor analiza con máxima claridad y rigor el futuro de las tres D. Es decir, demografía, deuda y distribución de la renta. Las tres D influyen indudablemente en la economía y a la vez en el devenir de nuestra sociedad. Por ejemplo: baja natalidad, impagos, desigualdades. Al mismo tiempo, el profesor Pastor advierte que la demografía y la economía suelen equivocarse al proyectar lo de hoy hacia el mañana siguiendo una línea recta. Pero sus análisis sirven de aviso. Algo parecido ocurre con cuál pueda ser el resultado del *Brexit*, según explica Núria González Campaña. Entre tantas otras incógnitas, la Unión

Valentí Puig, director



Europea está ahora mismo pendiente del sí o el no en el referéndum sobre la permanencia del Reino Unido, en un panorama político y económico que fluctúa a merced de una indeterminación crucial.

En su “Carta desde París”, el historiador Jordi Canal escribe al modo del paseante –el *flanêur* parisién, todo un género literario– enlazando paisaje urbano, tradiciones intelectuales, gastronomía, literatura, la experiencia personal y la vida en una capital siempre tan imprescindible, incluso en un mundo cuyo eje parece estarse alejando del mundo europeo. Y en las secciones de “Artes & Co”, antes de la rúbrica final de Imma Monsó, este nuevo número de **F** ofrece un perfil del escritor Carlos Ruiz Zafón, el vínculo entre los bosques y la poesía, arte y terror, el arte de coleccionar en Barcelona, la esencia histórica de Vilnius –capital de Lituania– o la apelación al 150º aniversario del compositor Erik Satie.



Vive el futuro, de Andrés Rigó (rigostudios.com), fue uno de los ganadores de la II edición del premio IlustraFuturos que se celebró en CosmoCaixa con el lema “Experimento año 2100. Qué nos espera en la Tierra del futuro” y que hemos elegido como imagen de portada para este número de **F**.

Edita
Foment del Treball

Dirección
Valentí Puig

Realización
FACTORIA
PRISMA PUBLICITAT

Coordinación
Sergio Escartín

Diseño
Llorenç Perelló Alomar

Contacto
larevistadelfoment@foment.com

Depósito legal: B-17853-2014

ISSN: 2385-7080



se edita en castellano y catalán

Disponible en:



Esta revista ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Foment del Treball no se hace responsable de las opiniones vertidas por los colaboradores en sus artículos. © Foment del Treball. Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción, edición o transmisión total o parcial por cualquier medio y en cualquier soporte sin la autorización escrita de Foment del Treball.

PVP: 10 euros.



Cien Respuestas Inmediatas

RAFA NADAL, TENISTA. ¿Cómo definirías tu profesión? – Un hobby de cuando eres pequeño que se convierte en profesión. ¿Qué se necesita para sacar adelante una idea? – Tienes que creer en ella y tener al lado la gente apropiada. ¿Se puede conseguir solo? – No, uno solo llega hasta donde llega. ¿Qué es lo que más valoras en un socio? – Sobre todo la confianza. ¿De qué depende el éxito? – En muchas cosas depende de ti, pero en otras no eres sólo tú el dueño de lo que va a pasar. En el mundo empresarial para poder desarrollar una idea necesitas que se den otros factores. ¿Qué cambiarías de tu último

año? – Muchos partidos de tenis. ¿Qué te inspira? – El esfuerzo de los demás. ¿Cuál es el mejor consejo que te han dado? – Mi padre me dijo hace muchos años que inventar es muy difícil, que copiar es más sencillo, que copiara las cosas que me gustaran de los demás. ¿Qué talento te gustaría tener? – Mejor servicio. Pide tres deseos. – Salud, para mí y para toda la gente cercana. En lo profesional no pido deseos, me lo tengo que ganar. ¿Volverás a ganar un Grand Slam? – Voy a luchar por ello. ¿Dónde estarás dentro de cinco años? – ¿Y tú? Descubre más respuestas en la web bancosabadell.com/respuestasnegocios.

Los nuevos tiempos en los negocios exigen respuestas inmediatas. Por eso ahora uno de nuestros gestores especializados se desplaza hasta donde estés para responder en el momento a tus necesidades, incluida tu solicitud de crédito. Infórmate sobre este y otros servicios de Banco Sabadell o pide directamente una cita con tu gestor entrando ahora en la web bancosabadell.com/respuestasnegocios.

^BSabadell
Estar donde estés



Sumario



PANORAMA —

- 10** Moisés Naím, en un mundo convulso
- 18** El presente según Niall Ferguson



DOSSIER —

- 28** La inmortalidad ya no es lo que era
- 32** El futuro o la revolución
- 36** Profesor Kim, bienvenido al siglo XXII



TEMAS DE MAÑANA —

- 42** Cómo evolucionan las tres D
- 46** La ética del nuevo mundo
- 48** 'Brexit', ¿un salto a lo desconocido?

CARTAS DESDE —

- 54** París. Los berberechos al vapor en La Cagouille

ARTES&Co. —

- 64 Entrevista** Ruiz Zafón: quince años después de 'La sombra del viento'
- 68 Poesía** Los bosques del poeta / **70 Arte** Representaciones siniestras
- 72 Coleccionismo** El arte de coleccionar en Barcelona / **74 Geografías** Vilnius
- 76 Música** Redescubrir a Satie / **78 De autor** Poder escoger



Las mejores soluciones siempre van contigo



Con **Solred** tendrás las mejores soluciones para el **control y gestión de tus vehículos**.

Hazte socio de la **Asociación Foment** y disfruta de ventajas exclusivas:

Condiciones del acuerdo en la red de **Estaciones de Servicio Preferentes***:

Diesel e+ Neotech	8 cént.€/litro.
Diesel e+ 10 Neotech	10 cént.€/litro.
Efitec 95 Neotech	5 cént.€/litro.
Efitec 98 Neotech	7 cént.€/litro.
AutoGas (GLP)	3 cént.€/litro.
Gasóleo B	6 cént.€/litro.
Dispositivo VÍA-T	Gratuito.

Más cómodo. Más rápido. Mejor.



Paga el carburante, con control y seguridad, sin necesidad de pasar por caja.



Paga los peajes sin necesidad de parar.



Descansa en nuestra red de Áreas de Servicio con parking seguro y WiFi gratis.

Infórmate en repsol.com, en el **902 136 137** o en solred@repsol.com

*Consulta las Estaciones de Servicio incluidas en la Red Preferente en Solred Directo, dentro de repsol.com

F

Horizontes transversales

—En cualquier teoría de la época actual, las complejidades del presente requieren de una especial capacidad de considerar el pasado y de situar el acontecer en perspectivas globales, en las que se entrecruzan política y economía, tecnología y cambio social. Entre los historiadores de hoy, destaca el perfil de Niall Ferguson, por su conocimiento de las finanzas, las paradojas del crecimiento económico o la magnitud de los nuevos actores, como la Unión Europea o China. Su obra como historiador es compacta y de una solidez que confirman libros como, entre tantos, *Dinero y poder* o *El triunfo del dinero*. Como analista de la realidad internacional y de sus inextricables circuitos, el venezolano Moisés Naím —cuyo libro más reciente es *Repensar el mundo*— está empeñado en cartografiar con lucidez las mutaciones de una época que debe reinventarse a sí misma y acentuar el rigor de sus autoanálisis. Son horizontes transversales para el lector de **F**.

10

Moisés Naím,
en un mundo convulso
por Lluís Bassets

18

El presente según
Niall Ferguson
por Luis Torras

MOISÉS NAÍM, EN UN MUNDO CONVULSO

Todo lo que era transitorio se ha convertido en permanente y viceversa. Moisés Naím observa las transiciones de nuestro mundo y en conversación con Lluís Bassets analiza el paisaje global del poder en mitad de la mayor crisis desde la Segunda Guerra Mundial



TEXTO Lluís Bassets — FOTOGRAFÍAS Flaminia Pelazzi

— ¿Quién manda hoy aquí? ¿Hay algo parecido a un nuevo orden mundial en el que alguien ejerza el papel que antaño tuvieron las superpotencias? ¿Qué está sucediendo con el poder en nuestras sociedades y en el conjunto del globo? Moisés Naím ha dado respuestas a estas preguntas en sus dos últimos libros. En el primero, *El fin del poder* (2013), desarrolla la teoría de un mundo en el que el poder es más fácil de adquirir, más difícil de mantener y muy fácil de perder. Y el segundo, *Repensar el mundo*, publicado este año, ofrece “11 sorpresas del siglo XXI”, auténticas fotografías o fotonovelas sobre novedades de este mundo globalizado en el que el poder se ha hecho más volátil y fragmentado.

Moisés Naím —nacido en Venezuela en 1952— no es el único pensador contemporáneo que se ha adentrado en el análisis de la estructura del poder mundial. Son conocidas las teorías de Ian Bremmer, que parte del formato G de las cumbres con las que se organizan el G-7, G-8 y G-20 para describirnos un mundo G-cero. También las de Charles Kupchan, que definen “un mundo de nadie” o las de Zbigniew Brzezinski, sobre un “mundo poshegemónico”. Ninguna ha tenido tanto éxito como la de Naím, cuyo libro *El fin del poder* fue elegido por Marck Zuckerberg, el fundador de Facebook, como título más destacado del año para inaugurar el club del libro de su red social.

En pocas cosas se comprueban de forma mejor los cambios del poder en el mundo como en las clases medias. Unas, las europeas, sienten que lo pierden, y a las otras, las de los países emergentes, les sucede lo contrario. ¿Son vasos comunicantes?

Los cambios en las clases medias afectan a la prosperidad, no al poder. En China no puedes decir a la gente que antes era muy pobre y que ahora forma parte de la clase media, que ahora tiene más poder, porque no es así. Tiene más prosperidad. Y desde el punto de vista de la prosperidad, no hay vasos comunicantes en lo que unos ganan los otros lo pierden, sino una situación de *win-win* en la que todos salen favorecidos.

Quien pierde prosperidad, aunque sea relativa, tiene la sensación de que también está perdiendo influencia y poder y sobre todo que tiene expectativas de perder todavía más.

Recientemente tuve una experiencia reveladora en Washington, donde yo vivo. Vino un grupo de jóvenes políticos europeos, todos muy bien formados y con buena educación universitaria. Parte de la visita era para charlar conmigo. Era un grupo muy pesimista. Por casualidad, con pocos días de diferencia estuve en Pekín y desde allí me fui a una fábrica donde la mayoría de los trabajadores eran mujeres jóvenes cuyas familias estaban a miles de kilómetros ➤➤



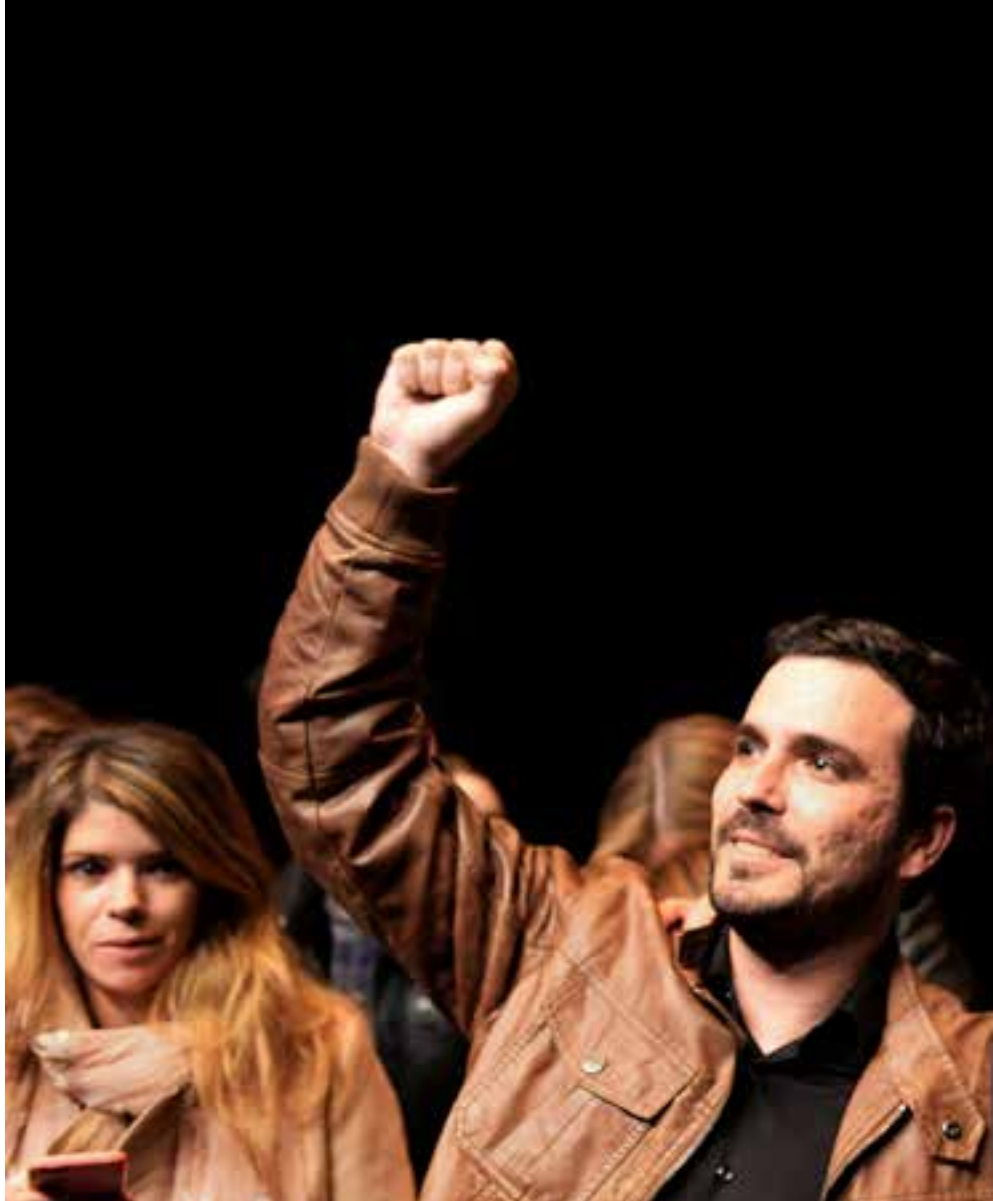
de distancia y vivían en barracas en condiciones inaceptables. Trabajan duramente y ahorran dinero. Ese fue el grupo de personas más optimista con el que me he reunido recientemente. Están seguras de que el futuro les pertenece y que el de sus hijos será mejor que el suyo y el de sus padres. Los líderes políticos, en cambio, estaban convencidos de que sus hijos iban a tener condiciones más precarias. Hay que matizar que estas muchachas viven en un régimen dictatorial y los europeos salen de la cuna de la democracia y la libertad. Son dos contrastes muy importantes, pero ni siquiera las condiciones precarias de estas muchachas les llevan a ser pesimistas.

Hasta ahora hemos creído que era el pasado el que condicionaba el presente pero ahora aparentemente parece que sea el futuro el que influye en el presente. ¿Es posible que las expectativas negativas deterioren e incluso neutralicen los efectos favorables de las políticas correctas que hagamos ahora?

Este es uno de los temas esenciales del libro de Samuel Huntington *Orden político en las sociedades en cambio* de 1968, en el que nos describe cómo las expectativas de los ciudadanos crecen más rápidamente que las respuestas que da el Estado en prosperidad y servicios públicos. Hay una brecha entre lo que la gente espera del Estado y lo que el Estado es capaz de ofrecer. Y son las expectativas respecto al futuro las que dominan las políticas actuales.

Vamos de nuevo a la pregunta sobre el poder que hace usted en sus dos libros. ¿No será en realidad una pregunta occidental de un mundo que se encuentra en declive y con expectativas negativas que se traduce por tanto en una sensación de pérdida irremisible de poder y de influencia?

No. Los determinantes del poder no son solo las expectativas. El poder ya no es lo que era por tres razones: porque es más fácil de obtener, más difícil de usar y más fácil de perder, y eso ocurre porque las barreras que protegían a los poderosos son ahora más fáciles de saltar. Yo agrupé en tres categorías o



revoluciones los factores que están debilitando las protecciones que protegían a los poderosos. Una es la revolución del más. Vivimos en un mundo de proliferación donde hay abundancia de todo, gente, ideas, armas, empresas y grupos políticos y terroristas. Además, todo se mueve más que antes. La segunda es la de la revolución de la movilidad: se mueve la gente, las ideas, los productos y los servicios, mientras que el poder necesita una audiencia fija, un perímetro delimitado, mercados cautivos, de modo que cuando todo es más fluido se encuentra con mayores dificultades para ejercerlo. La tercera categoría es la revolución de la mentalidad, con profundos cambios en expectativas, aspiraciones, posibilidades, exigencias, tolerancias e intolerancias. Tenemos

estadísticas impresionantes desde hace mucho tiempo sobre estos cambios de mentalidad que erosionan las barreras del poder y las hace más vulnerables. Cuando comparamos las series de encuestas con diez años de diferencia, nos damos cuenta de que ya estamos en un planeta diferente. ¿Y cuál es el país donde más se perciben estas tres revoluciones? China. Esta es la respuesta a la pregunta sobre si se trata de un fenómeno occidental.

Algunos piensan que estamos ante una especie de refeudalización o regreso a un mundo organizado desde la fragmentación.

Discrepo de la visión neomedievalista. Creo que es una metáfora insuficiente. Quienes la utilizan tienen como ancla



Alberto Garzón y Pablo Iglesias saludan con el puño en alto tras sellar el acuerdo para ir juntos a las elecciones generales [Foto de Eduardo Parra/ Getty Images]

El poder se ha desplazado, pero también se ha modificado. Podemos le puede quitar votos al PSOE, pero el poder que obtiene nunca será equivalente al que tuvo el PSOE en su mejor momento

empírica lo que pasó en el medievo en Europa, un fenómeno extraordinariamente local, muy acotado y que afectaba únicamente al territorio donde se producía. Ahora no tan solo es global, sino que además es instantáneo y simultáneo, afecta a todos y a todo el mundo, en todas partes por igual, y tiene una dinámica, una velocidad y unos determinantes que hace muy difícil que aparezcan centros de poder fragmentado permanentes.

Necesitamos, efectivamente, repensar el mundo. ¿Por qué repensar y no pensar?

Porque hay buenas ideas que hay que utilizar y cuidar, sí. Al igual que hay otras que desechar, ideas zombis que son las que gustan a quienes practican la necrofilia ideológica, tal y como explico en mi último libro.

Hay muchas formas de abordar el cambio. ¿Es entonces una cuestión

de ideas que hay que repensar y seleccionar? ¿O es una cuestión de instituciones, es decir, de confianza en los partidos, gobiernos, parlamentarios? En ‘El fin del poder’ afirma que “necesitamos recuperar la confianza en el Gobierno y en nuestros dirigentes políticos”. ¿O es un problema de democracia? A fin de cuentas, la democracia es difusión del poder y la difusión lleva a su vez a dificultades en el ejercicio de la propia democracia.

Yo observo el fenómeno de otra manera, concretamente intento comprender el poder en el mundo actual a partir de las variables que ya he mencionado y que están repertoriadas en las tres revoluciones del más, de la movilidad y de la mentalidad, y eso al final es lo determinante.

Es decir, que al final el poder es más barato, más abundante, más deteriorable, tiene peor calidad, es más volátil.

Es un cambio en el que el poder se ha desplazado y en su desplazamiento se ha modificado. En muchos ámbitos el poder está pasando de A a B. Lo que recibe B es más degradado que lo que tenía A. Sirve para entender Podemos o Netflix. El PSOE era un partido político muy importante y ahora está Podemos que le quita votos, pero el poder que obtiene nunca será equivalente al que tuvo el PSOE en su mejor momento. Lo mismo sucede con HBO respecto a Netflix, en este caso el poder pasa de una productora de series televisivas a una empresa que en su origen distribuía DVD por las casas.

¿Ha cambiado entonces la naturaleza del poder?

No. La definición del poder es la misma. Sigue siendo la capacidad de conseguir que otros hagan algo o dejen de hacerlo según la voluntad de quien lo ejerce. El poder sigue siendo lo que siempre ha sido. Lo que cambia es cómo lo obtienes, cómo lo defiendes y cuáles son las restricciones que tienes para ejercerlo.

En su libro ‘Repensar el mundo’ ofrece lo que llama “111 fotografías ▶▶

La “Doctrina Obama” viene a decirnos que a los gobiernos se les atribuyen capacidades que no tienen o que incluso teniéndolas nunca podrán ejercer por diversos motivos

del nuevo mundo global”. En ‘El fin del poder’ armó la teoría y en este, en cambio, da las visiones, como fogonazos, de este cambio. Si tuviera que escoger la imagen de portada del fin del poder, ¿qué foto escogería?

La imagen no sería una foto sino una película, una especie de caleidoscopio que se mueve a gran velocidad y hace difícil identificar algo o a alguien. No hay un objeto protagonista, un galán, no hay un héroe o mujeres bonitas, sino que hay mucho de todo.

¿Y cómo definiría en pocas palabras el estado de este mundo?

Es un mundo en convulsión, en el que todo lo que creíamos permanente se ha vuelto transitorio y lo que creíamos transitorio se ha vuelto permanente. No tenemos nuevas palabras para explicarlo. Responde a una frase famosa del comunista italiano Antonio Gramsci: “Lo viejo está muriendo y lo nuevo está por nacer”.

Es la definición de una crisis revolucionaria.

Sí, claro. Pero no es la revolución marxista, sino una revolución de otro orden que está trastocando el orden del poder. La estructura de poder está siendo transformada pero no en la dirección que creía Gramsci sino exactamente la contraria.

La aportación más reciente y polémica respecto al análisis del estado del mundo es quizás la entrevista que ha concedido Barack Obama a Jeffrey Goldberg para la revista ‘The Atlantic’ en el número de abril del 2016, titulada precisamente “La Doctrina Obama”, que nos ha proporcionado algunas sorpresas respecto a la aproximación estadounidense a Europa y a Oriente Próximo.

La entrevista marca realmente un hito. Obama revela puntos de vista cuyas manifestaciones habíamos visto,

pero que ahora precisa muy bien. La “Doctrina Obama” vale como una reivindicación del fin del poder. Obama viene a decir: nos atribuyen capacidades que no tenemos o no podemos ejercer. Hemos creído que podíamos imponer la democracia en Irak y nos equivocamos de una manera trágica que ha costado cientos de miles de vidas y miles de millones de dólares. ¿Ustedes creen que yo voy a ir a la guerra contra Rusia por Crimea? ¿O que voy a mandar una fuerza expedicionaria de los marines a Siria? El mensaje es que hay respetar los límites y las debilidades del poder de EEUU, dentro del hecho de que nadie discute que es el país más poderoso del mundo. Yo tuve una experiencia que quiero contarle. El jefe del Estado Mayor de EEUU, que es el oficial militar de mayor grado, me invitó a reunirme a solas con todos sus comandantes para discutir sobre mi libro. Son los jefes militares más poderosos de toda la historia de la humanidad. Nadie tiene ni ha tenido mayor poder militar en sus manos, y sin embargo querían hablar de los límites de su poder y del fin del poder. Es lógico, porque una potencia militar de la envergadura de EEUU confronta restricciones importantísimas a la hora de afrontar las amenazas a la seguridad nacional, que ya no provienen de los enemigos clásicos ni siquiera de los Estados fallidos. Un buen ejemplo es el Estado Islámico. ¿Quién hubiera imaginado que una banda de vándalos en medio del desierto acabarían teniendo suficiente poder como para trastocar la dinámica del mundo, involucrar a Rusia, provocar el miedo en toda Europa y parte del mundo, desencadenar una oleada de atentados y provocar migraciones masivas? La conversación sobre las limitaciones que tiene el ejercicio del poder entre estos militares tan poderosos es muy interesante porque ves que ellos mismos son los primeros que reconocen sus limitaciones.

Estamos ante un hecho insólito, en todo caso, como es que un presidente diga que el poder militar no lo soluciona todo, que hay que restringir su uso y reflexionar muy bien antes de usarlo.

Yo creo que viene determinado por la experiencia reciente, cuando EEUU violó esa visión de los límites. La idea prepotente de que se puede andar por el mundo como el *sheriff* poniendo ley o orden en un mundo anárquico es la que produjo las tragedias que hemos conocido. Pero es interesante ver cómo en los debates de los candidatos republicanos el tema de la seguridad nacional se sigue planteando de la misma manera, que es exactamente la opuesta de Obama. Si hemos escuchado a Trump o a Cruz vemos el tono bélico de los debates republicanos. Parece que están listos para ir a la guerra mañana.

Obama nos dice que el nuevo orden puede venir garantizado por Estados Unidos, como superpotencia consciente, que se restringe a sí misma, pero siempre que añadamos el multilateralismo, y esto es lo que puede dar un cierto orden mundial. ¿Puede EEUU convencer a los otros para que acepten su aproximación al multilateralismo?

Hablemos primero de las alianzas. Obama muestra una impaciencia creciente con respecto a lo que llama *free riders*, los gorriones que se montan al autobús sin pagar e intentan obtener sus servicios gratis. La paciencia y la tolerancia de EEUU son clave. El mundo se echa a dormir y cuenta con que otro va a resolverle el problema. Por ejemplo, el caso de Siria. ¿Dónde están los países árabes, dónde está Europa? ¿Por qué tiene que ser EEUU quien mande las tropas para que las masacren? Si Europa quiere formar parte de la conversación tiene que empezar a pagar su parte. Tiene que cumplir con su deber si quiere que se la tome en cuenta. Así va a tratar EEUU a sus aliados a partir de ahora, ya ➤



no solo como a niños mimados. En cuanto al multilateralismo, la idea de que voy a convocar a 192 países y que enfrentaré los grandes problemas con el acuerdo de todos es imposible. El multilateralismo ha logrado grandes cosas y ha enriquecido a las compañías de catering que organizan las cumbres pero luego no da resultados. Suena bien y suena democrático pero no obtiene los efectos esperados. Cada vez más queda claro que los problemas no serán resueltos por un solo país, por grande y fuerte que sea; y que solo se hará actuando los países unidos y colectivamente, ante el cambio climático, el terrorismo, el lavado de dinero, las pandemias. Los 192 países nunca se pondrán de acuerdo. Yo propongo el minilateralismo, buscar el mínimo de países que generan el máximo impacto en la solución de los problemas. Hay que ver cuáles son los problemas y cuáles los países que pueden resolverlos, buscar el número de países que generan el máximo impacto, sean ocho, doce, o quince, pero no 192. Si ellos lo logran, los otros se unirán más tarde.

Vamos a Europa, muéstranos la foto de cómo la ve actualmente.

Abrumada, confusa, en transición y con falta de entusiasmo. Yo soy un europeísta fanático. Soy radical en pocas cosas, pero en cuanto a la importancia de Europa unida, soy extremista. Europa debe estar unida para tener más fuerza a escala europea y mundial. El mundo es mejor si hay una Europa fuerte. Es muy importante que Europa participe intensamente en la conversación global, porque es sinónimo de libertad, democracia, derechos humanos, igualdad de género. Y yo quiero que estos valores tengan fuerza y presencia en el mundo, lo que no ocurre con la Europa actual. En vez de trabajar juntos estamos preocupados por el *Brexit*, por la fragmentación, por la crisis económica. Europa está amenazada por una economía anémica, una demografía inadecuada, una competitividad insuficiente, una avalancha de refugiados y migrantes que viene de todas partes, además de las amenazas expansionistas rusas y el terrorismo islamista. Ni uno solo de estos problemas puede resolverlos un país por sí solo, ni siquiera los grandes, ni siquiera Alemania sola. Es imprescindible que se recupere la facultad de

actuar políticamente juntos. Y esto no va a suceder hasta que los políticos no entusiasmen de nuevo a los europeos.

Si EEUU se retrae, si los europeos se dividen, los populismos ascienden y solo el populismo de izquierdas sirve para frenar al populismo de derechas, en poco tiempo Rusia tendrá posibilidades de controlar el espacio político euroasiático.

Sí, estamos a tres elecciones del Armagedón. Si sale el *Brexit* en el referéndum, gana Trump la presidencia y también lo hace Marine Le Pen en Francia, entonces hay que mudarse a Venezuela. No creo que suceda. Pero tampoco hay

que olvidar que Vladimir Putin no es inmune a las tendencias que yo describo. También él sufre las limitaciones de todos en el ejercicio del poder. El otro día anunció la creación de una especie de milicia nacionalista de 400.000 efectivos, presumiblemente destinada a salvaguardar fronteras, pero que todos sabemos que es una guardia pretoriana para controlar cualquier intento de insurgencia. Eso refleja la lectura que hace Putin de la fragilidad de su situación política y social. Rusia está en una situación difícil. No hay por qué suponer que la caída de su economía no está generando en las nuevas clases medias la misma incomodidad o insatisfacción



que se da en otras partes del mundo. Y que esa insatisfacción puede llevar a querer cambiar las caras de quienes rigen los destinos del país.

Hablemos, para finalizar, de España; de la actual crisis política, del cuestionamiento de la transición, de su desaparición de la escena internacional. ¿Qué nos ha pasado a los españoles? ¿Qué ha pasado para que un país que parecía tan brillante hace pocos años de pronto se encuentre en esta situación?

Ya utilicé el caso español en mi libro *El fin del poder*, donde hablaba de la fragmentación del poder, la vetocracia y el

fenómeno de Podemos. España es ahora un país bloqueado, en el que se sabe lo que hay que hacer pero cuesta muchísimo hacerlo; ocupado en discusiones sobre problemas locales que hacen perder de vista las grandes limitaciones que tiene para el futuro y las exigencias de atención urgente a todas ellas. Tengo la impresión y la esperanza de que en España vamos a ver un renacer de liderazgos. Ahora hay un concurso de impopularidades entre los líderes. De ahí los altos índices de rechazo. Y sucede también con los nuevos. Esto no es sostenible a largo plazo. Hay un apetito de líderes nuevos y diferentes. Y cuando hay demanda termina apareciendo la oferta. España sufre un fuerte parroquia-

lismo, que es temporal. Impide ver más allá de los horizontes inmediatos. Y se explica porque acaba de recibir un mazazo económico enorme. El sufrimiento ha sido grave y grande. La desilusión por la corrupción, extraordinaria. La lista de errores y horrores es fácil y está todo el día en primer plano en las tertulias y los programas de radio y televisión. Se están equivocando. Hay también una lista estimulante de logros y cuestiones positivas. Esta lista tiene que empezar a aparecer. Hay que regresar a una visión afirmativa sobre España. Hay un catastrofismo que se ha instalado en la sociedad. Que se vayan todos, todo es malo, no tiene remedio. Es mentira. Este país tiene capacidades únicas, tiene talentos especiales.

Para terminar, me gustaría que me diera una pincelada de cómo ve desde Washington el debate sobre la independencia catalana.

Creo que se ha puesto de moda en el mundo reformar o cambiar constituciones y yo estoy en contra. En un mundo tan cambiante y volátil, donde todo es transitorio y confuso, las sociedades necesitan estabilidad. No quiere decir que no haya constituciones defectuosas. Lo es la de Estados Unidos. Pero en un mundo de tanta turbulencia, si encima rompes las reglas de convivencia... No estoy seguro de que de una reforma constitucional en un ambiente tan confuso y lleno de demagogia salga algo mejor. Esta observación es general, no tiene que ver con España. Mi segunda reacción es respecto a Europa. No hay ningún problema europeo o español que se resuelva con más fragmentación. Soy partidario de la integración y de la unificación. Creo en más y no en menos Europa. Esto es lo que el mundo requiere. Hay formas de relanzar y solucionar esta situación y luchar por la unión de todos. Esto no quiere decir que desconozca la manera como España ha maltratado y malquerido a Catalunya y a los catalanes, las asimetrías, las balanzas fiscales desequilibradas, pero hay formas, por supuesto, de mitigar este malquerer y este maltrato histórico de forma que no signifique menos Europa ni menos España. ●

Lluís Bassets es periodista y autor de 'La gran vergüenza. Ascenso y caída del mito de Jordi Pujol'



El presidente de Estados Unidos, Barack Obama, y la canciller alemana, Angela Merkel, durante su reciente visita a la Hannover Messe, la mayor feria mundial de tecnología industrial

[Foto de Michael Ukas - Pool / Getty Images]

EL PRESENTE SEGÚN NIALL FERGUSON

Para que el populismo cuaje tan solo con la crisis financiera no es suficiente. Según el historiador Niall Ferguson, hace falta también que amplias capas de la sociedad consideren que la élite política de los partidos tradicionales no sirve al interés general sino a la preservación del ‘statu quo’



TEXTO Luis Torras — FOTOGRAFÍAS Jerome Favre/Bloomberg

— Niall Ferguson (Edimburgo, 1964) es el gran historiador –historiador-economista– de su generación. En la actualidad ocupa la cátedra Laurence A. Tisch de Historia en Harvard, donde es profesor. Ferguson además es investigador en Oxford, su *alma mater*, y en la Hoover Institution de Stanford. Sus artículos aparecen en *The Boston Globe*, *The Sunday Times* o en *El País*. Sus ensayos son ya uno de los puntos de referencia obligados dentro del amplio espectro del centro-derecha conservador y liberal en sentido clásico. Pese a su relativa juventud, la obra de Niall Ferguson –en gran parte traducida al castellano– es extensa: en *Imperio* (2003) explora las contribuciones y el papel del Imperio Británico en la historia universal; *Coloso* (2004) aborda de forma sintética la historia de Estados Unidos y las causas de su actual declive relativo; *El mundo en guerra* (2006) repasa los efectos y las consecuencias de las dos grandes guerras mundiales; *Civilización* (2011), probablemente una de sus obras más destacadas y célebres, en la que

explora la gran convergencia entre Occidente y potencias emergentes, una de las grandes cuestiones de nuestro tiempo, o *La gran degeneración* (2013), imprescindible para entender la coyuntura del conjunto de economías desarrolladas. Escocés como Adam Smith, aborda con gran rigor el tema económico en dos de sus obras más notables: *The Cash Nexus* (2001), *El triunfo del dinero* (2008), o las biografías magníficas de dos de las familias de banqueros judíos más importantes: los Rothschild y los Warburg. Gran parte de sus obras han dado pie a miniserries de televisión presentadas por el propio autor. Su último libro, sin duda el más polémico dentro de toda su trayectoria, es el primero de los dos volúmenes que configuran la biografía, autorizada, de Henry Kissinger con el título de *Kissinger: 1923-1968: The Idealist*. Esta entrevista tuvo lugar en Nueva York, en la New York Historical Society, un edificio de estilo neoclásico en el Upper West Side, junto al célebre Museo de Historia Natural, y con vistas a Central Park. ➤➤



En primer lugar, Europa. En Gran Bretaña se sitúa uno de los principales frentes políticos para el conjunto de la Unión Europea con el desafío que supone el referéndum ‘in-out’ pactado por Cameron y Bruselas, el llamado ‘Brexit’. ¿Johnson o Cameron?

David Cameron, por supuesto. Para mí, los argumentos están bastante claros. Existe un argumento económico muy fuerte y muy claro: los costes para el Reino Unido serían muy altos. Pero después también existe un argumento estratégico que en mi opinión es el factor realmente determinante. Para entender este elemento conviene tomar perspectiva. Si observamos la trayectoria a largo plazo del Reino Unido una lección recurrente es que nuestra historia está estrechamente ligada a la del conjunto del continente. Existe un compromiso continental muy real. Desde esta perspectiva histórica, la pertenencia del Reino Unido al orden europeo es una opción claramente mejor que no estar fuera y tener que intervenir, digamos, en los asuntos europeos desde fuera, de forma esporádica y de menor vinculación.

La salida del Reino Unido tiene también importantes consecuencias para el resto de la Unión.

Sin duda. De ahí también la comprensible preocupación por parte de Bruselas y del conjunto de las instituciones europeas. Además, hay un tema de *momentum* con respecto a las reformas necesarias en el seno de la Unión Europea y el papel, positivo, que puede ejercer el Reino Unido en estas. En uno de mis artículos explicaba cómo yo mismo he sido muy escéptico sobre la Unión Europea, o de una buena parte de lo que configura el entramado institucional europeo. He expresado mi escepticismo y mis dudas con respecto a la moneda común, por ejemplo, entre otros aspectos más generales como la propia integración –política– de Europa. Soy escéptico con respecto a la idea de una Europa federal –que implicaría una unión política muy fuerte –, pero es importante entender que este sano escepticismo sobre algunos aspectos del desarrollo del proyecto europeo no es exclusivo de los británicos. Muchos europeos tienen dudas sobre el rumbo que

tienen que tomar algunos de los aspectos centrales de la integración europea, en los que coexisten diferentes modelos y maneras de proceder.

La crisis económica ha alimentado esta visión escéptica, o al menos con reservas, sobre la integración europea...

En efecto. Creo que la experiencia ha demostrado cómo muchas de estas reservas, por ejemplo, con respecto a la moneda común tenían una base sólida. No creo que el euro fuese una buena idea, y creo que el acuerdo Schengen también se ha demostrado que tampoco era una buena iniciativa. Tengo la sensación de que el consenso europeo se ha ido desplazando ligeramente hacia las posiciones que históricamente había defendido el Reino Unido durante estos años de profunda crisis financiera global y también dentro del seno de la propia Unión. Entiendo que hay una mayor sensibilidad hacia la postura británica. Quizás necesitemos una Unión a dos velocidades. Hay que reflexionar sobre el límite del federalismo europeo, límite impuesto en última instancia por los propios ciudadanos de la Unión.

Entonces, ¿referéndum sí o no?

En este sentido, creo que el momento para plantear el referéndum no puede ser peor para que el Reino Unido se plantee abandonar la Unión Europea. Parece que el consenso se desplaza hacia nuestras posiciones y que es más factible plantear una reforma de la propia Unión que reconozca ciertas realidades a veces olvidadas por la burocracia de Bruselas.

¿Pesa, el tema sentimental?

Por desgracia, sí. Creo que hay un sentimiento nostálgico y bastante ingenuo, un nacionalismo romántico que de alguna manera ve en la salida de la Unión el fin a todos los males, y que permitiría volver a un estadio similar al del siglo XIX, con una soberanía nacional fuerte en la que poder hacer prevalecer los intereses nacionales. Obviamente, todo este esquema ha quedado ya desbancado no ya por Europa, sino por las fuerzas de la globalización y la fragmentación del poder. Tengo la impresión de que Boris Johnson se ha sentado en el vagón per-

El candidato presidencial republicano Donald Trump habla a sus seguidores en un evento de recaudación de fondos en Nueva Jersey el pasado 19 de mayo [Foto Ricky Carioti/The Washington Post via Getty Images]

dedor. Espero y deseo que el referéndum ratifique la pertenencia del Reino Unido a la Unión Europea y que Cameron salga reivindicado con el proceso. Pero no voy a negar que vaya a ser una campaña difícil, con un resultado muy ajustado. Los sentimientos pueden nublar el juicio de las personas más inteligentes, como ocurre con el *Brexit*. La pérdida del referéndum y la salida de la Unión Europea del Reino Unido sería un desastre para Inglaterra. Y digo Inglaterra y no Reino Unido porque la situación resultante de esta derrota en el referéndum daría pie a que Escocia pudiera pedir un nuevo referéndum en el Reino Unido para separarse, ahora sí, del Reino Unido y adherirse de nuevo a la Unión Europea. Por eso subrayo los enormes costes para Inglaterra de querer ir sola.



¿Cuál sería el coste?

Cierto. Están ahí los costes del divorcio. Yo he estado divorciado, y no es algo agradable; es un proceso duro y muy doloroso. Se ha pactado un periodo de dos años para negociar la salida definitiva de ganar el sí, pero no creo que este proceso tenga ningún elemento beneficioso para el conjunto del continente sino más bien todo lo contrario. La aversión al riesgo –el peso de los argumentos económicos– será el principal factor, y, como sucedió en Escocia, determinará el resultado a favor del no, es decir, mantener el actual estatus con la Unión Europea.

Cambio de escenario. ¿Qué está pasando en la política norteamericana? ¿Tampoco es inmune al populismo?

Parece que así es. Antes de nada, tendría-

“Creo que hay un sentimiento nostálgico y bastante ingenuo, un nacionalismo romántico, que de alguna manera ve en la salida de la Unión el fin a todos los males, y que permitiría volver a un estadio similar al del siglo XIX, con una soberanía nacional fuerte en la que poder hacer prevalecer los intereses nacionales”

mos que hacer una consideración general. La magnitud del ajuste económico, de la crisis, y eso es una constante en la historia, hacía pensar que la fuerza del vaivén tendría una traslación directa en el ámbito político y social. Lo hemos visto en prácticamente todos los países: con más o menos intensidad, la mala situación económica y la complejidad para hacerle frente ha dado alas a las fuerzas po-

pulistas de todo tipo y condición. Hemos visto un fuerte populismo de izquierdas en el caso de España, por ejemplo; y en el Reino Unido u otros países del norte de Europa, un populismo de derechas. Para que el populismo cuaje se necesitan dos elementos principales. Únicamente la crisis financiera no es suficiente, hace falta también la sensación generalizada por parte de amplias capas de la sociedad ➔

“Las principales críticas que se pueden hacer a la presidencia de Obama se centran en su política exterior. Hemos pasado de la sobre-reacción -extralimitación- de Bush en Irak, a la inacción en algunos casos de Obama en Siria con las consecuencias que ello ha tenido”

de que la élite política, el *establishment* político de los partidos tradicionales, no está sirviendo al interés general sino que una parte importante de sus fuerzas va destinada a la protección del *statu quo*.

Tengo la impresión de que este sentimiento, la desconfianza con respecto a los que tradicionalmente han mandado, ha cogido mucha tracción en Estados Unidos y es el principal elemento que explica el auge de candidatos como Trump por la derecha o Sanders por la izquierda.

¿No vienen de lejos las causas de este descontento?

Las presidencias de George W. Bush y Obama deben entenderse de manera conjunta. De alguna manera una es reacción contra la otra. Si Bush sobre-reaccionó con su política exterior; Obama ha reaccionado precisamente de forma contraria. Bush no supo atajar la extraordinaria burbuja en el sector financiero; Obama se ha pasado buena parte de su presidencia pretendiendo hacer frente a las consecuencias. Para ser justos con Obama, creo que podía haber sido una presidencia mucho más desastrosa. Pese a no ser un gran fan de los planes de estímulo, ni haber sido un gran fan de las políticas del Obamacare, y ciertamente no he sido un gran fan de la ley Dodd-Frank –nuevo marco normativo para la banca que ya acumula más de 22.000 páginas de nueva legislación–, creo que la historia mirará la presidencia de Obama con un cierto aire positivo porque se evitó una segunda Gran Depresión. Debo decir que en gran parte es mérito de Ben Bernanke, entonces presidente de la Reserva Federal. Al final ha sido un político con una agenda progresista y que, sorprendentemente, ha conseguido llevar a cabo una parte no menor de esta agenda legislativa y debemos reconocerle este mérito.

¿Cuáles serían los puntos flojos de la presidencia de Obama?

Mi principal crítica a Barack Obama en clave doméstica sería su incapacidad de trabajar con el Congreso. Sin embargo, creo que las principales críticas que se pueden hacer a la presidencia de Obama se centran en su política exterior. Hemos pasado de la sobre-reacción –extralimitación– de Bush en Irak, a la inacción en algunos casos de Obama en Siria, con las consecuencias que ello ha tenido. Obama resistió todas las advertencias y los consejos que recibió sobre el tema sirio, incluidos los realizados por miembros de su propia administración y junta de jefes del Estado Mayor para actuar. La inacción de Obama en Siria ha dado lugar a una situación de conflicto, inestabilidad y abusos contra la población civil incluso mayores que las consecuencias de la sobre-reacción de Bush en Irak en 2003. De nuevo hablemos de populismo. En Estados Unidos, el americano medio tiene el derecho, mirando atrás en estos últimos años, a decir que no hemos estado “bien servidos”, por decirlo de algún modo. Hemos sido mal servidos en el exterior, donde nuestra seguridad no ha mejorado, muchos soldados han dado su vida sin un objetivo justo, y los norteamericanos han sido mal servidos en casa. Ahí, tras una crisis, la recuperación era débil, anémica y muy desigual.

Podríamos decir que el populismo puede ser muchas cosas pero no una sorpresa.

No para quien tenga algo de memoria histórica. Todo este descontento ha sido una gran materia prima para las opciones populistas, que lo han sabido descargar contra el *establishment* de los dos grandes partidos. Creo que esta es la mejor manera de explicar el auge de Donald Trump, que ni siquiera ha necesitado articular

un mensaje muy sofisticado o desarrollar propuestas. Prácticamente no ha hecho nada más que lanzar vituperios contra el resto de candidatos, con una fuerte carga emocional. Estoy convencido de que de no haber existido Trump, la gente hubiera buscado cobijo en cualquier otra figura populista a la que seguir, que cargara contra el *establishment* sin importar mucho exactamente en qué consiste la alternativa con la que se pretende reemplazar las opciones, digamos, tradicionales. Que alguien como Bernie Sanders haya llegado tan lejos resulta otro síntoma claro de que hoy la gente está dispuesta a seguir literalmente a cualquiera que cuestione el *statu quo*; en este caso, Clinton y su entorno. Resulta sorprendente que su discurso pueda atraer a tanta gente joven, pero se trata de un votante que únicamente apoya a Sanders porque no es Hillary Clinton.

Lo mismo ocurre en Europa. Son las mismas fuerzas –con otros elementos– las que están impulsando el voto a partidos como Podemos o la CUP, un voto joven.

Lo mismo que ha pasado en la bancada demócrata con Sanders está pasando en la bancada republicana. Al final, lo que más y de forma más recurrente ha hecho Trump es criticar a los candidatos del *establishment* y con un mensaje tremendamente simple y punzante. De ahí también parte de este éxito tan repentino. Imaginemos que eres un joven americano medio, de alguno de los estados del Medio Oeste, o de alguno de los muchos cinturones industriales. Ahí los últimos quince años no han sido buenos. Su situación hoy es manifiestamente peor que en el año 2000 y con unas perspectivas mucho más limitadas. Y, de repente, un candidato te ofrece una explicación simple y plausible. Lo que Trump está ➤➤



Richard Nixon había leído la obra de Kissinger y había quedado genuinamente impresionado de su visión de los asuntos de política exterior, fundamentales para su mandato presidencial. Creo que la visión que tenía Nixon para su presidencia requería de un asesor de Seguridad Nacional que pudiera ser un instrumento

diciendo es que tus problemas se deben a la globalización económica o a China. De ahí sus políticas proteccionistas. Luego, la inmigración, México y de ahí las políticas de limitación y control severo de la inmigración. No creo que esta sea una explicación satisfactoria o correcta, pero sí resulta plausible.

Desde el punto de vista de la Europa mediterránea, este fenómeno da cierta perspectiva de por qué tenemos cierta tendencia a pensar que estos males solo nos afectan a nosotros. Da cierta perspectiva ver cómo en una democracia asentada como la americana tampoco está exenta del auge populista.

Y es una pena y un gran riesgo para la solidez institucional y el progreso en el conjunto de Occidente. Es un tema que trato en mi ensayo *La gran degeneración*. Tradicionalmente, los sistemas bipartidistas habían sido una fórmula muy eficaz para mantener a raya a los populismos y los extremismos dentro del gran consenso de los dos grandes partidos. En el Reino Unido pero también en España o en Estados Unidos. Por ejemplo, el Partido Republicano y el Partido Demócrata de manera efectiva habían tenido mucho éxito –también los partidos conservador y laborista en el Reino Unido– a la hora de mantener cierta unidad en torno a los grandes consensos marginando en los extremos a la minoría radical y populista, sea cual sea el sesgo ideológico. De hecho, en la historia política de Estados Unidos ha habido ciclos electorales con cierto sesgo populista pero que siempre han acabado absorbidos por los amplios consensos de los grandes partidos. Es el caso del Tea Party, que ha acabado disolviéndose para integrarlo en las diferentes corrientes del Partido Republicano. Por ello resulta alarmante que sea posible pensar que Donald Trump gane la nominación republicana. Si lo consiguiese, y la candidata demócrata fuese Clinton,

existe una posibilidad muy real de que Trump pudiera vencer en los comicios.

Estamos en territorio político inexplorado.

Es algo nuevo. Igual está sucediendo en Europa. Hace tan solo unos años me hubiera parecido descabellada la idea de que alguien pudiera votar a favor de que el Reino Unido dejase de ser miembro de la Unión Europea. Hoy, tras la debacle financiera y las consiguientes consecuencias, es una opción que resulta factible para un gran número de británicos y existe una posibilidad real de que suceda. Estamos en aguas desconocidas, aunque estas reacciones y movimientos no deberían ser una sorpresa. No para un historiador. En 2009 recuerdo que concedí una entrevista para un periódico canadiense que entonces citó una frase sacada de contexto que llamó mucho la atención: “Habrá sangre”, dije. No quise decirlo en términos tan plásticos. A lo que me refería es que de manera irremediable el *shock* macroeconómico iba a tener un fuerte impacto y consecuencias en el ámbito social y político. De alguna manera, era lógico esperar una política fuera de lo habitual después de que la economía hubiese transitado por una trayectoria claramente fuera de “lo normal”.

El último libro de Ferguson, y sin duda su obra más popular y que seguramente dará más que hablar, es el primer volumen de la biografía autorizada de Henry Kissinger (con acceso a sus papeles privados). Sorprende el descubrimiento de un Kissinger kantiano, liberal en el sentido clásico de la palabra. ¿Cómo es eso? ¿Es Kissinger kantiano o hegeliano?

Buena pregunta. Explorar la base intelectual del personaje es quizás la parte más importante, y diría más interesante, de este primer volumen. Dada su presencia pública, todos tenemos impresiones

preconcebidas sobre Henry Kissinger. En general, se tiene una visión de él un tanto maquiavélica, el diplomático realista, el gran defensor de la *Realpolitik*. Me di cuenta de que no era así cuando me puse a examinar sus papeles privados, de joven, diarios personales o correspondencia –cartas que escribía a sus padres, por ejemplo–. El lector descubrirá una vertiente desconocida de Kissinger. El acceso a este material me motivó para escribir el libro. Me di cuenta de que la profundidad y de los matices de la figura del Kissinger joven, del Kissinger idealista, al menos durante la primera parte de su vida, eran muy distintos a los que yo suponía.

¿Cómo fue este proceso de redescubrimiento del personaje?

La verdad es que cuanto más leía y más buceaba entre los papeles de Kissinger más creció esta emoción al ir descubriendo poco a poco los caminos por los cuales transitó la mente del joven soldado, primero, intelectual en Harvard, después. Una experiencia vital es su participación directa durante la Segunda Guerra Mundial sobre terreno alemán. Será un episodio tremendamente influyente para el joven Kissinger. Regresaba así a su país natal, de donde tuvo que emigrar con parte importante de su familia para huir de los nazis. Entonces, Kissinger desarrolla una relación que le marcará mucho durante estos años con Fritz Kreamer, su teniente en el ejército y mentor. Esta experiencia bélica le servirá a Kissinger para desarrollar un escepticismo creciente sobre la eficacia del aparato militar para lograr fines políticos. Luego está su exitoso paso como estudiante en Harvard. Destaca rápidamente. En un primer gran trabajo académico analiza la filosofía de la historia de tres figuras claves y tremendamente influyentes en su época: Spengler, Tonybee y Kant. Ayuda mucho a entender su posterior acción política.



¿Kissinger es intelectual antes que político?

Así es, y por eso creo que este primer volumen de su biografía debiera leerse sin tener en cuenta su acción política posterior. En 1954 escribe *Un mundo restaurado* –publicado en 1957–, un potente ensayo sobre el Congreso de Viena. En fin, sus años formativos descubren un Kissinger kantiano y que, sin embargo, tendrá un enfoque claramente muy histórico en el ámbito de las relaciones internacionales y la política exterior. Es una pieza clave para entender al personaje.

En la recta final del libro aparecen los inicios en la relación Kissinger-Nixon. ¿Cómo surge esta relación?

De nuevo se trata de un episodio curioso. Creía encontrar algún precedente, algún contacto previo, antes de 1968, pero lo cierto es que no lo hubo. Kissinger evitaba coincidir con Nixon. Fue muy leal al candi-

dato Nelson Rockefeller, el eterno candidato republicano que perdería tres ciclos electorales y que luego sería vicepresidente durante la corta presidencia de Gerald Ford. De hecho, públicamente, Kissinger fue muy crítico con Nixon.

¿El nombramiento de Kissinger como asesor de Seguridad Nacional, en 1968, fue una sorpresa?

Para todo el mundo. Nadie hubiera podido preverlo. El propio Henry Kissinger tampoco entendió las intenciones de Nixon. ¿Por qué este nombramiento? Richard Nixon había leído la obra de Kissinger y, sin duda, había quedado genuinamente impresionado de su visión de los asuntos de política exterior, fundamentales para su mandato presidencial. Creo que la visión que tenía Nixon para su presidencia requería de un asesor de Seguridad Nacional que pudiera ser un instrumento. Malinterpretó que el perfil

de profesor en Harvard de Kissinger encajaría con sus pretensiones. En cualquier caso, es Richard Nixon quien elige de manera clara a Henry Kissinger, que es el primer sorprendido por la decisión.

Última pregunta. ¿Qué se necesita para ser un buen historiador?

Una primera cosa que me marcó positivamente fue mi lectura inicial como estudiante en Oxford: *El Antiguo Régimen y la revolución* de Tocqueville. Luego, estudié mucho la importancia de las finanzas públicas. No puedes entender la historia sin saber cómo funcionan las finanzas públicas. También he escrito de forma recurrente sobre el tema, y aprendí que el estudio de la historia requiere un cierto sentido de la ironía. Al fin y al cabo, la historia no deja de ser el estudio de la “comedia humana”. ●

.....
Luis Torras es consultor y asesor financiero

¿Qué servicios valora el pasajero de negocios en el aeropuerto?

Aunque cada vez estemos más acostumbrados a volar y la tecnología avance para ofrecer un servicio más ágil, no es ningún secreto que los trámites que supone coger un avión, sobre todo por viajes de negocios, no son del agrado de nadie. Este contexto es el que explica el **aumento de la demanda de los servicios para hacer el paso por el aeropuerto lo más cómodo posible para los pasajeros de negocios.** Las particularidades de cada viaje hacen que cada pasajero tenga unas necesidades diferentes, según el motivo, el destino, los acompañantes e incluso la franja horaria. Aquí recogemos los **5 servicios más valorados por los pasajeros de negocios en su paso:**

1/ Las habitaciones dentro de los aeropuertos permiten dormir lo más cerca posible de la puerta de embarque del avión. Los pasajeros que tienen un vuelo a primera hora de la mañana las escogen por ser la opción que evita madrugones. El segundo uso que tienen estas habitaciones es el *shower at arrival*, servicio para los viajeros que pasan toda la noche en el avión y que, antes de dirigirse a su ciudad de destino, prefieren asearse y desayunar en el propio aeropuerto.

2/ Paso rápido por el filtro de seguridad. El tiempo es oro, pero en el aeropuerto existen trámites de seguridad que, inevitablemente, implican colas y tiempo de espera. De ahí que cada vez más exista la posibilidad de usar servicios como el *fast track* o el *priority lane*, diferentes nombres para un mismo beneficio: minimizar el tiempo de espera en el paso por el arco de seguridad.



3/ Salas VIP. El espacio perfecto para relajarse, descansar, comer algo o incluso aprovechar el tiempo antes de embarcar para trabajar.

4/ La figura del asistente personal en aeropuertos es un servicio cada vez más extendido entre la dirección corporativa, que los aeropuertos han adaptado a su entorno para ofrecer **discreción, atención personalizada, optimización del tiempo** y, en definitiva, **mejor calidad de viaje.**

5/ Salas de reuniones dentro del aeropuerto. Permiten al pasajero de negocios aprovechar al máximo el tiempo. Desde despachos para una o dos personas hasta amplios espacios para grandes eventos con todos los servicios añadidos que se precisen.



Premium Traveller

(www.premium-traveller.com/es) ofrece todos estos beneficios a los pasajeros que, ya sea por ocio o por negocio, quieren que su paso por el aeropuerto se lo más cómodo y agradable posible. Además, **Premium Traveller** es miembro de la asociación de prestadores de servicios vip de aeropuertos de Europa, la World Airports' VIP Forum.

F

Vivir en el año 2100

—Intuimos que el porvenir inminente se prevé de mejor manera si queremos verlo de acuerdo con lo que ha precedido, por comparación entre la precedencia más cercana y lo que le precede desde mayor distancia. Las hipótesis predictivas tienen de cada vez más margen para configurar una sinergia de datos y suposiciones. Por eso hemos preguntado a tres escritores como Aña Nuño, Ignacio Peyró e Ignacio Vidal-Folch cómo suponen que será el mundo en el año 2100. Son tres aproximaciones entre la exposición ensayística y el elemento narrativo, con la voluntad intelectual de escrutar cuáles serán las líneas maestras de transformaciones y permanencias. Veremos un año 2100 con sus propias convulsiones, sus dilemas morales, órdenes políticos en caída libre y desórdenes imprevisibles. Arte o ciencia de prever el futuro. Sobre todo, imaginación.

28

La inmortalidad ya
no es lo que era
por Ana Nuño

32

El futuro o la
revolución
por Ignacio Vidal-Folch

36

Profesor Kim,
bienvenido al siglo XXII
por Ignacio Peyró

LA INMORTALIDAD YA NO ES LO QUE ERA

Entre tantas hipótesis sobre el año 2100, si cualquiera, débil o fuerte, adaptado o no a su entorno, puede salvar el escollo de la muerte y ver su vida prolongada *sine die*, ¿para qué seguir reproduciéndose, sin ir más lejos? La condición humana no necesitaría el mecanismo de la reproducción para proyectarse hacia el futuro.

Equivaldría a “matar a Darwin”, como a finales del XIX algunos “mataron” a Dios



por Ana Nuño

—Conmovedora, esta costumbre de contar por siglos los grandes cambios. El progreso, el gran salto adelante, el antes y el después. Cien años o mil, cifras redondas para los habitantes de cabeza ovoide de un esferoide oblató. ¿Cómo será el mundo en el año 2100, en el umbral del próximo siglo? Este de ahora ¿será largo o corto? ¿Corto como el XX, según los hobsbawmitas, o largo como el XIX el de la Revolución Industrial, que empezó hacia 1760, cuando de objetos hechos a mano pasamos a fabricarlos con máquinas? De momento, parece que el XXI echó a andar puntualmente, en fecha y hora precisas: el martes 11 de septiembre de 2001, entre las 8.46 y las 9.03 h. El parto del nuevo siglo se produjo en esos 17 minutos, entre el impacto del primer avión en la Torre Norte y el segundo avión estrellándose en la Torre Sur de ese otro barrio de la ciudad de Nueva York que era el viejo World Trade Center. No es una metáfora: tantas compañías y empresas, públicas y privadas, tenían allí domiciliada su sede, que el WTC disponía de código postal propio. Diecisiete minutos: el tiempo que fue preciso para que los relatores del evento —comentaristas de televisión obligados a interrumpir su ronroneo cotidiano para comentar en directo las imágenes grabadas por las cámaras de vigilancia del Empire State, a las que fueron sumándose las de otros edificios, en Manhattan y en Jersey, y las tomas desde helicópteros— pronunciaran la palabra *terrorismo*. Si el siglo XIX acabó y el XX empezó con la Primera Guerra Mundial, hay que reconocer que hemos progresado: de 4 años de matanza y 17 millones de muertos, a 17 minutos y 2.871 restos de ADN identificados. Para que luego algunos se quejen: parto de siglo más breve y menos sanguinario es difícil concebir.

Si este siglo que empezó con tan buenos auspicios habrá acabado antes de 2100 es asunto sin importancia. No menos que cómo acabará. Porque nada acaba de todo, claro está, y nuestras periodizaciones son ficciones que cumplen la misma función que una nana: la de permitirnos dormir cada noche, plácidamente arrullados por fantasías de bienestar o atrapados en una pesadilla que nos

hará sentir agradecidos al despertar, felices de creernos dueños de nuestro destino en un nuevo mañana. La ordenación del pasado es a veces indistinguible de la prospección del futuro: apenas cambia, y no siempre, la ficción de las causas. Por ejemplo, el cambio climático. Desde que hay registros de las variaciones del clima y sabemos interpretarlos, sabemos que la Tierra ha conocido varios episodios de glaciaciones y calentamientos. Solo recientemente, desde los años sesenta del pasado siglo, hemos introducido una variable más en el relato de las causas: la antropogenia. Nuestra “doxa” dominante quiere que estemos destinados a un mundo de temperaturas elevadas —con su cohorte de males apocalípticos: deshielo de los glaciares, ascenso del nivel de los mares, catástroficas inundaciones y sequías— del que el único responsable es la interacción del ser humano con el medio ambiente. Factores que han incidido en otros episodios de calentamiento global, como la actividad solar, han sido borrados del relato. El caso es que las legiones de fieles creyentes en la tesis del calentamiento global antropogénico, capaces de imaginar un 2100 acorde con esta ficción tan de moda, no son ni remotamente conscientes de que lo hacen con la misma contundencia y el mismo ardor jeremíaco de cruzados o yihadistas que sus inmediatos predecesores, que hace apenas cuatro décadas nos prometían un futuro igual de terminal, por idéntica causa —nuestra nefasta y todopoderosa acción sobre el medio ambiente— pero con un efecto diametralmente opuesto: una nueva glaciación capaz de obliterar toda forma de vida en el planeta. Si aquellos locuaces adivinos hubiesen acertado, en este momento, en verano del 2016, de no haber muerto ya, estaría yo escribiendo este artículo en algún sótano, arrebujada en media docena de mantas, con guantes en las manos y, desde luego, no tecleando en un ordenador, sino a la incierta luz de un candil. Hasta cabeza tan bien amueblada como la de Bertrand Russell proyectó tres escenarios, en *El futuro del hombre*, de los que dos son apocalípticos y postulan efectos com-



parables a los de una nueva glaciación, salvo de los debidos a la pesadilla nuclear hecha realidad: la destrucción de toda forma de vida en el planeta, o bien, en la versión optimista, una involución masiva a formas de vida primitivas debido a una catastrófica disminución del número de habitantes humanos. Cuando Russell publicó este artículo, en 1951, había menos de 3.000 millones de seres humanos; hoy, somos más de 7.000 millones.

La clave de este tipo de ficciones es el papel desmesurado que reservan sus autores... para sí mismos. La antropogenia es lo propiamente fabuloso de la tesis del calentamiento global. Y lo descaradamente religioso: ya que a nosotros y solo a nosotros se deben todas nuestras desgracias, no nos queda más remedio que hacer acto de contrición, expiar nuestros pecados y enmendarnos, si queremos alcanzar ese estado de perfección beatífica en el que viviremos reconciliados con la

Imagen tomada segundos después de que el vuelo 175 de United Airlines fuera estrellado contra la Torre Sur del World Trade Center de Nueva York el 11 de septiembre de 2001
[Foto de Spencer Platt/ Getty Images]

naturaleza. Escribe Borges, en uno de sus fantásticos poemas narrativos, que “los artificios y el candor del hombre no tienen fin”. El candor, sobre todo. Y también esto conmueve, la verdad. Quienes son capaces de pensar de este modo e imaginar ese o cualquier otro apocalipsis al alcance de la mano son, en el fondo, seres envidiables. Las ficciones que confunden con realidades las deben a una mezcla incombustible de ignorancia y fe, el carburante de todas las religiones que han sido, son y serán. Otro “profeta”, y uno, además, que sigue teniendo acólitos y muy numerosos, se atrevió a postular, desde su siglo XIX, un futuro muy próximo en el que la religión como “opio del pueblo” desaparecería al dejar de ser necesaria. “El pueblo” viviría en la verdad resplandeciente de la sociedad sin clases. Otra ficción, convertida con el tiempo —igracias, ironía de la historia!— en nueva religión. Tan preñada de supersticiones y mitos, ➤➤

tan falaz y tan sanguinaria como las otras, las verdaderas. A esto, también algunos se empeñan en llamar “progreso”.

Pero resulta que el progreso existe, en efecto, solo que es más complejo, menos fácilmente controlable, y desde luego, sucede con independencia de nuestros juicios de valor. Para acabar con el tema del calentamiento antropogénico basta con argumentar desde el evolucionismo, como hace el paleontólogo —de envidiable apellido— C. K. Brain: “Entra en lo razonable concluir que, si no hubiera sido por los cambios ambientales de temperatura en los hábitats de los primeros homínidos, todavía estaríamos a salvo en algún bosque cálido y acogedor, como en el Mioceno, y aún andaríamos por los árboles”. Asombrarse de que haya cambio climático es de cándidos ignorantes, en suma, y desde ese asombro postular un futuro apocalíptico, es poner la fe en el lugar equivocado. Tal vez el día llegue en que los humanos hayan arrasado con toda la fauna y la flora del planeta, pero habrán encontrado otra manera de seguir evolucionando.

De las muchas proyecciones o predicciones que circulan en este joven siglo XXI que no ha cumplido aún 15 años y le falta todavía un trecho para la edad de la razón, hay una que me parece superlativa en modo absoluto. Quiero decir que cualquier otra, incluida la de un calentamiento global catastrófico para la vida en el planeta, palidece en comparación. Entre otras razones, porque es la única que admite ser interpretada como utopía o distopía. Es, desde este punto de vista, una ficción perfecta.

La ficción dice más o menos que en un futuro no muy lejano —pongamos, para seguir con la convención al uso, en 2100— gracias a las aplicaciones tecnológicas que se deriven de los avances en ingeniería genética, neurociencias, criogenia y alguna que otra ciencia y técnica, los humanos seremos capaces de salvar el único obstáculo que se ha resistido a nuestro progreso evolutivo. La muerte dejará de ser el término inevitable de la vida, cuya duración podrá ser prolongada indefinidamente. Después del poscolonialismo, el poscomunismo, la posdemocracia; después del posgénero de la teoría *queer* con su fantasía negadora de la genética y postuladora de la ultraculturalista ficción de que mi sexo lo decido yo y hasta puedo cambiar como uno se tiñe el pelo o se compra un par de zapatos nuevos, y ya instalados en el posracismo de las ONG gestoras y también beneficiarias de las grandes migraciones, faltaba la pieza maestra para completar el rompecabezas de nuestros artificios y candores: la posmuerte. Llama la atención, eso sí, que entre los más elocuentes defensores de esta ficción figuren algunos evolucionistas. Parece que no han reparado en el hecho de que, de hacerse realidad su sueño y poderse postergar o incluso cancelar la muerte biológica, también perecerían, al volverse inoperantes, los dos principios fundamentales del

darwinismo: la selección natural y la adaptación al medio. Si cualquiera, débil o fuerte, adaptado o no a su entorno, puede salvar el escollo de la muerte y ver su vida prolongada *sine die*, ¿para qué seguir reproduciéndose, sin ir más lejos? Hay que admirar la elegancia de la paradoja: que la aplicación hasta sus últimas consecuencias de esos dos principios pueda conducir a la única condición humana que no necesitaría para proyectarse al futuro el mecanismo de la reproducción. Equivaldría a “matar a Darwin”. Como a finales del XIX algunos “mataron” a Dios.

Pero que los darwinistas no teman. En esa ficción, lo más probable es que los primeros aspirantes a la inmortalidad sean una minoría. La tecnología, al menos en 2100, todavía será costosísima, y solo las elites económicas podrán pagarse su viaje criogénico a la inmortalidad. De hecho, esa minoría ya existe, en Scottsdale, un pueblo a las afueras de Phoenix, Arizona, donde la fundación Alcor Life Extension, instaurada en 1972, acoge los restos de 146 personas en receptáculos de nitrógeno líquido —52 cuerpos y 94 cerebros congelados, para ser más precisos—. Según el actual presidente de Alcor, Max More, en total hay actualmente unos 300 cuerpos o cerebros en ese estado en todo el mundo. More es un transhumanista. Los feligreses de la inmortalidad también tienen su filosofía, más esperanzadora, como puede apreciarse por el prefijo: nada de *posts*, con sus desagradables connotaciones apocalípticas, sino el tránsito hacia una mejor vida, una vida sin muerte. Entre los inquilinos criogenizados de Alcor hay un campeón de béisbol y uno de los numerosos aspirantes a ser reconocidos algún día como el creador del bitcoin, la posmoneda. Y allí, a las afueras de Phoenix, en las ultramodernas instalaciones de Alcor, con el desértico paisaje de Arizona al fondo, yace a la espera de su vuelta a una vida mejor el cerebro del que ya es posible considerar el ser humano más longevo: James Bedford, un profesor de psicología muerto de un cáncer a los 73 años, en 1967.

Supongamos que la ficción criogenizadora de la vida prospera y que en 2100 no son ya 300 sino un puñado de miles sus afortunados beneficiarios. ¿Cómo se lo tomarán los otros, los que no puedan pagarse un cerebro o un cuerpo en salmuera? Como a tantos otros les resultó imposible, a finales del XIX y comienzos del XX, seguir postulando la existencia de una divinidad creadora del universo, tampoco a ellos se les hará fácil ocultar la muerte del darwinismo. Pero nunca hay que dejar de tener fe en el progreso. Y así como la muerte de Dios no evitó el auge de irracionalismos de toda especie y la exacerbación de las matanzas en nombre de verdades reveladas, apuesto que nuestra nueva ficción nos traerá legiones de vengadores guerreros de Darwin rey. ●

.....
Ana Nuño es escritora



Jerry Lemler, expresidente de la fundación Alcor Life Extension, posando orgulloso junto a los recipientes de nitrógeno líquido que contienen cuerpos y cerebros congelados [Foto de Jeff Topping/Getty Images]



EL FUTURO O LA REVOLUCIÓN

Las revoluciones desatan fuerzas expuestas a una agitación caótica de deriva impredecible. ¿Qué futuro tendremos para 2100? Lo plausible, lo razonable, lo conveniente y previsible se derrumba. Es la alteración radical de parámetros y valores que niega o reduce la importancia de lo hasta ahora vigente. La revolución se está convirtiendo en nuestra rutina



por Ignacio Vidal-Folch

—Cuando pienso en el futuro me viene, quizá por la frustración de saber que no podré asistir a sus espectáculos maravillosos y pavorosos, la consabida tentación milenarista y apocalíptica: la idea de que la inercia de la voluntad que nos ha llevado al dominio de la Tierra e incluso a la exploración del espacio cercano conduce inevitablemente a la autodestrucción. Y me sube a los labios la canción de Leonard Cohen titulada precisamente *El futuro*: “El antiguo código occidental se romperá en pedazos, / tu vida privada de pronto explotará, / habrá fantasmas, / habrá fogatas en las carreteras...”. Luego, me digo que, por una parte, en realidad todo eso ya ha sucedido, esas cosas abominables, los fantasmas y tal. Por otra parte, es trivial y demasiado cómodo pensar el futuro en términos de apocalipsis.

Robotización. Realidad virtual. Inmortalidad: tres conceptos que definen y resumen los asombros más visibles del futuro inmediato, el que vivirán los afortunados que alcancen a conocer el principio del siglo próximo. Definen una revolución cuyos prolegómenos estamos viviendo ahora sin apenas darnos cuenta. La realidad virtual experimenta desarrollos técnicos de un virtuosismo tan extremo que por contraste el mundo físico real va a parecer, además de ingrato y hostil como es ahora, también prescindible: ventajosamente sustituible por tales fantasmagorías. Todos los solipsismos están casi al alcance de la mano; las relaciones humanas sentimentales, sexuales, amistosas, serán —están siendo— sustituidas por simulacros de una verosimilitud extremadamente convincente y mucho más complaciente, aunque se sospecha que en el fondo es ligeramente menos satisfactoria: quizá sea preciso completar esos prodigios con el desarrollo de una farmacopea también más precisa y exacta.

Cumplido el horario de trabajo, cada uno se meterá en su caverna virtual, donde siempre tendremos razón. Y a lo mejor ni siquiera habrá que cumplir ese horario de trabajo, porque no habrá tal cosa. Ya ahora se nos muestran periódicamente las prodigiosas habilidades de un flamante robot, de un ordenador recién salido del molde, de un nuevo ingenio informático. Esta incesante inventiva nos preocupa. Un campeón mundial de Go —sofisticado juego oriental de estrategia— acaba de ser



Cumplido el horario de trabajo, cada uno se meterá en su caverna virtual, donde siempre tendremos razón

sorprendido, y derrotado, por la fulminante jugada *no programada* de su mecánico adversario, que con ese movimiento impensable —como suele decirse— ha “disparado todas las alarmas” de los ingenieros: ¿cómo ha podido producirse esa jugada magistral? ¿Ha sido consecuencia de un error de montaje o la iniciativa autónoma de la máquina y primera señal de una inteligencia autosuficiente y potencialmente pavorosa?

Sea como sea, la cotización de las habilidades manuales e intelectuales del ser humano se ha desplomado de una forma irreversible. Zygmunt Bauman prevé en *Estado de crisis* la conveniencia, la urgencia de desarticular el concepto —cuyo incumplimiento forzado tanto daño hace a la autoestima del ciudadano— que liga el ejercicio del trabajo y el rendimiento económico a la idea de la dignidad del hombre, o sea, a su autoestima. Otros señalan

que esa ruptura, que hoy nos parece traumática, en realidad no tiene por qué serlo; se trata simplemente de implementar un cambio de valores; y recuerdan que en siglos pasados el trabajo para la aristocracia no solo no era la garantía de la propia dignidad, sino al contrario, un baldón.

Las revoluciones, donde se desatan fuerzas de cuya potencia reprimida poco se sabe hasta que se manifiestan libremente, están expuestas a una agitación caótica de deriva impredecible. Lo plausible, lo razonable, lo conveniente y previsible se derrumba, y en el solar se erige e instaura lo inesperado. Llamo *revolución* a la alteración radical de parámetros y valores que niega o reduce la importancia de lo hasta entonces vigente. O sea, a nuestra vivencia de cada día. La revolución se está convirtiendo en nuestra rutina.

¿Quién, entre los diputados que en nombre de la libertad votaron la ejecu- ➔

ción de Luis XVI, hubiera imaginado que esa iniciativa supuestamente libertaria costaría la vida de millones de ciudadanos europeos sacrificados a la ambición de un aventurero corso con pujos de emperador? Pero ni la Revolución Francesa, ni la Revolución Industrial, ni la Revolución Bolchevique, ni antes lo que supuso para las civilizaciones americanas y africanas recibir de un día para el otro la visita arrolladora del hombre blanco, ninguna de las que ha vivido y ha superado la humanidad pueden compararse con la que estamos viviendo nosotros, de cuyas consecuencias no tenemos —no podemos tener— más que una somera idea porque no se manifestarán en su plenitud hasta dentro de unas décadas. Percibimos signos de su silente desarrollo en el cambio de nuestros hábitos, preferencias e inclinaciones, en el ocio y en la transformación, si no hundimiento, del ámbito del trabajo, en la extensión fabulosa de la información de alto y bajo nivel que se transmite por los nuevos medios de comunicación, en el descontrol de la naturaleza, en ominosos temores milenaristas.

Para la configuración del hombre nuevo que esté a la altura de la revolución, el primer efecto es la liquidación del pasado y de todo el complejo conjunto de emociones, anhelos, temores y lamentaciones ligados de un modo u otro a la nostalgia y al orden antiguos. De momento las herramientas para pensar en el pasado y para contarlos van cayendo en el descrédito: la historia, y singularmente la literatura, tan ligada a las artes retóricas que durante siglos han sido fundamentales en la vertebración moral de nuestra idea del hombre y de la comunidad, sufren una obsolescencia inquietante. En efecto: el literato empieza a parecer un personaje levemente ridículo, un orondo caballero de sainete o de zarzuela que se engoma los pedantescos bigotes, que consulta un reloj de bolsillo. Desde luego trasnochado. Superado. Salvo los que cultiven el género de la ciencia ficción: cuantos más disparates imaginen, más probable es que acierten.

Las metamorfosis a las que está siendo sometido el hombre y la Tierra son de tal naturaleza y extensión que nos va pareciendo que mirar hacia atrás está dejando de ser útil: allí no encontraremos paradigmas o modelos que nos sirvan, de la misma manera que si antaño era muy

Las investigaciones de Audrey de Brey apuntan a una reparación sistemática del organismo que cuando sea preciso, con inyección de células madre, podrá sustituir órganos averiados por otros flamantes

solicitado el criterio de los ancianos —la experiencia—, ahora solo les cuadra la consideración de lastre. De las experiencias del pasado hacían de enlace con las nuevas generaciones, podemos pasar perfectamente, como del griego antiguo, del latín y su transmisión de sabiduría y retórica que fueron la columna vertebral de la educación.

El sabio del futuro inmediato ya no será el anciano, ni siquiera el joven; ni, como hoy, el adolescente en la más fluida sintonía con esta revolución. El sabio del futuro inmediato va a ser el niño, lo cual es doblemente paradójico, pues precisamente es en el tratamiento de la edad y la lucha por la inmortalidad donde encontramos un eje de esta revolución total y su más acentuada forma conflictiva. Hace veinticinco años, el número de personas centenarias que vivían en España era de cerca de 4.000, según el INE. Ahora son más de quince mil: en 25 años se ha quintuplicado. Siendo ya asombroso el concepto de “centenario”, más aún lo es la rapidez con la que aumentan los miembros de tal cofradía de supervivientes. Hace pocos años yo me permitía el lujo de reírme de Elías Canetti y de su “lucha contra la muerte”. Ese gran intelectual europeo no consideraba la muerte como un hecho natural e inevitable sino como un escándalo inaceptable, una injusticia que combatía sin otros recursos que los de la palabra. Me parecía algo tonto pero era un precursor del ejército de científicos, gerontólogos, biomédicos que anuncian la cercana victoria total en la lucha contra la muerte. En los adelantos para revertir el proceso de envejecimiento y moralidad invierten inmensas fortunas los jefes más poderosos de las grandes corporaciones de Silicon Valley.

Google financia a Aubrey de Grey, que si aún no es tan famoso como los Rolling Stones, ya son muchos los fami-

liarizados no solo con el aspecto de sabio excéntrico que le confiere su barba bíblica y la bicicleta con la que circula entre los laboratorios y facultades del campus de Cambridge, sino también con sus teorías sobre la posibilidad de evitar el progresivo deterioro y senescencia de las células del organismo humano, y con su sentencia más llamativa, según la cual “el primer hombre que vivirá mil años ya ha nacido”. Desde que se la oí por segunda vez, mi credulidad me ha llevado a observar atentamente a los niños con los que me cruzo en la calle: “¿Será este mocoso afortunado el que me sobrevivirá novecientos años, el monstruo del tiempo?”.

Las investigaciones de Audrey de Brey apuntan a una reparación sistemática del organismo que cuando sea preciso, con inyección de células madre, la sustitución de órganos averiados por otros flamantes —según los avances de la biotecnología en las impresoras 3D— hará posible demorar la muerte indefinidamente, salvo accidente o agresión letal. La longevidad constituirá el mayor diferencial social, el más envidiado estatus de prosperidad, ya que por lo menos durante un lapso de tiempo más o menos largo el asesoramiento médico personalizado, las terapias e intervenciones quirúrgicas y sofisticados suplementos de fármacos que la hagan posible tendrán un elevado coste. “¿Inmortal? Vale, se lo puedo hacer, pero tenga en cuenta que barato, barato, no le va a salir”. La actual escisión social y económica entre las multitudes que viven en la pobreza, las clases medias y la reducida elite de privilegiados que nadan en la abundancia va a parecer una broma en comparación con la posibilidad, para una minoría de comunidades prósperas, de demorar indefinidamente el tránsito de sus miembros; un solo vástago de una familia privilegiada verá sucederse —nacer, crecer, decaer y fallecer— generación tras



generación de las familias de enfrente.

Viene un tiempo en que los miserables perderán incluso el relativo consuelo de pensar que, al fin y al cabo, la muerte nos iguala a todos. ¡Pues ya no, porque algunos —pero solo algunos— la evitarán! Este supremo agravio comparativo generará una envidia, un rencor y unos deseos de revancha insaciables. Pero también estériles, pues a lo largo de cientos de años de vida intelectual activa cada miembro de la elite longeva habrá almacenado conocimientos infinitamente superiores y ese superior conocimiento les pondrá a salvo de rebeliones o iniciativas hostiles.

Si la finitud es un verdadero fastidio, la inmortalidad, o la vida muy prolongada en el tiempo, presenta también sus inconvenientes, y entre ellos, como han señalado en famosas utopías Swift, Borges, Platonov y otros grandes escritores, el sentido que se le pueda dar, el aburri-

miento que sienten los inmortales cuando repites experiencias y emociones. Aunque cuerpo y mente se mantengan inalterables en una edad suspendida a los 35 o 40 años, todo lo demás, el mundo y su experiencia, seguirán sometidos a desgaste. Un artista como Jaemin Paik propone alguna remodelación de las estructuras familiares y de los hogares para proporcionar armoniosa conveniencia en ellos —*Cuando todos tengamos ciento cincuenta años* como titula su obra— a varias generaciones de adultos de una misma familia, desde el tatarabuelo hasta el nieto del nieto. Pero las imágenes que propone no parecen precisamente alegres y estimulantes. Desde luego, por si estas estrategias y otras no bastasen para combatir el tedio de los años, otro artista, Julijonas Urbonas, ha ideado la “Montaña rusa eutanásica”: una máquina en forma de montaña rusa diseñada para que quien lo desee o sienta

la necesidad pueda quitarse la vida “humanamente, con elegancia y con sensación de euforia” gracias a las reacciones químicas producidas por las extremas sacudidas, precipitaciones al vacío y pronunciadas y velocísimas ascensiones. Tal vez dentro de cien o de doscientos años el hecho de que uno o varios seres humanos inmortales encuentren la muerte por la propia mano para escapar al tedio infinito de una vida interminable será una noticia que producirá estupor, como un supremo capricho de ricos. O tal vez, por el contrario, a semejanza de las horcas que en la Edad Media presidían lugares eminentes cerca de castillos y plazas de las ciudades, cada ciudad del futuro, a poco próspera que sea, contará, como un servicio más al contribuyente, con una de esas montañas rusas, ambigua atracción instalada cerca del tanatorio. ●

Ignacio Vidal-Folch es novelista



PROFESOR KIM, BIENVENIDO AL SIGLO XXII

En 2100 tal vez hayamos podido erradicar el cáncer, pero el horizonte de la inmortalidad permanece tan quimérico y lejano como siempre. Incluso con máquinas de una potencia de computación literalmente galáctica, el cerebro humano seguiría siendo el mecanismo más complejo del universo conocido. Del optimismo al pesimismo científico, quizás no haya los apocalipsis que algunos auguraban



por Ignacio Peyró

— Estimado profesor Kim:

Esta carta es la prueba de que todo ha ido bien y el experimento ha sido un éxito. Me apresuro a decírselo porque imagino su desorientación en estos primeros momentos. Al fin y al cabo, yo mismo salí de la sala de monitorización hace menos de un mes. Y sé que, en cuanto le permitan poner un pie fuera de la sala, sus sensaciones van a ser aún más extrañas: en lo que a mí respecta, puedo decir que me sentí tan desubicado como uno de esos indios que, siglos atrás, llevaban a las cortes europeas. Es una experiencia, por decirlo con suavidad, poco agradable. Por eso, los responsables del Programa de Suspensión Vital me han recomendado que le escriba unas breves instrucciones o –al menos– unas primeras impresiones. Creen que su reincorporación será menos traumática si tiene una mínima noción de lo que le espera. Yo también lo creo, y –como puede ver– estos planteamientos de los mandos del programa no son planteamientos de gente que habite un mundo poshumano.

Iré al grano. Tras sesenta y cinco años de funciones vitales suspendidas, decirle que el mundo ha cambiado es de una dolorosa obviedad. Quizá lo más adecuado sea subrayar que –en mi experiencia personal– esta realidad de enero del 2100 resulta radicalmente nueva y, al mismo tiempo, también extrañamente familiar. No sé cómo se lo tomará alguien que, como usted, ha dedicado tantos años a la física, pero para un profesor de filosofía como yo, hay grandes motivos para la modestia intelectual. No es ya que no haya habido –temida o deseada– singularidad ninguna: esos minutos radicales de cambio capaces de superar los cambios habidos en un millón de años. Como ha

pasado siempre, algunos de nuestros mayores vaticinios no se han cumplido y –a la vez– hay realizaciones con las que, allá por 2010 o 2030, nuestra imaginación no hubiera podido siquiera fabular. Por supuesto, uno solo puede sonreír al recordar la frase –tan célebre en nuestra época– de que “para 2100, nuestro destino es ser como los dioses que una vez adoramos y temimos”. No es así. Viajar al espacio es hoy tan común como antaño lo era ir a República Dominicana, pero estamos muy lejos de habitar Marte. Hemos podido erradicar el cáncer y –cada día– creamos órganos y miembros a partir de la ingeniería de tejidos, pero el horizonte de la inmortalidad permanece tan quimérico y lejano como siempre. Nuestras máquinas –nuestros ordenadores– son de una potencia de computación literalmente galáctica, pero el cerebro humano sigue siendo aún el mecanismo más complejo del universo conocido. Del optimismo al pesimismo científico, felizmente tampoco se han hecho realidad los apocalipsis que algunos auguraban. La Humanidad no ha sucumbido ante ninguna pandemia vírica, ni se ha visto sustituida por la robótica; ni siquiera han desaparecido las viejas naciones, del mismo modo que – pese al cambio climático – tampoco hemos perdido una sola ciudad a manos del mar, aunque, eso sí, ha habido que poner no pocos diques. Quizá la primera llamada a la humildad intelectual sea precisamente constatar que nuestro futuro no estaba escrito, que no estábamos ni estamos condenados a ningún fatalismo. Ni siquiera al tecnológico.

Otra apelación a la humildad proviene de la misma vida diaria y puede resultar más bien una humillación. En un momento poco observador, uno podría pensar

que vivimos en un mundo perfecto. Esto, por supuesto, tampoco es así, pero –ciertamente– ni Salomón en su gloria hubiera podido concebir tantas facilidades en todo lo que afecta a lo que en otros tiempos dábamos en llamar “calidad de vida”. Será que el mundo aún es imperfecto, pero sí ha logrado elevar los estándares de una clase media que –no es logro menor– se ha globalizado. Le pondré un ejemplo llamativo. Usted, que pudo ver el desarrollo de los primeros robots, va a comprobar ahora por sí mismo hasta qué punto están presentes en nuestro día a día: en la construcción, en las infraestructuras, en la nanorrobótica que le limpia las arterias o le repara las articulaciones, pero también, con perdón por el prosaísmo, en los curiosos adminículos que, a lo largo de estas semanas, he visto cómo me ordenaban el armario o me perfilaban la barba. En efecto, no deja de ser vejatorio que nos llame la atención lo que quizá parezca más banal. Pero estoy convencido de que a usted también le debe sorprender. Le ha de sorprender salir a la calle y comprobar que los coches –naturalmente, sin conductor y sin combustibles fósiles– dan la ilusión de flotar sobre un campo magnético. Le ha de sorprender salir a la calle y ver que las gentes de sesenta años –gracias a los avances en medicina y nutrición– superan en realidad los cien. Le ha de sorprender, en fin, salir a la calle en Atlantic City o en Kerala y que –en virtud del traductor universal puede implantarse en el cerebro– cualquier lengua le sea lengua materna.

Por supuesto, para sorprenderse no le va a hacer falta ni salir de su propia casa. ¿Recuerda usted aquellos edificios que, allá por 2020, llamábamos “inteligentes”? Pues bien, hoy son inteligentes de verdad. Sí, al entrar en su baño, le parece ➤

no haber salido de la clínica, tendrá buena parte de razón: los dispositivos para un seguimiento pormenorizado de la salud son tan comunes como los toalleros. Y, del baño al salón o el dormitorio, más aún que los robots a los que antes aludía, le ha de llamar la atención que todo –es literal: prácticamente todo– pueda convertirse en una pantalla. Ahora, si uno quiere ir al médico, si uno quiere renovar el seguro de la casa, dar órdenes a su bróker, programar un viaje o hacer la compra, puede hablar con un holograma de perfecta apariencia humana en el parabrisas del coche o en su propio cuarto de estar. Antes, al entrar en una habitación, buscábamos el interruptor de la luz: hoy buscamos la pantalla. De hecho, aunque yo aún no me he acostumbrado, lo común en 2100 es tener la pantalla –tener internet– en la propia retina. Esto sí que es vivir conectados.

Con todo, si tuviese que resumirle las mayores luchas comprendidas y los mayores logros alcanzados en nuestra larga suspensión, tendría que hablarle de energía y de demografía. No son cosas –como usted sabe bien– sin una estrecha relación. Hace ya más de medio siglo que funcionan las centrales de fusión nuclear. Junto al dominio de los superconductores, hablamos de un progreso por el que pensar en las crisis energéticas de antaño ya parece, en efecto, cosa de otro tiempo. Fíjese que incluso han convertido en trastos inservibles los satélites de captación de energía solar. La subsiguiente revolución en los transportes ha tenido sus consecuencias en el ámbito social. Las ciudades pueden ser ya casi más importantes que los países, cierto, y siguen siendo el gran aglutinante del talento humano. Sin embargo, en un mundo hiperconectado física y cibernéticamente, las diferencias seculares campo-ciudad han quedado atrás y la inmigración económica se ha frenado. Los avances en biotecnología, que han posibilitado desde la impresión de alimentos hasta la creación de supersemillas, han supuesto la erradicación en la práctica de otra plaga secular –y otro motivo de inmigración– como era el hambre. Una vez tras otra, los malthusianismos se han venido equivocando, y el mundo actual es capaz de alimentar a más de 11.000 millones de personas.



La mayor seguridad económica, por su parte, ha contribuido a que, de China a Argentina, la gente tenga menos desincentivos a la hora de engendrar hijos. Junto a la extensión de la vida laboral, es así como los sistemas de solidaridad entre generaciones –no sin penalidades en Japón y algunos países europeos– han podido mantenerse.

Si me lo permite, y no quisiera alargarme mucho más, tengo la sensación de habitar un mundo irónico. Desde luego, tiene su ironía el respeto que este mundo nuevo parece sentir por el viejo. En ocasiones, uno llega a pensar si no será un pequeño reproche que el presente se hace a sí mismo. No es

solo que –según me cuentan– vuelvan a programar piezas del Siglo de Oro en los teatros o triunfe “la cocina de la abuela”; ni siquiera que haga ya mucho tiempo que dio en prohibirse derribar ninguna construcción anterior al siglo XXI. En lo que todavía se llama “el pueblo soberano” hay adhesiones que no han sido fáciles de desmontar: prácticamente no hay un lugar del globo que no esté vinculado a otro a través de acuerdos de libre comercio, y las organizaciones internacionales tienen un peso indudablemente superior; al mismo tiempo, sin embargo, la inercia de las pertenencias se ha hecho sentir, y nadie ha querido dejar de ser mexicano



o marroquí para ser un vago ciudadano del mundo. Esos mismos apegos también se reflejan en la pervivencia consensuada de usos que la tecnología superó hace decenios. Por ejemplo, hoy podríamos votar allí donde estemos, pero todavía abren los colegios electorales los domingos.

Puede parecer una cuestión menor, pero el fondo –sin duda– no lo es. No lo es cuando hablamos de debates que se han mostrado cruciales en la segunda mitad del siglo XXI. Se han

‘Cibercafé’, de Juan Samu, fue una de las obras ganadoras entre las ilustraciones que formaron parte del proyecto “Ilustra futuros”, organizado por el Museo de la Ciencia CosmoCaixa en el marco de la exposición “Experimento 2100”, que proponía un recorrido por las ciudades del día de mañana.

[Ilustración Juan Samu / juansamuhomec.blogspot.com.es]

llegado a clonar seres humanos, pero –tras asistir a algún espanto por parte de regímenes indeseables– la clonación es algo ya reservado para especies en peligro de extinción o para llenar los zoos de mamuts antediluvianos. Del mismo modo, la terapia génica ha conocido una normativización

exhaustiva: hoy se puede evitar que los niños nazcan –o que los adultos las desarrollen– con diabetes, asma, Alzheimer o psoriasis, pero la mayor

parte de las legislaciones, en pro de una idea de igualdad, ha decidido limitar el llamado “mejoramiento genético” en la elección del sexo del bebé. Como ocurrió en el siglo XX con la capacidad de destrucción nuclear, la memoria de la especie no ha sido inmune a la experiencia de todo aquello que pueda hacerle daño.

En realidad, quizá ocurra que este mundo se parece más bien –ya disculpará la frivolidad– a un gran bufé libre. Ocurre tanto en lo pequeño como en lo grande: por primera vez hay una cultura global reconocible, pero –lejos de la uniformidad– puede incluso ser el mejor escaparate para las culturas locales. Y lo que pasa en la sociedad también pasa en cada escalera, en cada familia y en cada puesto de trabajo, porque hoy podríamos trabajar todos desde casa, pero incluso las reuniones se prefieren presenciales. Es, en definitiva, un mundo de opciones múltiples. Por ejemplo, la gestación puede ser hoy extrauterina, pero ni mucho menos todas las familias optan por ello. Uno puede encerrarse en una cabina para ver el fútbol como si estuviera entre los jugadores, pero los estadios siguen estando llenos, partido tras partido. El placer sexual ha logrado ser autónomo a satisfacción, pero las gentes no se privan fácilmente de otros placeres como el enamoramiento y la conquista. Con la misma satisfacción, uno puede reducir la ingesta calórica sin sentir las miserias del hambre: esa reducción alarga la vida, pero al ser humano del 2100 aún le gusta salir de cena y beber vino, tanto por disfrutar como para mantener los arraigos propios de este eterno “animal social”. Será, profesor Kim, que han cambiado muchas cosas, pero eso que solíamos llamar “naturaleza humana” está entre las cosas que no han cambiado. Bienvenido, pues, al mundo viejo y nuevo del siglo XXII.

Atentamente,
J. Álvarez-Lei

Profesor

Departamento de Lingüística
y Filosofía
Massachusetts Institute
of Technology

Ignacio Peyró es autor de ‘Pompa y circunstancia. Diccionario sentimental de la cultura inglesa’

1/6

Este número es indicativo del riesgo del producto, siendo 1/6 indicativo de menor riesgo y 6/6 de mayor riesgo.

Bankinter SA se encuentra adherido al Fondo de Garantía de Depósitos de Entidades de Crédito de España. La cantidad máxima garantizada actualmente por el mencionado Fondo es de 100.000 euros por depositante.



Para nosotros Jorge y Laura no son dos números de cuenta.

Son una pareja que acaba de irse a vivir juntos y está aprendiendo a compartirlo todo, incluso los gastos. Por eso en Bankinter, además de tener cada uno una CUENTA NÓMINA con hasta un 5% TAE durante el primer año, les regalamos una cuenta común para sus gastos. Y por supuesto, sin comisiones y con tarjetas gratis.

Cuenta Nómina

Hasta

5%

TAE el primer año.

Y hasta 2% TAE el segundo año.

- Sin comisiones.
- Más de 8.000 cajeros gratis, saques lo que saques a débito.

Descubre un banco que no te trata como a uno más.

bankinter.

Decididamente personal.



Descarga nuestra App y lleva Bankinter en tu móvil.

901 810 426

bankinter.com

Cuenta Nómina: Promoción válida hasta el 30 de junio de 2016 o hasta un máximo de 40.000 nuevas cuentas. Exclusiva para nuevos clientes con nómina desde 1.000€. Saldo máximo a remunerar 5.000€. Primer año: tipo de interés nominal anual 4,94% (5%TAE). Segundo año: tipo de interés nominal anual 1,99% (2%TAE). Liquidación semestral. Ejemplo para saldo en cuenta nómina diario de 3.000€, calculado para un periodo de liquidación de 180 días, remuneración bruta: 1er semestre 72,86€, 2º semestre 72,86€, 3er semestre 29,36€, 4º semestre 29,36€. Para acceder y conservar las ventajas de nuestra Cuenta Nómina además de mantener el nivel de ingresos declarado, será necesario el cargo mensual de recibos, así como que la tarjeta asociada a la nómina esté activa. **Cuenta Tú y Yo:** Para acceder y conservar las ventajas de nuestra Cuenta Tú y Yo, cada uno de los titulares debe mantener activa su Cuenta Nómina/Pensión/Profesional Bankinter. La Cuenta Tú y Yo no está remunerada (0% TAE). Una misma persona podrá ser titular de un máximo de dos cuentas No-Nómina O de una cuenta No-Nómina y una cuenta Nómina/Pensión/Profesional, si bien únicamente se retribuirá la cuenta de mayor antigüedad, sin perjuicio de que la cuenta de menor antigüedad conserve el resto de beneficios. Esta limitación aplicará también a cualquier otra cuenta remunerada, bonificada o con condiciones especiales que Bankinter pueda comercializar en el futuro. En las retiradas de efectivo a débito, con independencia del importe extraído, Bankinter no le repercutirá ninguna comisión siempre que sea retirado en cualquiera de los cajeros Bankinter o de alguna de las siguientes Entidades: Grupo Popular, Grupo Cajas Rurales, Deutsche Bank, Grupo Cajamar, Laboral Kutxa y Banca March.

F

Temas de mañana

—Ignorar la dimensión humana de la economía empequeñece toda consideración de lo que va a ser el mediodía de mañana que generalmente ya despunta en los amaneceres. Esa convicción subyace en el análisis del profesor Alfredo Pastor sobre las tres D. Es decir, demografía, deuda y distribución de la renta. Economía y dinámica social –y, por tanto, dimensión histórica– interactúan con la decisión política o los rasgos de la confusión. ¿Estamos en un mundo de plena desigualdad?

¿Cómo incide la deuda pública en nuestro futuro? Por su parte, la profesora Núria González Campañá argumenta las circunstancias del *Brexit* para un Reino Unido más que dividido respecto a sus vínculos con la Unión Europea. Los precedentes son casi remotos, del mismo modo que los talentos se sienten concernidos por la soberanía nacional, la seguridad y, sobre todo, las consecuencias económicas de una Gran Bretaña alejada de la Unión Europea.

42

La evolución de
las tres D
por Alfredo Pastor

48

La ética del
nuevo mundo
por Valentí Puig

50

'Brexit', ¿un salto a lo
desconocido?
por Núria González Campañá

CÓMO EVOLUCIONAN LAS TRES D

Una perspectiva analítica sobre las tres D que son demografía, deuda y distribución de la renta ilumina presente y futuro de la economía, sus opciones de crecimiento, el futuro del Estado del Bienestar o el reequilibrio en la distribución de la riqueza



por Alfredo Pastor

—Las tres D –demografía, deuda y distribución de la renta– dan para mucho. Fueron el título de un discurso que pronunció el Dr. Gertjan Vlieghe, miembro del Comité de Política Monetaria del Banco de Inglaterra, en enero de este año. El análisis de esas tres variables le llevaba a concluir que una buena temporada de tipos de interés muy bajos era algo muy probable. Conviene reflexionar de vez en cuando sobre esas tres variables, que uno tiende a olvidar de tan despacio como evolucionan, pero que influyen profundamente, no solo en la política monetaria, sino en toda nuestra sociedad. Es una reflexión que requiere una perspectiva temporal más dilatada, tanto en el tiempo como en el espacio, con la esperanza de dejar de lado, siquiera sea por un momento, asuntos mucho más próximos pero, en realidad, bastante menos importantes.

DEMOGRAFÍA. Empecemos por la demografía. La vemos débil en los países ricos, lo cual resulta en una población estancada cuando no, como es nuestro caso, en regresión. Pero no por una ley inmutable de la naturaleza, sino por algo que, en *Capi-*

talismo, socialismo y democracia (1942), ya anunciaba Joseph Schumpeter, un economista viudo y sin hijos: “En cuanto hombres y mujeres aprenden la lección utilitarista (...) en cuanto adquieren el hábito de sopesar las ventajas y los inconvenientes de cualquier acción futura (...) no pueden dejar de darse cuenta de los enormes sacrificios personales que la vida familiar y, en especial, la paternidad, conllevan en las condiciones de la vida moderna. Los sacrificios no solo consisten en aquellas rúbricas que caen bajo la vara de medir del dinero, sino que comprenden, además, una cantidad indefinida de pérdida de confort, de preocupación, de renuncia a disfrutar de oportunidades cada vez más atractivas y variadas, cuando se las compara con unas alegrías de la paternidad que se ven sometidas a un escrutinio cada vez más severo”.

Tres cuartos de siglo más tarde, el texto de Schumpeter sigue vigente, aunque sería prudente cambiar “paternidad” por “maternidad”, por si acaso. Uno puede pensar, por otra parte, que existe cierta relación entre la demografía y la salud de una sociedad: el caso de Rusia, que puede perder hasta un 25% de su población en las próximas décadas, ➤

El mayor crecimiento demográfico se dará en una parte del mundo hoy muy pobre, pero que constituye una enorme reserva de recursos naturales




servirá de ejemplo; en el extremo opuesto, los países nórdicos han logrado restablecer una demografía en crecimiento mediante la aplicación de políticas de estímulo a la natalidad –guarderías al alcance de todos, facilidades para la baja de maternidad o paternidad, garantías laborales– muestra de que han considerado que una demografía positiva es saludable y accesible a la vez. Algo sobre lo que no sería ocioso reflexionar en países como el nuestro, donde hablamos muy a la ligera de recurrir a la inmigración para paliar la caída de la población autóctona, como si inmigrantes y nativos fueran completamente intercambiables.

En cuanto a las perspectivas mundiales de la población, es cierto que el crecimiento demográfico mundial va hacia la estabilidad, que las previsiones sitúan hacia finales de este siglo; pero aún van a nacer muchos niños, porque para ese final de siglo la población mundial rondará los 9.500 millones de habitantes, un aumento del 33% sobre la cifra actual, de modo que no esperemos que la presión sobre recursos naturales y entorno vaya a disminuir en el corto plazo. Y ¿dónde se dará ese crecimiento? En África negra, lo que supone un cambio extraordinario en la distribución geográfica de la población: en 1950, el 22% de la población mundial era europea, el 9% africana; se espera que en 2100 los europeos representemos el 6% del total y los africanos el 25%.

De esta observación cabe extraer dos conclusiones: en primer lugar, el mayor crecimiento demográfico se dará en una parte del mundo hoy muy pobre, pero que constituye una enorme reserva de recursos naturales: tierra, agua, minerales. Y en segundo lugar, la creciente presión sobre esos recursos ya está llevando a los países menos bien dotados a tomar posiciones allí, y no cabe duda de que la presión va a aumentar. Como, por otra parte, los gobiernos de los países del África subsahariana son a menudo débiles es posible que esa mayor presión dé lugar a

que aparezcan o se perpetúen regímenes corruptos de tal modo que, a fin de cuentas, esas riquezas naturales acaben siendo una maldición para el 25% de la población mundial. Por otra parte, parece poco realista pensar que el vuelco demográfico que se está produciendo entre Europa y África no vaya a resultar, tarde o temprano, en un cambio de los equilibrios de poder. Si bien es cierto que el adelanto tecnológico multiplica el poder europeo, hay que admitir que todo tiene un límite. Este, sin embargo, está aún distante; en el muy corto plazo las sociedades avanzadas se enfrentan al problema del envejecimiento mucho más apremiante, una de cuyas facetas es el de los recursos con que contará un porcentaje creciente de la población, los jubilados, algo que tiene que ver con la segunda D.

DEUDA. Hay muchas clases de deuda; aquí hablaremos solo de la deuda pública, aquella en la que incurren los gobiernos para sufragar el exceso de gastos sobre sus ingresos. La deuda solo se convierte en objeto de conversación corriente cuando se extiende la duda sobre la capacidad del Gobierno emisor de hacer honor a los compromisos contraídos; se empieza entonces a hablar de reestructuraciones o de impago –en este caso, el vocablo inglés, *default*, es más distinguido–. En la historia de los países, los impagos, al igual que las devaluaciones, son como una enfermedad de juventud: un país llega a la madurez económica, no se sabe muy bien cómo, cuando es capaz de alcanzar un crecimiento más o menos estable sin necesidad de recurrir a devaluaciones periódicas o a impagos recurrentes de la deuda. Si prestamos atención a esta última condición, la que ahora nos interesa, podemos decir que Inglaterra alcanzó la madurez en la segunda mitad del siglo XVII, España después de 1898, mientras países como Grecia o Venezuela puede que estén aún en la adolescencia de su desarrollo.



La historia nos enseña que las grandes catástrofes han venido seguidas casi siempre por episodios de impago de deuda, pública o privada. Así, por ejemplo, los países suelen endeudarse para hacer frente a los gastos militares que acarrea una guerra: si la pierden no tienen recursos para hacer frente a los compromisos contraídos, más aún cuando al perdedor suelen exigírsele repara-

Los impagos, al igual que las devaluaciones, son como una enfermedad de juventud: un país llega a la madurez económica cuando es capaz de alcanzar un crecimiento más o menos estable sin necesidad de recurrir a devaluaciones periódicas o impagos recurrentes de la deuda

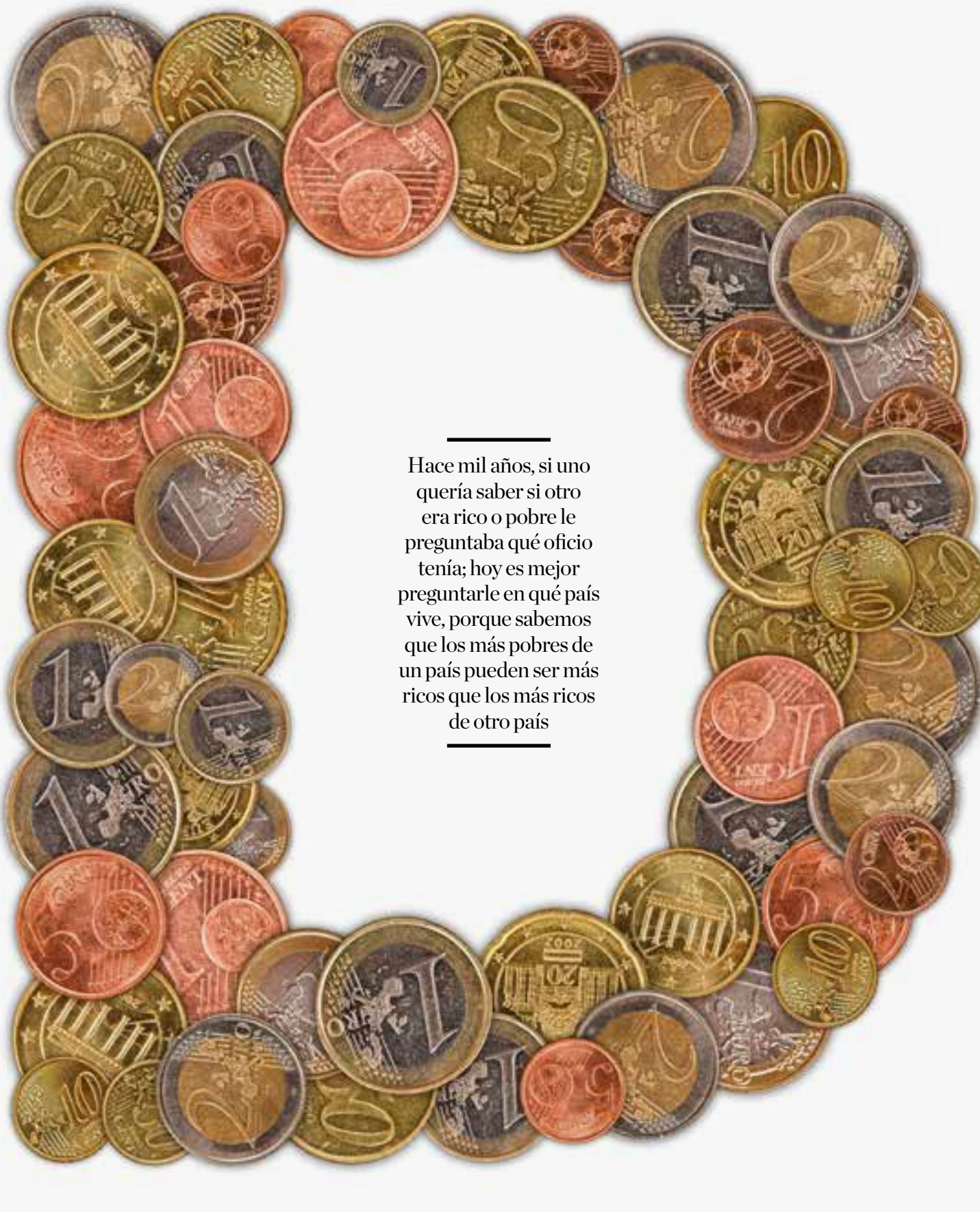


ciones, como fue el caso de Alemania en 1918. Pero en el caso, menos cruento, de una crisis financiera, es insólito que las deudas contraídas se paguen en su totalidad, y ello es igualmente lógico: las crisis suponen una pérdida de valor de algún activo –acciones de los ferrocarriles suramericanos o acciones de empresas. com, viviendas y terrenos– que no puede entonces responder del pasivo, y el resul-

tado es la insolvencia: alguien, además de los accionistas, se queda sin cobrar.

Desde este punto de vista, la crisis que se inició en agosto del 2007 presenta dos particularidades: con excepción de las reestructuraciones de la deuda pública griega, no ha habido impagos ni de deuda pública ni de deuda privada; las entidades financieras, en particular, han hecho honor a sus compromisos, en

muchos casos gracias a ayudas del sector público; esas ayudas han sido causa de un gran aumento de la deuda pública en los países afectados, y aquí viene la segunda particularidad: para limitar el crecimiento de la deuda pública se ha impuesto, en la eurozona, una política de consolidación fiscal, bajo el nombre simplificador de “política de austeridad”. Más de uno pensó que la reduc- ➔



Hace mil años, si uno
quería saber si otro
era rico o pobre le
preguntaba qué oficio
tenía; hoy es mejor
preguntarle en qué país
vive, porque sabemos
que los más pobres de
un país pueden ser más
ricos que los más ricos
de otro país

ción del gasto público no ayudaría al crecimiento y que haría, por consiguiente, más difícil la reducción de la deuda, pero la expresión “políticas de austeridad favorables al crecimiento” (*growth-friendly austerity policies*) acabó teniendo un efecto balsámico que ha permitido sobrellevar los años más difíciles de la recesión, y solo recientemente los responsables de esas políticas aceptan que habían cogido el rábano por las hojas, y que una política fiscal menos estricta hubiera podido mitigar los efectos de la crisis.

El resultado es que los países avanzados se encuentran ahora con unos niveles de deuda muy elevados: entre el 84% del PIB para Alemania, el 87% para EEUU o casi el 100% de España. De vez en cuando, los tenedores y los compradores potenciales de esa deuda se preguntan si el país de que se trate –que es España más que Alemania– va a poder pagar, y cada vez que eso ocurre los mercados experimentan una sacudida. No tenemos una respuesta definitiva a la pregunta, pero sí es posible dar pistas orientativas: la primera es que la deuda de un país no puede crecer indefinidamente a un ritmo superior al de su PIB, porque un título de deuda, como un billete de banco, es un derecho sobre un trocito de ese PIB, y para mantener su valor ha de crecer al compás de este. Por desgracia, desde principio de siglo la deuda de los países avanzados ha crecido a un ritmo bastante superior al de su PIB –hasta cinco veces más en la Unión Europea–, y eso es un motivo de inquietud. Es difícil pensar en reducciones del volumen absoluto del gasto público en países como el nuestro, donde las demandas de educación y sanidad seguirán en aumento: aunque desde luego hay margen para aumentos de la eficiencia del gasto, solo un mayor crecimiento del PIB puede darnos un respiro.

Pero ¿hay un valor crítico del porcentaje de la deuda sobre el PIB por encima del cual pueda decirse que el país corre el riesgo de no pagar su deuda? Debe haberlo, pero nadie sabe cuál es, porque, incluso para un solo país, depende de demasiadas

circunstancias; en primera instancia del tipo de interés, ya que cuanto más alto es este, mayor es la porción del PIB que hay que apartar para hacer frente a los pagos de la deuda. Es por eso que la perspectiva de un largo período de tipos bajos es un alivio para los que pagan –que son los que trabajan– y una noticia menos buena para los que han invertido sus ahorros en deuda y confían en esos pagos para completar su pensión; con una subida de tipos se cambiarían las tornas. Por ahora no podemos dar el problema de la deuda por resuelto: no sabemos ni si algún país, en algún momento, habrá de recurrir a una reestructuración de su deuda –aunque ello parece menos probable que hace dos o tres años– ni si los rendimientos de la deuda volverán a ser lo que aún consideramos un nivel normal.

DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA. Esta tercera última D –es decir, la distribución de la renta– también se ha puesto de moda no hace mucho en relación tanto con el problema de la desigualdad como con el de la pobreza; es un terreno de discusión muy espinoso, tanto por la variedad de posturas ideológicas como por la existencia de varios conceptos, y muchas medidas, de la desigualdad. Para un enfoque inteligible, disponemos de los trabajos del profesor Branko Milanovic. Simplificando un poco puede decirse que hace mil años había, naturalmente, ricos y pobres, pero no países ricos y países pobres: en todos los países la mayor parte de sus habitantes vivía al nivel de subsistencia. La cosa cambia sobre todo a partir de la Revolución Industrial, cuando algunos países se enriquecen en conjunto y otros se quedan atrás. Hace mil años, si uno quería saber si otro era rico o pobre le preguntaba qué oficio tenía; hoy es mejor preguntarle en qué país vive, porque sabemos que los más pobres de un país pueden ser más ricos que los más ricos de otro país –así, por ejemplo, los más pobres de Alemania son más ricos que los más ricos de Albania–, y ya nos hemos acostumbrado a esta situación.

Pero esto está cambiando con la globalización. Ha tendido a beneficiar a todo el mundo, pero no en idéntica medida: los grandes beneficiados han sido las clases medias asiáticas –en conjunto más pobres que la media de los países avanzados– que han visto aumentar su renta en un 80%; en segundo lugar, ha beneficiado al 1% más rico –ciudadanos norteamericanos en un 75%–, mientras que las clases medias de los países de la OCDE no han experimentado crecimiento alguno. Si esto continúa así, puede llegar el momento en que un ingeniero cobre lo mismo en cualquier país del mundo, y que lo mismo ocurra con un albañil o un mecánico. La pregunta volverá a ser: ¿a qué se dedica usted?

La lógica de esa evolución es bien visible, y se deduce de lo que nos enseña el comercio internacional: cuando dos países se ponen a comerciar, los salarios de ambos tienden a converger. Si miramos la evolución de los salarios en el sector manufacturero entre Estados Unidos y los países que, a partir de 1945, empezaron a conformar lo que hoy es el mercado mundial –el Reino Unido, Europa continental, Europa del sur y Japón, los tigres asiáticos– siempre observamos el mismo patrón: los salarios se estancan en EEUU, hacia principios de los ochenta del siglo pasado, mientras que los de los otros países se les van aproximando hasta igualarse en algún caso, como el de Alemania, o a quedar a cierta distancia por debajo, como en el caso de España. Hay, pues, razones que sugieren que aunque otros países nos den alcance ello no significará un descenso de nuestro nivel de vida.

Estas consideraciones no debieran tomarse como una predicción: la demografía y la economía suelen equivocarse al proyectar lo de hoy hacia el mañana siguiendo una línea recta. Pero sus análisis sirven de avisos; nos dicen que las cosas pueden no seguir como hasta ahora y nos invitan a seguir su evolución, quizá con la esperanza de anticiparnos a los acontecimientos. ●

Alfredo Pastor es doctor en Ciencias Económicas y catedrático de Teoría Económica desde 1976

LA ÉTICA DEL NUEVO MUNDO

La ética del capitalismo democrático pretende conciliar la libertad de mercado con el equilibrio social, la eficiencia de la economía con una sólida cohesión social. Con una política de nervadura ética perderían sentido la antipolítica y también los movimientos antisistema. Es aplicable a las naciones y al mundo entero. Es en el fragor de las crisis cuando las sociedades plurales andan más urgidas de ética

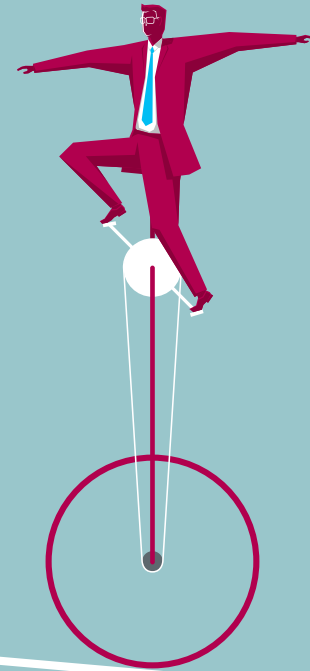
◆
por Valentí Puig

—A estas alturas ya no vale hablar de ética como si fuese un *lifting* para disimular los efectos tóxicos de la crisis o seguir gestionando de forma opaca el discurrir de sociedades de cada vez más complejas. Es más: la urgencia ética aparece en casi todos los horizontes del nuevo siglo, desde internet hasta la idea de transformar la naturaleza humana con los poderes insólitos de la tecnología, de una nueva banca a la legislación supranacional o a una regeneración exigente de los partidos políticos atajando las metástasis partitocráticas. El principio de responsabilidad ética fue invocado *in extremis* en los instantes más azarosos de la crisis de 2008. Era la concreción de un descontento ante las piezas de dominó que iban cayendo de modo indefectible, hasta el punto de que las sociedades avanzadas se vieron cerca del abismo, de un caos que generaba desafección, antipolítica y un recelo ante las disfunciones del sistema financiero. Dos opciones estaban a la vista: el populismo y la regulación razonada. Finalmente, en la necesidad de un ímpetu ético coincide la ciudadanía, humillada en la poscrisis por la corrupción política y la

magnitud delictiva de las evasiones de impuestos. Sin ética no hay confianza y eso tiene un coste y erosiona la noción tan imprescindible del bien común. De las *subprime* a los paraísos fiscales, del desasosiego de la vida como mercancía, la inarticulación ética de una sociedad acaba turbando su sistema de equilibrios y permanencias. Desde un punto de vista utilitarista, la corrupción encarece, causa inseguridad jurídica e incluso, al margen del deber ciudadano, corroe ese elemento de reciprocidad que también es un componente de la ética.

Cabe volverse a preguntar si es que sin ética no hay confianza o es que sin confianza no hay ética. Carente de un imperativo ético, la vida pública mengua su credibilidad y las sociedades ven eclipsada su autoestima. Aumenta entonces la sospecha de que nuestras vidas están a merced de factores fuera de control, fuerzas impersonales que suplantán la libertad de elegir, algo que se acentúa por las derivas de un proceso por otra parte positivo como es la globalización o que, con la desafortunada escenificación de la *troika*, han convertido la Unión Europea en el enemigo de los

nuevos populismos. Frente a los postulados de la ruptura, una ética reformista pone en pie iniciativas de diagnóstico, como “Transparency International”, del mismo modo que el vínculo entre ética y acción empresarial va configurándose como un consenso fiable. La crisis y sus consecuencias salvajes han dañado el capital social que se forma a partir de la confianza y que cohesiona las comunidades humanas. Francis Fukuyama se refiere a los hábitos éticos porque, en definitiva, tanto la economía de mercado como el arbitraje de los conflictos sociales tienen como fundamento el grado de calidad institucional de un país. Es decir, sus hábitos éticos, sus valores públicos. Siempre habrá corruptos, pero la ética común representa que las expectativas razonables de una sociedad sean los comportamientos honestos y el rigor en la aplicación de la ley. Es manifiesta la necesidad de un control o autocontrol ético en el sistema mediático, del mismo modo que la elaboración de nuevas normas de competencia en los mercados es errónea sin una concepción equitativa. Al fin y al cabo, el propio Adam Smith insiste en la dimensión moral de la econo-



mía y en el comportamiento correcto de los mercados. Desde este punto de vista, las motivaciones del *homo economicus* no tienen por qué ser incompatibles con las virtudes del ciudadano. Un país con bajo capital social –dice Fukuyama– no solo se arriesga a tener empresas débiles e ineficientes, sino que también padece corrupción política y tiene una administración pública inefectiva. En fin, la corrupción que es provechosa para unos pocos sale muy cara para todos. Ha sido durante largo tiempo el caso italiano: era patente la relación directa entre atomización social y corrupción según se observase la vida pública en el norte y en el sur.

Un ejemplo de requerimiento ético para este siglo es la eclosión tan rápida de las biotecnologías que en un extremo sustentan el trashumanismo, creer que la inmortalidad es posible, que la inteligencia artificial puede sustituir a la conciencia o que una simbiosis entre ser humano y máquina nos lleva a otro mundo feliz. Ese es uno de los grandes debates éticos de hoy. ¿Se puede fabricar un hombre? ¿Sería el fin de la humanidad? Es una de las predicciones

del gurú Ray Kurzweil, para quien el debate ético es como una piedra en el río, donde el agua pasa de largo: así es como en el siglo XXI las personas serán una combinación de inteligencia biológica y artificial.

La ética del capitalismo democrático pretende conciliar la libertad de mercado con el equilibrio social, la eficiencia de la economía con una sólida cohesión social. Como dice Michael Sandel, una vida pública vacía de significados morales e ideales compartidos no es ninguna garantía de libertad, sino más bien una invitación abierta a la intolerancia. Con una política de nervadura ética perderían sentido la antipolítica y también los movimientos antisistema. Es aplicable a las naciones y al mundo entero. En su proyecto de una ética mundial, el teólogo Hans Küng, generalmente indócil, presupone que sin un mínimo consenso básico de valores, sin un talante ético mundial, el proyecto está condenado al fracaso sino trasciende en una síntesis de afirmación. Es en el fragor de las crisis cuando las sociedades plurales andan más urgidas de ética. ●

‘BREXIT’, ¿UN SALTO A LO DESCONOCIDO?

Los partidarios de permanecer en la Unión Europea (es decir, votar no al Brexit) alegan la incertidumbre económica que se generaría. Es el principal mensaje del primer ministro David Cameron. También se aduce una posible pérdida de liderazgo mundial, más riesgos terroristas al disminuir la cooperación policial y mayores restricciones para viajar, estudiar y residir en la UE



por Núria González Campaña

—El 23 de junio los británicos están llamados a decidir en referéndum entre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea o su salida, el llamado *Brexit*. En el año 2015 la salida británica de la UE se antojaba remota, pero finalmente las encuestas no señalan un claro vencedor, ya que los partidarios del *Brexit* han aumentado. La crisis migratoria y la crisis del euro, que parece no tener fin, benefician al bando euroescéptico, más movilizado y confiado en el abstencionismo de muchos británicos. La cuestión no es nueva. Hace 41 años, el 5 de junio de 1975, a los británicos se les planteó la misma pregunta. El resultado fue que una amplia mayoría optó por continuar en las entonces llamadas “comunidades europeas”, a las que habían accedido en 1973 de la mano del gobierno conservador de Edward Heath. Un 67% estuvo a favor de la permanencia y participó el 64,5%. Durante la campaña de las elecciones de 1974 el candidato laborista Harold Wilson había prometido que en caso de victoria convocaría una consulta sobre la continuidad británica en el mercado común. Los laboristas, una vez en el poder, se dividieron, mientras que los conservadores, con la excepción de unos pocos diputados, optaron por continuar en las comunidades europeas. La foto de Margaret Thatcher, entonces flamante líder de la oposición, luciendo un jersey con banderas de países europeos y haciendo campaña por el *in* es un curioso recuerdo de aquella época.

EL PORQUÉ DEL REFERÉNDUM. En esta ocasión ha sido el conservador David Cameron quien, en enero del 2013, siendo ya primer ministro pero pensando en las elecciones del 2015, prometió que en caso de resultar reelegido renegociaría el estatus británico en la Unión Europea y convocaría un referéndum sobre su pertenencia. Cameron no estaba especialmente interesado en la cuestión. De hecho, en el año 2006, poco después de ser elegido líder *tory*, aconsejó a sus compañeros de partido que si querían volver a ganar unas elecciones dejaran de dar la lata con Europa —“Stop banging on Europe”—. Sin embargo, el temor a una fuga de votos conservadores hacia el UKIP —partido populista y anti-UE— y la presión del ala euroescéptica de su propio partido le hizo replantearse su posición aunque confiaba en no tener que cumplir su promesa. Si la coalición de gobierno que había tejido en el año 2010 con los liberal-demócratas de Nick Clegg continuaba después de las elecciones del 2015, tal



como indicaban las encuestas, Cameron tendría la excusa perfecta para no convocar el referéndum ya que previsiblemente sus socios de gobierno, el partido más favorable a la UE del espectro político británico, se opondrían.

Sin embargo, el Partido Conservador arrasó en las elecciones del 2015 con una amplia mayoría absoluta y la posibilidad de gobernar en solitario. El primer ministro se vio obligado a cumplir su promesa, como le sucedió al laborista Wilson en 1975. Hoy son los conservadores los que están divididos y son los laboristas, en su gran mayoría, quienes apoyan la permanencia en la UE, aunque manteniéndose en un discreto segundo plano. No en vano, el actual líder laborista, Jeremy Corbyn, siempre había mostrado muchas cautelas respecto a la UE.

PARTIDARIOS DEL 'BREXIT'. Los argumentos a favor de salir de la UE se encuentran resumidos en el eslogan de campaña del *Brexit*: "Let's take back control" ("Retomemos el control"). Sus partidarios quieren recuperar la soberanía británica cedida a las instituciones europeas, a las que achacan demasiadas decisiones que afectan a sus vidas y sobre las cuales apenas tienen control. Desde este punto de vista, la UE actúa como un freno para el Gobierno y el Parlamento británicos, que no pueden legislar libremente. Así justificaba Michael Gove, el actual ministro de Justicia, su posición favorable al *Brexit*. Sin embargo, como señala Nick Barber, profesor de derecho constitucional en la Universidad de Oxford, la independencia formal no debe confundirse con soberanía y control efectivos. ¿Quién es realmente independiente o soberano en un mundo tan interconectado? Igual que les sucede a Noruega o Suiza, si Gran Bretaña quiere mantener el acceso al mercado único europeo deberá aceptar muchas de las normas de las que algunos pretenden alejarse. Además, en caso de *Brexit*, esas normas se elaborarían sin participación británica. Boris Johnson, el popular exalcalde de Londres y quien espera un tropiezo de Cameron en este referéndum para asaltar el liderazgo conservador, es una de las estrellas de la campaña a favor del *Brexit*. Sostiene que su país podría emular a un Canadá que ha firmado multitud de tratados de libre comercio —con la UE, por ejemplo— y al mismo tiempo es capaz de controlar sus fronteras.

Precisamente, el control de la inmigración es clave. La llegada de trabajadores de países del este de Europa —especialmente rumanos y polacos—, amparados por el principio de libre circulación, preocupa a muchos británicos. El apoyo al *Brexit* es mayoritario en varones blancos mayores de 50 años, habitantes de zonas rurales, personas con un nivel educativo bajo y un empleo poco cualificado. En su mayoría son lectores habituales de la prensa sensacionalista como el *Daily Mail*.

A FAVOR DE LA PERMANENCIA EN LA UE. El respaldo a la permanencia en la UE, en cambio, es mayoritario entre personas jóvenes, con estudios, habitantes de Escocia y el área metropolitana de Londres. Con todo, la característica que más diferencia a un grupo del otro es la edad. Según las encuestas, los jóvenes que acudan a las urnas lo harán para votar masivamente a favor de permanecer en la UE, especialmente los universitarios. Es la llamada generación "easy jet", la que viaja con la misma facilidad a Glasgow que a Barcelona. La campaña a favor de la permanencia deberá ➤➤

La UE no es para los británicos un fin en sí mismo, sino un medio con el que garantizar o aumentar la prosperidad y la estabilidad

esforzarse en movilizar a los jóvenes. Sin ellos, la victoria del *in se* antoja compleja. Los partidarios de permanecer en la UE esgrimen, sobre todo, la incertidumbre económica que se generaría: un salto a lo desconocido, dicen. Este es el principal mensaje de Cameron y de los organismos económicos. También se aduce una posible pérdida de liderazgo mundial, más riesgos terroristas al disminuir —previsiblemente— la cooperación policial y mayores restricciones para viajar, estudiar y residir en la UE.

Cameron ha hecho una activa campaña a favor de la permanencia para convencer a los británicos de que el pacto alcanzado en el Consejo Europeo en febrero del 2016 consolida el estatus especial del Reino Unido en la UE. Llegó a Bruselas con unas exigencias claras y consiguió diversas concesiones. En primer lugar, la posibilidad de limitar los beneficios sociales a los nuevos trabajadores inmigrantes hasta un máximo de cuatro años si se demuestra que suponen una carga excesiva para la Seguridad Social británica. En segundo lugar y en contra de la posición inicial de Cameron, los trabajadores de la UE recibirán los beneficios sociales cuando empiecen a contribuir al sistema. Otra cuestión será si el Tribunal de Justicia de la Unión Europea, en su momento, considera que esta medida es compatible con el derecho de la UE, como recuerda Paul Craig, profesor de derecho de la UE en Oxford.

Cameron también consiguió la promesa de que las medidas que se puedan adoptar para apoyar a la zona euro no supondrán responsabilidad presupuestaria ni discriminación para los países de fuera de la eurozona. A la vez logró que el objetivo de la UE de tender hacia “una unión cada vez más estrecha” no sea de aplicación al Reino Unido. Para garantizar la subsidiariedad, se refuerza la posición de los parlamentos nacionales con un sistema de “tarjeta roja” o veto en caso de que el 55% de los parlamentos nacionales se opongan a una medida adoptada por el Consejo y el Parlamento Europeo. Aunque Cameron lo presente como una recuperación de soberanía, los expertos dudan de su eficacia y estiman que en la práctica apenas se aplicará.

Asimismo, de modo inconcreto la UE iba a incrementar los esfuerzos para mejorar la competitividad fortaleciendo el mercado único y con menos cargas administrativas. Estas concesiones fueron ofrecidas a la ciudadanía como la prueba de que la UE puede adaptarse a los intereses nacionales de Gran Bretaña. Aunque estas medidas no pueden considerarse cosméticas o superficiales, queda la duda de si el contenido de este pacto puede influir de manera significativa en el sentido del voto a la hora del sí o el no en el referéndum.

CONSECUENCIAS DEL ‘BREXIT’. En caso de que los británicos voten a favor del *Brexit*, de acuerdo con el Tratado de la UE el Reino Unido y la UE, negociarán “un acuerdo que establecerá la forma de su retirada, teniendo en cuenta el marco de sus relaciones futuras con la Unión”. En tal caso, las opciones podrían ser: 1) integrarse en el espacio económico europeo, como Noruega; 2) negociar una serie de acuerdos de libre comercio sector a sector, como Suiza; 3) negociar una unión aduanera, como Turquía; 4) concluir un tratado de libre comercio similar al que tiene Canadá,

o 5) comerciar con la UE como cualquier otro país siguiendo las normas de la OMC.

Más allá del trato que finalmente obtendrían los británicos y de la pesadilla jurídica resultante, el futuro de la UE como proyecto político se tambalearía seriamente. Un voto a favor del *Brexit* podría estimular corrientes de opinión similares en otros países, como por ejemplo Holanda, donde el ultranacionalista Partido de la Libertad de Geert Wilders ha prometido un referéndum sobre la permanencia en la UE si gana las elecciones generales de marzo del 2017. También Marine Le Pen se ha mostrado entusiasmada con la posibilidad del *Brexit*, ya que, según ella, desencadenaría la descomposición de la UE.

Lógicamente, en el Reino Unido las consecuencias del *Brexit* serían muy relevantes. Probablemente provocaría la dimisión del primer ministro y una aguda crisis en el Partido Conservador. Más trascendental incluso sería el impacto en Escocia. El Partido Nacionalista Escocés ya ha prometido que en caso de *Brexit* organizará un segundo referéndum de independencia.

QUÉ PASA CON UN NO AL ‘BREXIT’. Incluso en el caso de que se opte por la continuidad, la peculiar relación británica de recelos y cautelas de los británicos con la UE no cambiará. Ya lo dijo Churchill: “We are with them, but not of them”. Para el profesor de Cambridge Andrew Gamble, la identificación del pueblo británico con la UE no parece profunda, sino basada en cálculos pragmáticos de coste-beneficio. Cameron ya reconoció que aunque Gran Bretaña haya participado en la forja de la identidad europea, la geografía insular ha moldeado su carácter: independiente, directo y apasionado en la defensa de su soberanía. La UE no es para los británicos un fin en sí mismo, sino un medio con el que garantizar o aumentar la prosperidad y la estabilidad.

Con un voto favorable a la permanencia, Cameron podría aprovechar el auge euroescéptico en la mayoría de países europeos para impulsar reformas que diseñen una UE más parecida no solo a los anhelos de muchos británicos, sino también a los de otros europeos: el ideal de un estado federal europeo queda hoy lejos. Según las encuestas, los ciudadanos europeos no quieren suplantar los órdenes constitucionales internos. Las lealtades siguen siendo, sobre todo, nacionales. Al igual, para la mayoría de británicos, la UE no tiene por qué ser más que un mercado plenamente integrado, con unas potentes instituciones confederales en las que los países cooperan para su beneficio propio. Aunque la mayoría de los británicos considere que los poderes de las instituciones europeas son excesivos, no significa que esa mayoría vaya a votar a favor del *Brexit*. El Reino Unido no vive en recesión. De hecho, cuenta con una de las economías más sólidas de Europa. La incertidumbre que generaría el *Brexit* puede espantar al ciudadano medio, que suele sufrir aversión al riesgo. Eso hace comprensible que muchos prefieran optar por el *statu quo*, aunque lo hagan sin entusiasmo. ●

Núria González Campañá es profesora colaboradora en ESADE Law School. DPhil Candidate en derecho de la UE en la Universidad de Oxford

El primer ministro británico, David Cameron, habla en una conferencia de prensa tras negociar nuevas condiciones para el Reino Unido en su adhesión a la UE, el pasado 19 de febrero en Bruselas
[Foto de Dan Kitwood/ Getty Images]





F

Carta desde París

—Del París de los exilados liberales españoles al de la generación perdida norteamericana, de Balzac a Baroja, de la literatura entendida como nación literaria a la gastronomía como fundamento patriótico, la capital de Francia ha sido punto nuclear de la cultura europea, irradiando clasicismo y vanguardia para todo el planeta. Así sigue siendo, a pesar de tantas teorías sobre el declive de Francia o incluso el suicidio francés. El historiador Jordi Canal administra su tiempo parisién entre las aulas y el *savoir vivre*, buscando en la ciudad que fascinó a los grandes de Hollywood el rastro de un modo de ser que todavía llamamos “civilización”. Canal sigue, por ejemplo, los pasos del joven Josep Pla, cuando llega a París como corresponsal o refiere su trato vital con Jorge Semprún. Seguimos en el deleite de las callejuelas que no han sucumbido o de los pequeños restaurantes en los que conversar está a la altura del mejor menú.

LOS BERBERECHOS AL VAPOR EN LA CAGUILLE

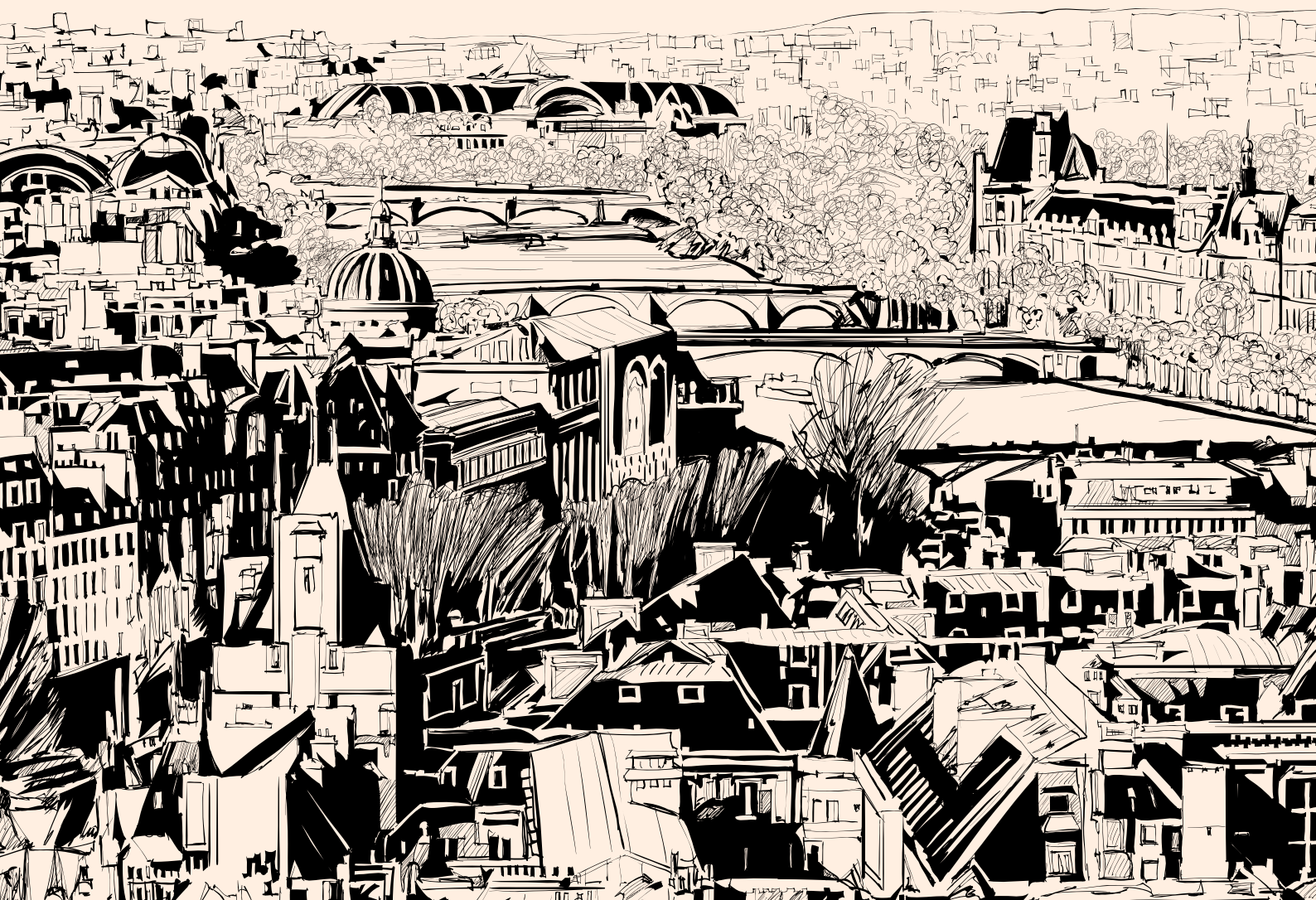
Para resumir los males de la Francia de hoy, tanto en lo social como en lo económico, en lo político y en lo cultural, uno podría decir que los franceses se muestran militantemente reacios a toda reforma. Matizando todo lo que se quiera, la sentencia es incontrovertible. Pero en París se sigue comiendo muy bien



por Jordi Canal

—No consigo acostumbrarme a la fealdad y a la suciedad con la que París recibe a propios y extraños a su llegada al Aeropuerto Charles de Gaulle. El trayecto hasta el centro de la ciudad con el RER —red parisién de transporte rápido— no resulta casi nunca una experiencia agradable. Si se llega por Orly las cosas parecen mejores, pero es un espejismo, ya que, al final, nadie escapa al RER. Los taxis no son

baratos. Viajando desde España, el AVE y, ya en territorio galo, el TGV, que permiten apearse en la acogedora Gare de Lyon, evitan la mala impresión del recién desembarcado, al precio de la miserable pérdida de tiempo, en el paso por el sur hexagonal, como consecuencia de la lentitud de la supuesta alta velocidad. Las autoridades francesas hace tiempo que dejaron de mirar hacia aquellas míticas



ciudades y playas a las que nuestros padres peregrinaban con veneración, a finales de la década de 1960 e inicios de la siguiente, a comprar quesos y ropa o a ver películas prohibidas y espiar a los nudistas. El lepenismo tiene allí uno de sus fortines.

Algunos de los problemas que aquejan hoy a la sociedad francesa no son especialmente distintos de los padecidos por otros países del continente, del paro al miedo a la inmigración, de la mundialización al crecimiento de los partidos extremistas. Los debates sobre *la France qui tombe*, en los ambientes intelectuales y a pie de calle, resultan recurrentes. Las dificultades generadas por las *banlieues*, a veces insensatamente abordadas con letal buenismo, no parecen tener solución. Quizás los políticos españoles deberían tomar buena nota de ello. Si hubiera que resumir en una frase los males de nuestros vecinos —tanto en lo social como en lo económico, en lo político y en lo cultural—, mi propuesta sería la siguiente: los franceses se muestran militantemente reacios a toda reforma. Podemos matizar todo lo que se quiera, pero la sentencia es incontrovertible.

En París se sigue comiendo muy bien. La aversión al cambio se nos antoja, en el terreno gastronómico, francamente positiva. Uno de mis restaurantes preferidos, en los últimos años, es La Cagouille. Frecuentado por políticos, empresarios y periodistas, este excelente establecimiento de pescados y mariscos se encuentra en la pequeña plaza Constantin Brancusi, cerca de la estación de Montparnasse. La redacción de *Le Point* estaba, cuando lo dirigía Franz-Olivier Giesbert, casi al lado. En Francia, semanarios como *Le Point*, *L'Express*, *Le Nouvel Observateur* o *Marianne* son mucho más interesantes que una declinante prensa diaria. En otro tiempo, uno de los clientes habituales de La Cagouille era François Mitterrand, gran amante de las ostras y de la buena vida. Hice mi particular descubrimiento del lugar gracias a Jean-Christian Pinot, un viejo y encantador legitimista francés, exdirector general de Nouvelles Frontières, que aconsejó en su tiempo al duque de Cádiz, Alfonso de Borbón y Dampierre, y hoy se cuenta entre los seguidores de su hijo Luis Alfonso como pretendiente al trono de Francia.

En mi última visita elegí unas ostras royales, bien ➤





Los problemas que aquejan hoy a la sociedad francesa son similares a los de otros países: el paro, el miedo a la inmigración, la mundialización o el crecimiento de los partidos extremistas

carnosas y sabrosas, únicamente sazonadas con pimienta negra molida al instante, y unos salmonetes al aceite de oliva templado, acompañados de un borgoña blanco. Las preparaciones del pescado son sencillas, como a mí me gustan, lo que permite saborear el producto sin artificios. Destacan también las navajas a la plancha con mantequilla alimonada y las vieiras con salsa balsámica. La carta, expuesta en una pizarra, cambia todos los días según los productos llegados del mercado. Nunca faltan los berberechos al vapor, con un suave toque de mantequilla, como aperitivo de la casa. Sobre el uso de la mantequilla sostenía Josep Pla, en las reflexiones suscitadas por su primera estancia en la ciudad del Sena en 1920-1921, que, para la adaptación a un país, el interrogante sobre la cosa básica de la cocina resulta importante. Creo haberme habituado plenamente. Un poco de mantequilla agregada a los berberechos otorga un toque exquisito a este plato. De otro modo, pueden saborearse con unos mejillones de roca, añadidos a la olla tras haber rehogado en la mantequilla un puerro cortado en finos aros e incorporado, a continuación, pimienta y un vaso de vino blanco.

Mi buen amigo francés me aconsejó maridar los berberechos con una copa de Pineau des Charentes, en concreto, un François Ier. La combinación es deliciosa. De hecho, el pineau y el buen coñac no podían faltar en un restaurante fundado por originarios del departamento de la Charente. En la reciente división territorial francesa, este departamento ha pasado a formar parte de la macro-región Aquitania-Lemosín-Poitou-Charentes. Sea como fuere, comer y conversar en La Cagouille es una experiencia que bien vale un verbo propio: como asegura el columnista Patrick Besson, en este restaurante “on ne mange pas, on cagouille”.

Tras el almuerzo y antes de entrar en la parada del metro Gaîté, una visita al vecino cementerio de Montparnasse se impone tanto a efectos contemplativos y culturales como meramente digestivos. Este era lo único, junto a la estación ferroviaria, que merecía la pena resaltar, según Pla, en un barrio —allí se trasladó en enero de 1921, y se alojó en el hotel Delambre, en la calle del mismo nombre— que se hallaba entre los más mediocres, insustanciales y vulgares de la ciudad. Las cosas han cambiado. La necrópolis de Montparnasse, creada en 1824 y que ocupa casi diecinueve hectáreas —un espacio verde muy cuidado, con más de un millar de árboles—, es uno de los catorce cementerios del París intramuros. Dos décadas antes se fundó el de Père-Lachaise y, en 1825, el de Montmartre. Los tres se hallaban, en aquel entonces, en los límites exteriores de la población. Por este motivo, el de Montparnasse recibió el nombre de cementerio del sur, por contraste

con el del norte, que no era otro que el ya mencionado de Montmartre.

Entre las más de cuarenta mil sepulturas, en una atractiva mezcla estilística, destacan numerosos difuntos ilustres, franceses y extranjeros: Charles Baudelaire y Guy de Maupassant, Edgar Quinet y Camille Saint-Saëns, Samuel Beckett y Eugène Ionesco, Émile Durkheim y Raymond Aron, Alfred Dreyfus y Émile Citroën, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir, Julio Cortázar y Carlos Fuentes, Philippe Noiret y Éric Rohmer, Man Ray y Susan Sontag. Sin olvidar, evidentemente, a Don Porfirio Díaz, presidente de México entre 1876 y 1911, exiliado a París tras la revolución maderista donde falleció en 1915. Su tumba, en el interior de una sencilla capillita en cuyo dintel de la puerta encontramos al águila devorando a la serpiente, situada en la avenida del Oeste de la necrópolis, en la división número quince, no lejos de la entrada principal, es de las más visitadas del camposanto.

Recuerdo con cariño un pequeño paseo, una mañana de domingo del mes de junio del 2013, que me condujo a las tumbas de Cortázar y Fuentes. Fue mi guía Daniel Mordzinski, fotógrafo de origen argentino afincado durante muchos años en París, al que algunos han denominado el “fotógrafo de los escritores”. Nos conocimos personalmente, si no recuerdo mal, en otoño del 2007, en el apartamento del periodista Juan Pedro Quiñero, cerca de la plaza de Odéon. Evidentemente, yo apreciaba desde mucho antes sus trabajos, publicados en las páginas de *El País* y en numerosas revistas y presentes en infinidad de solapas de novelas españolas y latinoamericanas. Desde entonces hemos ido coincidiendo, sin preverlo y con grata sorpresa, en lugares tan distintos como Cartagena de Indias, Xalapa, Managua, Madrid o en la estación del AVE de Girona.

Aquel domingo parisino habíamos quedado para tomarnos un café y charlar en un local cercano al cementerio de Montparnasse, en la avenida Edgar Quinet, repleta, ese día de la semana, de tenderetes de creadores y artistas. Daniel estaba pasando por un mal momento, consecuencia de unos hechos lamentables que habían ocurrido pocos meses antes. A finales de febrero, un empleado del diario *Le Monde*, en una de sus oficinas de la capital francesa, cedida a *El País*, donde Daniel Mordzinski guardaba su archivo de casi tres décadas, destruyó sin previo aviso la colección de negativos y diapositivas del autor. Tamaña negligencia e irresponsabilidad no tuvieron ni explicaciones ni disculpas convincentes. Pueden imaginar la desesperación y abatimiento del fotógrafo tras enterarse de todo el 28 de febrero, el día de su cumpleaños. La mayoría del material es irrecuperable. ➤➤

En el actual panorama de las letras francesas, Jean Echenoz forma parte del núcleo de escritores más interesantes junto con Pierre Lemaitre, Patrick Deville y Emmanuel Carrère

Han pasado los meses, e incluso algunos años, y Daniel sigue trabajando. Ha intentado reunir el mayor número posible de sus viejas fotografías, en manos de particulares gracias a su proverbial generosidad, a fin de reconstruir una parte del rico fondo perdido. Y no deja de acudir, como siempre ha hecho, a ninguna reunión importante de escritores latinoamericanos o de cualquier parte del mundo para seguirles dando presencia duradera a través de su cámara. Desea, por encima de todo, proseguir con su proyecto de “ponerle rostro a las letras”, como él mismo ha escrito en alguna ocasión. Eso comenzó cuando era muy joven y tuvo la oportunidad de retratar por vez primera, en su Buenos Aires querido, a un escritor. Como puede imaginarse era José Luis Borges.

Algunas imágenes de escritores que son definitivas para mí y, me parece, para muchas personas, son las instantáneas que Daniel tomó en uno u otro momento: Vargas Llosa echado en la cama leyendo; Javier Cercas de pie en una piscina o con su paraguas abierto al viento; el poeta Ernesto Cardenal, en unas instantáneas llenas de fuerza y misterio; la cubana Wendy Guerra, desnuda y sensual; Roberto Bolaño entre el follaje, o, entre otras más, un pensativo Jorge Semprún, pelo blanco sobre fondo negro. Esta última fotografía es mi preferida. Resulta, simple y llanamente, magnífica. “Daniel, ya son tantos años de amistad y de trabajo, seguro que acabarás conociéndome de verdad”: es la leyenda pergeñada por el propio Semprún y que acompaña su retrato en el volumen *Las tres orillas*, sin duda, una de las obras magnas del fotógrafo, editada en 2010 y que ha dado lugar a múltiples exposiciones en distintos países. Este es, precisamente, el auténtico y más esencial valor del trabajo de Daniel Mordzinski: acercarnos al alma de los escritores.

De Jorge Semprún acaba de traducirse en España uno de sus libros póstumos, *Ejercicios de supervivencia*. Bajo este título, el escritor y exministro de Cultura se había propuesto componer, en francés, varios volúmenes en los que iba a reconstruir su vida. El primero estaba muy avanzado a su muerte. La Editorial Gallimard, el sello que publicaba habitualmente en Francia las obras de Semprún, en 2012 sacó a la calle *Exercices de survie*. El libro contenía dos partes. La segunda trataba de sus últimos días en Buchenwald y el retorno a tierras galas, apenas iniciada. La primera, sin título, y que empezara a redactar en julio del 2005, estaba dedicada a las experiencias en la Resistencia francesa y de la tortura.

En el punto de arranque de la narración, Semprún entra en el bar del Lutetia para evocar cómodamente



algunos fantasmas del pasado, en especial, el suyo propio, el del joven que es como un fantasma a disposición del anciano escritor en el que se había convertido. El parisino hotel Lutetia, en el número 45 del Boulevard Raspail, así frente a la sede de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), cuyo edificio feúcho, en el número 54, tras un largo y complejo trabajo de desamiantado, volverá a ser ocupado. Fue, sucesivamente, a principios de la década de 1940, sede de la Gestapo y centro de acogida para los refugiados que volvían a Francia tras la Segunda Guerra Mundial. El Lutetia, con su bar, restaurante y hotel, recientemente remozado, se encuentra a pocos minutos de la que fuera la última residencia de Semprún, un coqueto y acogedor dúplex en el número 78 de la Rue de l'Université. Allí disfruté de su apasionada y apasionante conversación por última vez pocos meses antes de fenecer. Los dolores en la espalda limitaban bastante por aquel entonces su movilidad. “Lo que resulta maravilloso es poder maravillarse de estar vivo”, había escrito en *Federico Sánchez vous salue bien* (1993). Amable y seductor, brillante y misterioso, amante de la vida, Jorge Semprún falleció en París el 7 de junio de 2011.



Por otra necrópolis, la de Passy, pasea Constance, la protagonista de la última novela de Jean Echenoz, *Envoyée spéciale* (2016), antes de ser secuestrada a fin de prepararla para una misión especial: desestabilizar el régimen norcoreano. El cementerio de Passy, perteneciente en origen a una de las poblaciones anexionadas en la segunda mitad del siglo XIX a la gran metrópolis del Sena, es el más *chic* de París, según escribe Echenoz. Tras una trilogía de vidas imaginadas y tras *142* —una pequeña obra maestra sobre la Gran Guerra, con un trabajo de lenguaje preciso e impresionante—, Jean Echenoz regresa a la novela de acción y aventuras, con un texto que constituye, a través de un narrador omnisciente, un nuevo himno a la lengua francesa, irónico, paródico y de ritmo vertiginoso.

En el actual panorama de las letras francesas, Echenoz forma parte, en mi opinión, del núcleo de escritores más interesantes y destacados, junto con Pierre Lemaitre, Patrick Deville y Emmanuel Carrère. Mientras que Lemaitre acaba de publicar la novela *Trois jours et une vie* y prepara la continuación de la excelente *Au revoir là-haut*, premio Goncourt en 2013, dejando atrás los deliciosos y duros thrillers protagonizados por

el pequeño comandante Verhoeven, Patrick Deville continúa profundizando en una escritura de no ficción, con el año 1860 en el origen de todo, que ha dado lugar a libros tan agradablemente sorprendentes como *Pura vida*, *Kampuchéa*, *Peste et cholera* o *Viva*. Emmanuel Carrère, finalmente, acaba de reunir un conjunto de textos, de inevitable carácter ligeramente autobiográfico, en *Il est avantageux d'avoir où aller*, que vuelven, en algunos casos, sobre temas ya desarrollados en tres de sus grandes novelas —o historias, o reportajes, o todo al mismo tiempo, en una época de fronteras genéricas estimuladamente permeables—: *Un roman russe*, *Limonov* y *Le Royaume*, publicadas, respectivamente, en 2007, 2011 y 2014. Instalados incómodamente en el RER, la lectura de cualquiera de estos libros ayuda, sin duda alguna, a echar al olvido la intolerable fealdad con la que nos recibe un París siempre tan imprescindible. ●

Jordi Canal es historiador. Profesor en la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) de París. Su último libro publicado es 'Historia mínima de Cataluña', disponible en versiones castellana y catalana

TO BREAK THE RULES,
YOU MUST FIRST MASTER
THEM.

EL VALLE DE JOUX: UN ENCLAVE ESPECTACULAR DE EXTREMA DUREZA QUE DESDE 1875 ALBERGA LA SEDE DE AUDEMARS PIGUET, EN EL PUEBLO DE LE BRASSUS. LAS IMPONENTES FUERZAS DE LA NATURALEZA FORJARON LAS PRIMERAS GENERACIONES DE RELOJEROS Y LOS INSPIRARON PARA DESCIFRAR SUS MISTERIOS MEDIANTE LA COMPLEJA MAQUINARIA DE SUS CREACIONES. GUIADOS POR EL MISMO ESPÍRITU PIONERO, HOY SEGUIMOS DESAFIANDO LAS CONVENCIONES Y RENOVANDO EL ARTE DE LA RELOJERÍA.



ROYAL OAK
CRONÓGRAFO
EN ORO AMARILLO

AUDEMARS PIGUET
Le Brassus

AUDEMARS PIGUET LOUNGE
MARQUÉS DE VILLAMEJOR, 3, 1º DCHA. MADRID
TEL. +34 91 781 80 60
BOUTIQUE.MADRID@AUDEMARSPIGUET.COM
AUDEMARSPIGUET.COM



Artes&Co.

64 Entrevista

Ruiz Zafón: quince años después de
'La sombra del viento'

por Sergi Doria

68 Poesía

Los bosques del poeta

por Jordi Llavina

70 Arte

Representaciones siniestras

por Jacobo Zabalo

72 Coleccionismo

El arte de coleccionar en Barcelona

por Francesca Minguella

74 Geografías

Vilnius

por Sam Abrams

76 Música

Redescubrir a Satie

por David Albet

78 De autor

Poder elegir

por Imma Monsó

QUINCE AÑOS DESPUÉS DE 'LA SOMBRA DEL VIENTO'

El escritor más internacional de la literatura española, con millones de ejemplares vendidos, cierra su tetralogía del Cementerio de los Libros Olvidados con una novela que verá la luz en otoño



TEXTO Sergi Doria — FOTOGRAFÍAS David Ramos

— Corría junio del 2001, cuando todavía no contábamos en euros. Lo primero que nos llamó la atención de *La sombra del viento* fue la bella fotografía en blanco y negro de Català-Roca de la portada; luego no paramos de leer aquella gótica y brumosa historia con dirección en la avenida del Tibidabo, 32. De la primera línea a la última: 576 páginas de abducción. La historia: Barcelona, años cuarenta. Daniel Sempere visita con su padre el borgeano Cementerio de los Libros Olvidados en un lóbrego almacén de la calle Arco del Teatro. En esa babélica necrópolis duermen miles de títulos que jamás verán la luz si alguien no decide adoptarlos e insuflarles vida como lector. “Me sentí rodeado de millones de páginas abandonadas, de universos y almas sin dueño, que se hundían en un océano de oscuridad mientras el mundo que palpitaba fuera de aquellos muros perdía la memoria sintiéndose más sabio cuanto más olvidaba...”. El lomo de *La sombra del viento*, obra firmada por un tal Julián Carax, asoma en un polvo-riente anaquel. Sempere toma el volumen y hace “aletear sus páginas”. A partir de ese instante, la pasión por contar hurga en haciendas familiares desvecijadas, bohemias *fin de siècle* y luces usadas de posguerra. Soberbias metáforas y un seductor elenco de secundarios engarzan relaciones peligrosas: el mendigo reciclado y locuaz Fermín Romero de Torres, el diabólico Laín Coubert, el bibliófago Gustavo Barceló, o el sádico de “la Social” Javier Fumero.

Nacido en Barcelona en 1964, se dice que, ya en el colegio de los jesuitas, Ruiz Zafón hacía gala de una desmedida afición a las historias tenebrosas e insomnes: a los 14 años pergeñó un novelón de 500 páginas. Aunque encaminó su vida profesional a la publicidad, en 1992 cambió su trabajo de creativo por la creatividad literaria: un año después ganaba el Premio Edebé de Novela Juvenil con *El Príncipe de la Niebla*. Con los tres millones del galardón financiaría su sueño americano: voló a Los Ángeles para convertirse en guionista de cine, hasta que Barcelona, en la distancia, lo volvió a atrapar. Después de *La sombra del viento*, *longseller* con más de un centenar de ediciones en España, Ruiz Zafón cambió de registro en *El juego del ángel* (2007): “Sabía que iba a ser más difícil para la mayoría de lectores y que esa mayoría siempre iba a preferir *La sombra del viento*, porque son dos novelas muy diferentes

entre sí: mientras que *La sombra del viento* despierta una respuesta similar en todo tipo de lectores, *El juego del ángel* concitó reacciones dispares y encontradas. Pero debía ser así porque respondía a la propia naturaleza de cada uno de los libros”.

Con *El prisionero del cielo*, Ruiz Zafón volvía a conectar con el Cementerio de los Libros Olvidados: “Si *El juego del ángel* es el trago más oscuro y difícil de la tetralogía, esta es una novela dinámica que intenta aportar emoción, aventura, humor, magia y romance. Todo aquello que algunos lectores encontraron confuso o ambiguo en *El juego del ángel* –su final, su significado– quedaba aclarado y dimensionado en *El prisionero del cielo*, la novela de Fermín Romero de Torres: su historia, las circunstancias que han conformado al personaje y le han llevado a ser quien es, quedan reveladas”. La segunda entrega después del boom de *La sombra del viento* había sido comprometida: “Por eso me apetecía salir del túnel oscuro del *El juego del ángel* y volver con Daniel y Fermín a una aventura más cercana a *La sombra del viento*. Cruzado ya el ecuador, la carrera se hacía más emocionante, a medida que se acercaba el gran final”.

Admirador de Dickens, Stephen King y John Le Carré, prefiere el ensayo histórico a la novela y las series televisivas al cine: “El cine nació como entretenimiento de masas y creo que está volviendo a sus orígenes de barraca de feria. Aunque en alguna época se haya glorificado la figura del director como creador, el cine no deja de ser un producto comercial en el que las obras maestras son meros accidentes”. Le pedimos que nos recomiende una novela para cada estación del año: “Para la primavera, descubrir a Shirley Jackson y su *Haunting of Hill House*; en el verano, y para elevar la temperatura, al excelente Don Wislow y su díptico *El poder del perro* y *El cartel*. En otoño, *Nada*, de Carmen Laforet, que me sique pareciendo uno de los mejores retratos del alma de Barcelona, y para el invierno, Joyce Carol Oates y su *Bellefleur*, la primera de un fascinante ciclo de cuatro libros: lo mejor de esta autora que es, también, una de mis favoritas”.

Cosas que no todo el mundo conoce de Carlos Ruiz Zafón. De entre sus criaturas literarias, se identifica con Julián Carax, Fermín Romero de Torres y “a veces”, ➤➤







Daniel Sempere: “En esta cuarta novela aparecerán bastantes personajes nuevos, algunos con un papel clave, que me resultan muy próximos hasta el punto de que a veces uno ya no sabe dónde acaba uno y empieza el otro”. Después de un cuarto de siglo en Los Ángeles, observa una Barcelona que no cambia tanto en su fisonomía urbanística como en el ambiente que se respira: “Se va consolidando una divergencia cada vez mayor entre la ciudad que ve el visitante –la Barcelona turística con su patrimonio histórico y cultural– y la Barcelona de puertas adentro, con sus intrigas, tejemanejes y escaramuzas por el poder...”. Lo que más le gusta, cada vez que vuelve a su ciudad, “es caminar y pasearla de arriba abajo”. El escritor intenta recuperar la Barcelona de la infancia y evocar microclimas de la primera mitad de siglo XX: “Quedan, todavía, muchos rincones para perderse y en algunos, si hay suerte, para no ser arrollado por los turistas”, bromea. De Los Ángeles destaca tres rincones que le atraen especialmente: Pacific Palisades, Mulholland Drive y el área del Farmer’s Market alrededor de 3rd Street y Fairfax. Además del anonimato que le proporciona una metrópolis tan inmensa, Ruiz Zafón valora la sociedad literaria norteamericana: “No está tan politizada y condicionada por intereses sectarios como a veces parece estarlo la española”.

Junio del 2016. Después de *La sombra del viento*, *El juego del ángel* y *El prisionero del cielo*, el autor ultima una novela –voluminosa– que desvelará todos los enigmas del Cementerio de los Libros Olvidados. Como en los títulos anteriores, entre página y página, compone una partitura musical. La última que ensayó al piano se titula *Alicia*: “Se inspira en un personaje con el que acabado por hacerme amigo después de tantos meses juntos”. Letras y corcheas: “A pocos metros de mi escritorio de trabajo tengo el piano y a menudo me acerco allí mientras escribo. Voy componiendo pequeñas piezas que asocio a los personajes, a las escenas, a temas de la novela. En el caso de *El prisionero del cielo* recopilé más de dos horas de música original que iba componiendo sobre la marcha. Son miniaturas sin pretensión alguna: si a los lectores les intrigan siempre las podrán escuchar, están colgadas en mi web”.

Acompañado por sus personajes, la colección de seiscientos dragones y las series del cómic como Marvel o el *Gotham* de Bruno Heller, el escritor que más libros ha vendido de la literatura española se dispone a desvelarnos todos los secretos de la saga Sempere: “Es una historia que aúna el tono y la personalidad diferenciada de las tres novelas anteriores y lleva esa fusión de géneros un paso más allá. Tras *El prisionero del cielo*, que era la entrega más ligera y breve de la serie, esta es la más «grande» y operística de todas ellas”. Ruiz Zafón dedica la novela que cierra su tetralogía “a los lectores que me han acompañado en todos estos años: una vuelta al origen del Cementerio de los Libros Olvidados”. Allí nos reencontraremos. ●

Sergi Doria es periodista cultural y autor de la novela ‘No digas que me conoces’

LOS BOSQUES DEL POETA

En el espíritu de la poesía, los bosques aparecen con recurrencia, en todas las tradiciones simbólicas, sean clásicas o románticas. Joan Vinyoli decía haber andado hasta llegar a lo profundo del bosque de la palabra. En los bosques del poeta hay sombra, sueño y silencio

❖
por Jordi Llavina

— Acaso el poeta que mejor ha descrito el crecimiento de la luz a través del bosque es el ruso Boris Pasternak. Este es el arranque de su “Bosque de otoño”: “Bosque de otoño, recién barbado. / Bosque de sombra y sueño, y de silencio”. En los cantares de gesta medievales, el bosque solía ser el espacio de la aventura y de lo ignoto —y, desde luego, también el del peligro—: nada bueno podía ocurrir bajo las tupidas frondas que lo techaban y que casi privaban al caballero andante o montado de los rayos del sol. Una idéntica consideración merece en los cuentos tradicionales: por ejemplo, en *Capercita roja*, el más célebre. Los trovadores preferían los vergeles y los jardines a los bosques. Ahí ofrecía su canto, a cuál más hermoso, un nutrido elenco de pájaros, y a cada uno se le asignaba una función muy relevante, específica, que se ceñía escrupulosamente al severo código estético del amor cortés. En esa predilección por el orden en lo natural, coincidían con los maestros clásicos, poco inclinados a cantar la naturaleza de las selvas, tendente a la maleza, a ras de suelo, y al enturbiamiento de la luz, en la altura, debido a la maraña de ramas y follaje. ¡Cuánto mejor resultaba el campo, la naturaleza domesticada y productiva a la que Virgilio y Horacio dedican infinidad de versos memorables! Definitivamente, el bosque es un escenario romántico *avant-la-lettre*. La gran experiencia mítica del bosque. El Nobel Tomas Tranströmer acostumbraba a transitar por las penumbras boscosas: “El abedul quebrado allí se pudre / en posición erecta, como un dogma. / Desde el fondo del bosque subo yo”.

Para fray Luis de León, un huerto bien cuidado era símbolo de esa codiciada vida retirada, consagrada enteramente a Dios. Por su parte, san Juan de la Cruz ve en lo selvático una señal de la acción divina, un “recuerdo” palpitante de la presen-

cia de Él en el libro abierto de la naturaleza: “¡Oh bosques y espesuras / plantados por la mano del Amado!”. La tradición angloamericana “visita”, con frecuencia, los bosques. Para Wordsworth, el bosque era algo así como el pueblo natal. Influye, por supuesto, el país en el que se desarrolla tanto su obra como la de Coleridge, poeta “lakista” como él. Leemos en *La abadía de Tintern*: “Toca con mano gentil: el bosque tiene un espíritu”.

Thomas Hardy sugiere en su poema “En el bosque” que los árboles disputan entre sí. En otro se referirá a los que talan un árbol: “Doscientos años / de firme crecimiento han acabado en menos de dos horas”. Así parece inaugurar el relato lírico de los oficios propios del bosque. Buen conocedor y traductor de la tradición angloamericana, el ibicenco Marià Villangómez aludirá al oficio de carbonero: “El bosque ofrece los últimos, más humildes trabajos”. En el mismo sentido, Robert Frost evoca a los “recolectores de resina”, y Theodore Roethke hace lo propio con los que recogían musgo. Él mismo, al hacerlo, dice cometer sacrilegio, sentirse “desgarrando la carne del planeta vivo”. Frost, poeta mayor de la observación de la naturaleza, insiste en “la necesidad de estar al corriente de las cosas del campo”, y en “Bosques frondosos” habla del ciclo indetenible de las estaciones. Su poema “¡Fuera, fuera!” evoca a un joven que pierde, primero, una mano, y, después, la vida entera, tratando de cortar un tronco con una sierra mecánica.

Recuerda Kipling, en “El camino que atravesaba el bosque”, todo lo que había antes de ser, un bosque, bosque. Borges, en “La noche de San Juan”,

La obra al óleo titulada ‘Bosques cerca de Oele’ (1908), de Piet Mondrian (1872-1944)



afirma algo parecido: “Hoy las calles recuerdan / que fueron campo un día”. El primero escribe: “Ahora nadie diría que una vez, / antes de que arraigasen los árboles, incluso, / hubo un camino aquí, atravesando el bosque”. En “El bosque oscuro”, Edward Thomas se refiere al corazón umbroso del bosque: “Es oscuro y profundo el bosque y, por encima, / brillan en vano las estrellas, / cual semillas de luz”.



Los bosques aparecen y reaparecen en todas las latitudes de la poesía. Pessoa reconocía en los mástiles de los barcos a los antiguos árboles. Éluard siente el bosque como un lugar para el desasosiego: “Bosque de exilio, bosque muerto”. Algunos poetas centroeuropeos y escandinavos encierran, en muchos de sus poemas, la atmósfera “sagrada” de los bosques. Czesław Miłosz, en “Expedición al bosque”, evoca e invoca su grandiosi-

dad y su misterio: “El sol poniente deja llamas rosadas / en cada árbol, cual candelabros, / y pasa por el camino la gente, pequeña”. También polaco, Zbigniew Herbert tiene un sobrecogedor poema en prosa, “El leñador”, equiparable, por su capacidad metafórica, a algunos de Joan Vinyoli: “El leñador no tiene bastante con los árboles. Persigue al sol. Lo alcanza en el límite del bosque. Por la tarde brilla en el horizonte un tronco

hendido. Sobre él un hacha enfriándose”. Para Ángel González, en el misterio del bosque “cientos de árboles / contienen el aliento sobre tu cabeza”. Los bosques “vivos” por los poetas reviven en sus versos. Vinyoli escribió: “He andado hasta llegar a lo profundo del bosque de la palabra”. Estamos, pues, en el gran bosque alegórico que linda con el silencio. ●

Jordi Llavina es poeta

REPRESENTACIONES SINIESTRAS

La ambigüedad del horror, desde la irracionalidad que acompaña hasta la excesiva confianza en la razón, dio lugar en el siglo XIX a algunas de las creaciones más fascinantes



por Jacobo Zabalo

— En plena Ilustración, concretamente en 1781 –año en que Immanuel Kant publicó su *Crítica de la razón pura*–, el pintor suizo Johann Heinrich Füssli creó una obra oscura y desasosegadora. Titulada *La pesadilla*, ha trascendido por la enigmática contraposición de dos realidades que se plasman, reunidas, en una sola tela: una mujer rubia, con un camisón de blanco fulgurante y corte neoclásico se encuentra tumbada en un diván, aparentemente dormida. Le cuelgan los brazos, la pose tiene algo de artificioso. Y, en efecto, hay algo extraño. Resiguiendo la vertical que define el brazo izquierdo, en premeditado contraste con la disposición horizontal del cuerpo que divide el lienzo, nos topamos en el otro lado con un engendro sentado sobre el vientre de la bella: un íncubo –ser de la noche– que, en escorzo, busca la mirada del *voyeur*. El busto de un caballo desbocado irrumpe espectacularmente en la escena, como *alter ego* del espectador. Las interpretaciones son evidentemente múltiples, incluso si nos apoyamos en elementos objetivables, como el título. La ambigüedad –la imposibilidad de determinar qué es aquello– representa, con todo, un elemento clave para la comprensión de la perplejidad que genera la representación de la figura siniestra. ¿Se corresponde acaso con lo que está soñando la joven? ¿O la pesadilla, lo que infunde terror, no es tanto su realidad concreta como la posibilidad de que el mundo de las tinieblas conviva *de facto* con el de la luz?

A pesar de que la platónica exclusión de las sombras por parte de la luz –de la razón– se reivindicó con optimismo exacerbado durante la Ilustración, especialmente exitosa en el campo de la ciencia, el cuestionamiento de su comfortable omnipotencia comienza a manifestarse de forma clara en los últimos años del XVIII. Más célebre que el cuadro de Füssli es el grabado de Francisco de Goya perteneciente a la serie de *Caprichos*, creado

entre 1797 y 1799, y conocido por el emblema que se lee en el pedestal sobre el que reposa, apesadumbrado, un ilustrado: *El sueño de la razón produce monstruos*. La doble lectura de este lema, la ambigüedad que constituye la creencia en una razón adormecida –en contraproducente letargo, o meramente ensoñada, como remedio a todos los males– es sintomática del espíritu romántico, ya en gestación. A lo largo de una serie de veladas dedicadas al relato de historias siniestras, en el verano de 1816, Mary Shelley concibe las líneas maestras de su *Frankenstein*, cuyo subtítulo reza *El Prometeo moderno*. La mitológica emancipación del hombre parece cobrarse un precio altísimo en la modernidad. Frente a los dogmas de la teología, el surgimiento del pensamiento crítico se acompaña de una instancia –la subjetividad– pretendidamente facultada para la fundamentación racional la realidad.

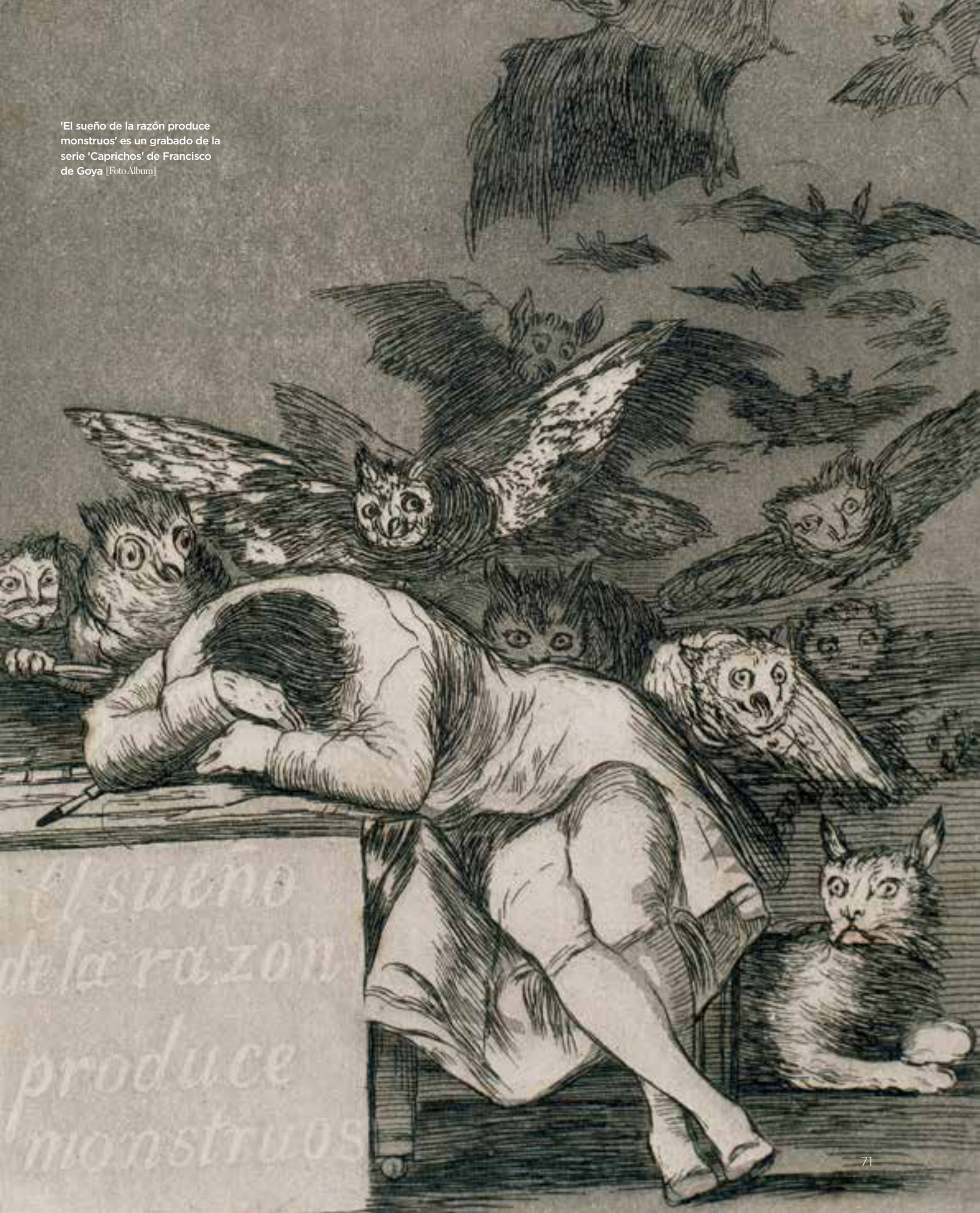
La consagración del positivismo, la confianza excesiva en la razón abre la puerta, paradójicamente, a su uso irracional, y se pone al servicio de los anhelos más primitivos, entre los cuales una forma de autoconservación extrema: la perpetuación de la vida más allá de la propia muerte. Pero Frankenstein no es el único engendro, muerto en vida o renacido desde la muerte para ya no morir. El tema del vampiro es todavía más popular en el imaginario colectivo, y de hecho Mary Shelley lo tuvo presente a raíz de la narración de John William Polidori. Una peculiar variación puede hallarse en el mito de Don Juan: el seductor, siempre ávido de encuentros amorosos, reclama de sus víctimas ese principio vital que lo mueve y lo enfrenta dramáticamente a la ley, cuya pétrea e inamovible realidad encandiló, en la versión mozartiana, a autores como E. T. A. Hoffmann, responsable –por su lado– de apasionantes relatos de terror. El más celebrado, *El hombre de la arena*, data de 1816 y traslada una noción tan funda-

mental para la comprensión profunda de la psique –recordará Sigmund Freud– como la de lo siniestro. El protagonista se enamora de un ser bellissimo –una criatura “perfecta”, llamada Olimpia– que ve solo a través del cristal de la ventana que los separa, hasta que descubre traumáticamente la realidad: que se trata de un engendro mecánico, con piezas, tuercas y, en suma, engranajes.

Terrorífica, la visión del objeto amado sin vida, tanto más al dar a entender que nunca había sido, realmente, un ser vivo. Que nunca habría podido poseerlo. En el cine encontramos un gran número de ejemplos que ilustran lo siniestro de la realidad extrañada: desde el robot femenino de *Metrópolis*, réplica de la adorable María en la cinta de Fritz Lang, hasta el personaje doble que interpreta Patricia Arquette en *Carretera perdida* de David Lynch, pasando por la desquiciante ambivalencia que escenifica *Ese oscuro objeto de deseo*, de Luis Buñuel. El desdoblamiento del yo en otro ser similar, pero completamente ajeno (a quien cree ser), es uno de los motivos típicamente románticos –la cuestión del *Doppelgänger*–. Si ya la técnica fotográfica, coetánea, habilita la paradójica fijación de la realidad, o sea, la captación atemporal del ser cuya realidad existencial consiste en dejar de ser, las imágenes en movimiento de la cinematografía posibilitan definitivamente la realidad de las sombras, la muestra de lo invisible u oculto. Así, se suceden versiones fascinantes de mitos como *Drácula* o *Frankenstein*, y por supuesto también un *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* que evidencia de forma terrible cómo los avances de la ciencia colaboran, contra todo pronóstico, con la dimensión de lo irracional. ●

Jacobo Zabalo es doctor en Humanidades. Imparte clases de filosofía en la Universidad Pompeu Fabra y colabora con varios medios en los que publica artículos sobre música y estética

'El sueño de la razón produce monstruos' es un grabado de la serie 'Caprichos' de Francisco de Goya [FotoAlbum]



EL ARTE DE COLECCIONAR EN BARCELONA

El arte de coleccionar es una pasión privada que acaba siendo un bien público. En Barcelona es notoria la coincidencia entre protagonistas empresariales y coleccionismo, con casos tan heterogéneos como Francesc Cambó o Frederic Marès, el mecenazgo de grandes empresas o los museos privados

por Francesca Minguella

— Barcelona ha sido tradicionalmente una ciudad poliédrica, como lo es su coleccionismo de arte, diverso y polifacético. Son de dominio público los nombres de Cambó, Marès o, recientemente, Muñoz Ramonet, pero muchos desconocen que son reputados coleccionistas personajes tan populares como el futbolista Migueli o el actor Òscar Jaenada, como lo fue el cantante Manolo Escobar. Mucho se ha hablado sobre la naturaleza y las motivaciones de este curioso *art shopholics* que es el coleccionismo. Para Maurice Rheims, la afición a coleccionar es una suerte de juego pasional. La pasión e incluso el desasosiego marcan al coleccionista, como supo glosar Helena Cambó con referencia a su padre. Hans

Nefkens, un interesante coleccionista que podríamos adjetivar “sin domicilio fijo”, puesto que colecciona encargos a artistas que sitúa en

distintos centros culturales o espacios públicos, lo define como “una pasión privada con beneficio público”. Esta idea de beneficio público fue central en la orientación de la Fundación Arte y Mecenazgo, acertadamente presidida por el recordado Leopoldo Rodés.

La Cambra de Barcelona ha subrayado la coincidencia entre protagonistas empresariales y coleccionistas. Esa fue la idea central del libro *The Art of Leadership*, editado en 1996 por el Business Committee for the Arts, en homenaje a David Rockefeller, fundador y primer presidente. Recientemente se ha producido una vindicación de la figura del coleccionista y de su buen criterio y las colecciones, gestionadas profesionalmente, son solicitadas para su exhibición. Si en el Renacimiento se abandona la “perspectiva jerárquica” medieval en la representación de la figura del donante, que pasa a tener igual tamaño que las figuras sagradas repre-

sentadas, en la actualidad es la figura del coleccionista la que crece e iguala la de los responsables de las instituciones culturales.

Todo buen coleccionista desea que su colección sea admirada por un público amplio. También es nueva la proliferación de museos privados en entornos geográficos donde no eran habituales, desde México hasta Rusia o China, con los que se intenta escapar de la “ley de hierro” de las colecciones, su dispersión a la muerte del coleccionista, que no suele evitarse con su integración en un museo ya existente.

El Museu de Montserrat ofrece las máximas garantías en este sentido y consiguió atraer la donación de la colección del arquitecto Xavier Busquets, autor del edificio del Col·legi d'Arquitectes, cuya modernidad en un entorno tradicional y su friso picassiano fueron revulsivos en la Barcelona de los primeros años sesenta del pasado siglo. También Juan José Brugera ha depositado allí su excepcional colección de arte bizantino.

Una figura destaca sobre todas, la de Francesc Cambó y la idea de servicio a la sociedad –en el Museu d'Art de Catalunya y en el Museo del Prado– que inspiró la formación de su colección. Con Cambó surge en el paisaje cultural barcelonés la figura del filántropo, antes de él fueron solo mecenas. Otra colección es básica en el actual MNAC, la de Plandiura, que no fue donada sino vendida y constituyó para su propietario una muy conveniente “manzana para la sed” frente a la depresión de los años treinta del pasado siglo. También la colección de la familia Gil, básicamente barroca, fue vendida al museo.

La tendencia a la creación de museos privados abiertos al público tuvo

Jardí de
les Escultures
de Barcelona
[Foto de Kippelboy/
Wikipedia.org]

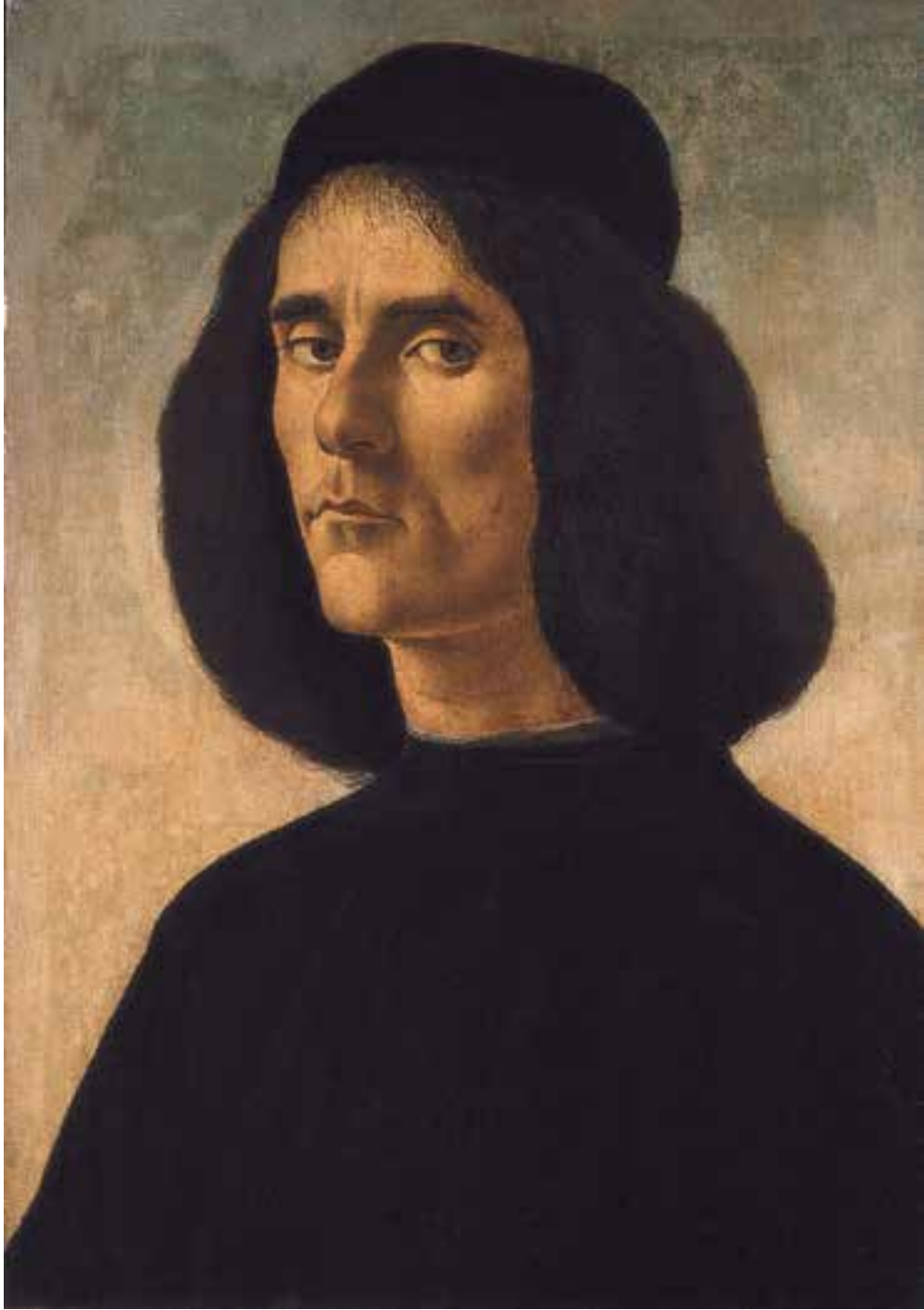


Retrato de Michele Marullo Tarcaniota, pintado por Botticelli en 1491. Museo del Prado, Colección Cambó [Foto de italice.rai.it/Wikipedia.org]

en Barcelona como pionero al insaciable coleccionista Rafael Tous, con la Sala Metrònom y su importantísima colección de arte conceptual. Otros le han seguido: la Fundació Suñol en el paseo de Gràcia, en la que había sido residencia familiar del coleccionista; los diversos espacios de la Fundació Vila-Casas, con una curiosa autolimitación al arte catalán; Francisco Daurella, elevando el entorno del Pueblo Español de Montjuïc; y la clausurada Fundació Godia, en una emulación del tipo de coleccionismo de Plandiura, con un peso importante de la cerámica española.

El Museu de Ceràmica de Barcelona, sometido a un incomprensible proceso de encogimiento, reúne colecciones de porcelana china y japonesa procedentes de Leandro Mella, Enric Batlló, Hermenegildo Giner de los Ríos, Josep Salvany, Carmen Artigas-Alart, Apel·les Mestres, Camila Fabra y María Abrate-Bouvard. Las ideas de lejanía, exotismo y expediciones se hallan presentes en la colección de arte africano de Folch, con su colaborador Eudald Serra. También en la de la Fundación Duran Vall-llosera, y en el Museu Egipci de Barcelona del hotelero Jordi Clos. Este último incorpora el arte a sus hoteles como elemento diferenciador, mientras que Isaac Andik, al igual que hiciera Peter Stuyvesant, coloca la colección en los centros de trabajo de su empresa Mango.

Las empresas reeditan la relación *denaro e bellezza* de la Florencia renacentista. Por ejemplo: la colección de "la Caixa", promovida por el innovador Josep Vilarasau; la del Sabadell, en la que ha dejado su impronta la presidencia de Oliu; los encargos de cada presidente del Puerto de Barcelona; los de la entonces Acesa, tanto para las áreas de



descanso de sus autopistas como para la felicitación de Año Nuevo, con una referencia al logo de la propia empresa.

Muchos artistas coleccionan, Rembrandt es el más célebre en este sentido. La colección de Picasso se mostró en su museo de Barcelona. Algunas de las piezas de la colección de Marià Fortuny han recalado en el Hermitage. Santiago Rusiñol amplió la colección de su estudio barcelonés en el Cau Ferrat de Sitges. Frederic Marès, en la original génesis de cuyo entrañable museo fue

básica la intervención del alcalde Miguel Mateu, él mismo coleccionista y presidente de la Reial Acadèmia de Sant Jordi. Y el regalo de Picasso a Sabartés, traspasado a la ciudad de Barcelona y embrión de su museo, inaugurado en 1963 con el nombre de Colección Sabartés. La pasión privada del coleccionismo acaba siendo un bien público. ●

Francesca Minguella es fundadora de la International Network of Business-Arts Alliances y de la Asociación Cultura y Alianzas

VILNIUS: UNA CIUDAD QUE SE BUSCA

La bella ciudad de Vilnius, capital de Lituania, tiene todavía por delante una gran pregunta por responder. Es una ciudad que se busca, una ciudad que necesita encontrar su verdadera identidad, oculta bajo la densa red de su compleja historia entre los siglos XIV y XX



por Sam Abrams

—A todos los visitantes europeos que visitan Vilnius les aguarda una sorpresa agradabilísima porque descubrirán un secreto demasiado bien guardado: una ciudad vital y cosmopolita y una de las verdaderas capitales culturales de Europa. En el núcleo antiguo hay auténticas joyas de la cultura europea e internacional, joyas como el gótico flamígero de la iglesia de Santa Ana; joyas como la puerta del Alba con el venerado icono de Nuestra Señora, ante la que rogó la gran poetisa Anna Ajmátova en 1915 para asegurar la vuelta sano y salvo de su marido Nikolai Gumiliov; joyas como el conjunto de iglesias barrocas —la catedral, Santa Catalina, San Casimiro, San Pedro y San Pablo, San Juan, Santa Teresa, San Miguel, el monasterio basilano— que, con toda justicia, han ganado para la ciudad el sobrenombre de Roma del Este; joyas como la Universidad de Vilnius, la más antigua de las operativas de Europa del Este, que data del siglo XVI, y joyas como el laberinto de calles medievales en las dos secciones, la Mayor y la Menor, del Barrio o Gueto Judío.

La estrepitosa caída de la antigua Unión Soviética fue la última de una serie de oportunidades de oro para conseguir la plena integración de los países del este en el gran proyecto de una Europa unida sin fisuras o fracturas. A lo largo de la historia, desde el Imperio Romano hasta la Unión Europea, pasando por la política de los Habsburgo y la era napoleónica, se han sucedido diferentes propuestas que siempre han ido fracasando. Las teorías de Claudio Magris y György Konrad sobre la llamada “Mitteleuropa” se han disipado dejando un amargo polvo de *wishful thinking* o sueño directamente inalcanzable. La pura verdad es que la gran mayoría de viajeros de Europa del Oeste, que se empeñan en querer conocer destinos más exóticos y lejanos, ignoran una parte significativa de su propia historia y cultura atesoradas en capitales como Praga, Budapest, Bucarest o Vilnius, por citar solo algunos ejemplos, que son una clara y lamentable demostración de la regla general en juego.

Cuando el visitante aterriza en el aeropuerto internacional de Vilnius y recorre los seis kilómetros hasta la capital de Lituania se encuentra con una vigorosa y bella ciudad de cerca de medio millón de habitantes: ha aprovechado todas las ventajas que ha tenido a su alcance desde su problemática independencia en 1991 y su clamoroso ingreso en la Unión Europea en 2004, con el 91,1% de los votos favorables. Desde hace un cuarto de siglo, Vilnius se

La iglesia gótica de Santa Ana se sitúa en el centro histórico de la ciudad de Vilnius
[Foto Thinkstock]



ha visto inmersa en un desafiante proceso de cambios profundos para recuperar su capitalidad de Lituania y de los países bálticos. Vilnius ha tenido que reconectar con la economía europea y global de mercado, reacondicionar los miserables suburbios de la era soviética, construir nuevas zonas para acoger a la creciente población y a la nueva actividad económica y restaurar el importante legado patrimonial del barrio antiguo. En cuanto a la cultura la ciudad, han visto recompensados sus esfuerzos porque desde el 1994 el barrio antiguo, el conocido Senamiestis, ocupa el lugar 541 en la lista del Patrimonio de la Humanidad de la Unesco y en 2009 Vilnius fue Capital Europea de la Cultura, junto con Linz.

Ahora bien, detrás de su extraordinariamente bella y sofisticada fachada, la ciudad de Vilnius tiene todavía por delante una gran asignatura pendiente. Es una ciudad que se busca, una ciudad que necesita encontrar su verdadera identidad, una identidad oculta bajo la densa red de su compleja historia entre



los siglos XIV y XX. De momento, y es comprensible, Vilnius está inmersa en una etapa de nacionalismo exacerbado, que se observa con facilidad por la cantidad ingente de banderas y símbolos de lectura inequívoca. En el futuro, por necesidad, Vilnius deberá pasar por el doloroso proceso de hacer las paces con las diferentes fuerzas de ocupación —polacos, rusos, alemanes— que a lo largo de la historia han forjado su carácter y su fuerte personalidad. También Vilnius deberá reconocer abiertamente los diferentes sustratos bielorrusos y ucranianos. Y, finalmente, tendrá que afrontar, cara a cara, la espinosa cuestión de su pasado pluriconfesional, donde coexistían el catolicismo, la Iglesia ortodoxa rusa, la Iglesia ortodoxa oriental, el protestantismo, el judaísmo e, incluso, la mínima expresión del islam. Sin duda, la parte más dura de la reconciliación será aceptar la colaboración innegable y probada con Stalin y Hitler en el exterminio judío. El 95% de la población judía murió entre 1939 y 1944, entre las

deportaciones y los brutales asesinatos en masa en los bosques de Panerai, la tradicional zona de ocio festivo.

Vilnius es una ciudad que se busca y será necesaria mucha dedicación y valentía para que se encuentre. Pero la compensación habrá valido la pena, la compensación de reconocer que la particularidad de la identidad de Vilna, la particularidad que la hace singular dentro del marco europeo, es justamente su pluralidad, diversidad, riqueza y complejidad. Por ello, el gran escritor Czesław Miłosz, nacido en la Lituania profunda y educado en Vilnius entre 1920 y 1940, declaró en su autobiografía de 1959: “Se dice que la civilización moderna crea un aburrimiento generalizado y destruye la individualidad. Si es así, esta es una enfermedad que me han ahorrado”. Se entiende que haberse formado en Vilnius lo había hecho inmune a la gran afección de su siglo. ●

Sam Abrams es escritor y profesor

REDESCUBRIR A SATIE

Si compositores coetáneos como Debussy o Ravel hacen propuestas musicales que gozan del gran favor del público, Satie toma el camino de la investigación y la experimentación musical. Nacido hace ciento cincuenta años, Satie reformula la escritura musical, propone nuevos sistemas de anotaciones personalizadas en sus partituras o reflexiona sobre la sincronía entre música e imagen cinematográfica.

Abre las puertas a la música repetitiva y minimalista. Así se convierte en una figura clave en la música contemporánea



por David Albet

— Erik Satie decía de sí mismo: “He llegado al mundo muy joven en un tiempo muy viejo”. Muchas de sus obras no se estrenaron nunca. En los ciento cincuenta años de su nacimiento es un personaje capital para entender las transformaciones estéticas a finales del siglo XIX y principios del XX. Su música expresa como nadie las evoluciones artísticas que van desde el París de los impresionistas de finales del XIX hasta las vanguardias históricas que desembocan en las rupturas propuestas por el arte surrealista a principios del siglo XX. En un momento en que la pintura impresionista reformula la autonomía del arte, los sistemas de representación y el papel del artista en la sociedad, Satie reflexiona con libertad total sobre la función social y el uso de la música y sobre su dimensión espacio-tiempo, especialmente en el campo de las artes escénicas. Mientras otros compositores coetáneos como Debussy o Ravel se entretienen en propuestas musicales que gozan del gran favor del público, Satie no se detiene y continúa en su esfuerzo de investigación y experimentación musical. Satie reformula la escritura musical, propone nuevos sistemas de anotaciones personalizadas en sus partituras o reflexiona con el cineasta

René Clair sobre la sincronía entre música e imagen cinematográfica. De dicha investigación musical procede la música repetitiva y minimalista. La pasión experimental lo convertirá en una figura clave en la música contemporánea.

En el París de los años veinte Satie trabaja con pintores cubistas como Georges Braque y Picasso, y más tarde conecta con los movimientos dadaísta y surrealista, en los que colabora con Tristan Tzara y comparte inquietudes artísticas con Picabia, Man Ray o Duchamp. El humor y el absurdo son los rasgos más distintivos tanto de su carácter como de su obra. La vida de Satie en este París de principios de siglo transcurre entre los encargos para sobrevivir a la miseria, el submundo de los cabarets y el auge de las vanguardias. Satie dibuja, escribe, compone o improvisa *ready mades*. Una de sus obras menos conocidas pero con un gran impacto en el mundo de la música es *Vexations*, de 1893. En esta obra se repite una misma frase al piano hasta 840 veces. La duración de la obra es variable según el pulso o el tempo en que se toque y, por tanto, el concierto puede alargarse entre 24 y 30 horas. Descubierta en los años cuarenta por John Cage, la idea performativa de esta pieza musical marcó el camino de otras propuestas que van más allá del fenómeno concertístico y de las formas tradicionales de entender el consumo de la música desde la platea. Las nuevas formas de entender el hecho musical de Satie son claves en John

Antes de componer su segundo 'Nocturno', Satie escribió estas relevantes anotaciones en su cuaderno de partituras [Foto de Bibliothèque Nationale de France]

Cage, Morton Feldman y las nuevas formas del expresionismo abstracto. Nuevos modos de acceder a la obra de arte en la que la clave se convierte en la experiencia artística. Sentarse en la silla con una actitud pasiva ya no es posible. Tal vez la última influencia de Satie ha sido la última obra del reconocido dramaturgo, coreógrafo y artista multidisciplinar Jan Fabre, *Mount Olympus*, en la que una cuarentena de actores transitan por la escena durante 24 horas sin entreactos.

En ocasiones existen obras que por alguna azarosa razón se convierten en iconos de la cultura popular repetidos hasta la saciedad. Estoy pensando en obras como *El grito* de Edvard Munch, la escultura *El pensador* de August Rodin o las composiciones con colores primarios de Piet Mondrian. En palabras de Ludwig Wittgenstein, si "tuviéramos que designar lo que da vida al signo deberíamos decir que es su uso". Estas obras concretan un sentimiento o un estado de ánimo de una determinada sociedad y se convierten en iconos populares con las utilidades más diversas. Sucede lo mismo con las *Gymnopédies* de Erik Satie, que se han convertido en el paisaje sonoro de cualquier imagen de melancolía o tristeza, ya sea para una sesión de meditación *new age* como para

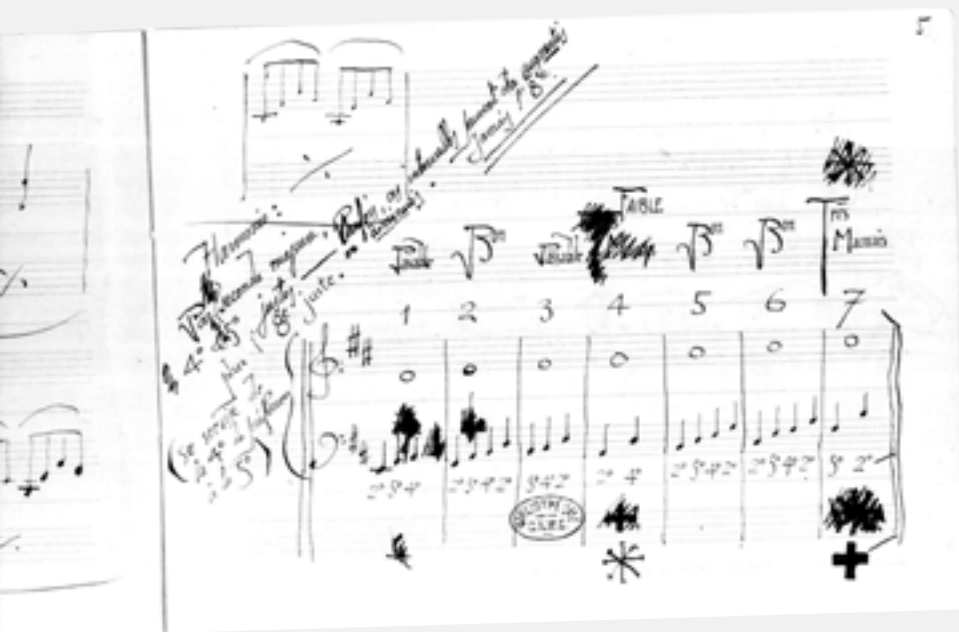
una película sentimental. Pero desgraciadamente estas pocas notas entierran una extensa obra y una clara voluntad de investigación musical y artística. Detrás del pensador de Rodin,

detrás del grito de Munch o detrás de las *Gymnopédies* de Satie se esconden grandes artistas con una clara voluntad de experimentación.

Es a principios del siglo XX cuando, poco a poco, se empieza a producir un divorcio entre la música culta y el público. Ello provocará que, a partir de la segunda mitad del siglo, la música contemporánea desaparezca del repertorio habitual en los auditorios de música. La crisis económica de los últimos años todavía ha acentuado más esta tendencia porque la falta de ayudas públicas y la urgencia de vender entradas para llenar las plateas ha alejado la música contemporánea, o las propuestas más experimentales, del gran público. Es un drama para los programadores de música contemporánea. Los auditorios se refugian en un repertorio fácil de identificar, confortable y dejan de ofrecer nuevos descubrimientos musicales. Parece como si la música se acabara en Debussy, Ravel o Stravinsky. Y justamente Satie es la figura que traspasa ese límite e intenta conectar la música impresionista con nuevas formas musicales, como la música minimalista y el surrealismo. Su inquietud por reinventar la función social de la música lo llevará a colaborar con el mundo del cine, el mundo de los cabarets y con los ballets de Diaghilev con Cocteau y Picasso.

Erik Satie es también el inventor del concepto de música de mobiliario, *musique d'ameublement*. En este caso la música, para Satie, no tiene ninguna intención artística. Como si fuera un mueble, sirve solo como música de fondo para acompañar algunos actos sociales o ciertos espacios. Hoy la música de mobiliario acompaña nuestra vida en los aeropuertos, en los centros comerciales y los ascensores. En nuestros lugares de paso, en nuestros no lugares. También aquí Satie se adelantó a su tiempo a la hora de pensar nuevas utilidades sociales para la música. Satie es un buen ejemplo de un artista que vive a partes iguales el afán de experimentación y el descubrimiento artístico para conectar su arte con toda una época expresiva. Satie vivió el París más urbano y popular a la vez, con la pasión permanente de la innovación formal. Es justo que sea un autor popular pero no me parece justo que lo condenemos a la música de mobiliario. ●

David Albet es músico





Imma Monsó

Poder elegir

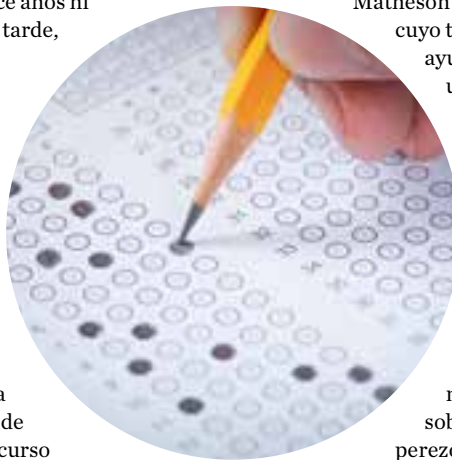
—Tengo un recuerdo extraño, sin duda transformado, de la primera vez que me enfrenté a un test de respuestas múltiples. Si, por un lado, me divertí bastante porque poner cruces era más rápido y expeditivo que elaborar algo propio, por el otro, el recuerdo ha quedado empañado de sombras, como atravesado por una siniestra corriente. Esa primera vez fue a principios de los setenta, cuando las monjas de mi colegio invitaron a una empresa que realizaba lo que entonces se llamaban “tests psicotécnicos” para evaluar el percentil de nuestro coeficiente intelectual, algo que a nuestros once años ni sospechábamos que existiera. Más tarde, la empresa envió a las familias un dossier del que solo recuerdo gráficos y curvas, resumidas por un elemento visual impactante: un termómetro que marcaba una temperatura más alta cuanto mayor era el talento demostrado. Recuerdo el termómetro pero no la temperatura y, como mi madre era muy dada a hacer limpieza, nunca lo he vuelto a ver. No volví a marcar casillas hasta que, años más tarde, me sometí a otra de esas pruebas de respuestas de opción múltiple para entrar en un curso de inglés.

Ahora, en cambio, los exámenes de respuestas de opción múltiple han alcanzado tanta popularidad que se utilizan incluso para evaluar disciplinas tan “discursivas” como la psicología, la literatura, la historia o la filosofía. Que un estudiante tenga que responder a la pregunta “¿Qué significa que, para Kant, el tiempo sea una «forma a priori»?” mediante el procedimiento de marcar una de cuatro frases que ya vienen dadas no deja de ser chocante, más aún si tenemos en cuenta lo mal formuladas que suelen estar las respuestas, dado que elaborar con rigor este tipo de exámenes es extremadamente difícil. Bien es cierto que en las facultades de letras aún se permite al estudiante explayarse en los exámenes —¿No era esa la finalidad de las humanísticas, que el estudiante fuera capaz de construirse un discurso propio?—, pero en las de ciencias el *multiple choice* está tan extendido

que da lugar a curiosas paradojas. El estudiante se ve en la necesidad de practicar la mecánica para aprobar y por eso proliferan los cursillos que afinan esa habilidad. Algunos cursos llegan incluso a prometer al estudiante que lo convertirán en un marcador de casillas tan astuto que ni siquiera tendrá que estudiar nada. Y aunque sin duda es puro marketing, hay algo sombrío en esta promesa, algo que conecta de nuevo con mis peores sospechas acerca de los exámenes tipo test.

Hace poco andaba leyendo un cuento de Richard Matheson —el autor de *El hombre menguante*— cuyo título es *The test* (1954). Ahí un hijo ayuda a su padre a prepararse para un examen final muy especial. El padre tiene ochenta años y practica aplicadamente lo de marcar casillas en el mínimo de tiempo, repetir sucesiones de números y otras habilidades. Ya ha fracasado en anteriores exámenes y esta es su última oportunidad: si no lo consigue, será —literalmente— eliminado. “Pero las palabras ya no se asimilaban fácil... ni rápidamente. Parecían posarse sobre los tejidos de su cerebro cómo perezosos, lentos insectos carnívoros...”.

Y ahí entendí de nuevo —más aún, me pareció entender definitivamente— por qué ese primer recuerdo siempre ha estado atravesado por un haz de sombrías premoniciones. “Así será como en el futuro se librarán de nosotros”, pensé. “Así se suprimirá a los ancianos poco rentables, si una buena ley de la eutanasia no lo impide: será mediante un examen de respuestas múltiples”. De esos que permiten, según algunos pedagogos, “uniformidad de criterio y objetividad en la corrección”. En ese punto volví a verme en el aula bajo la luz blanca de los fluorescentes, marcando alegremente casillas junto a mis compañeras, unas más concentradas, otras más distraídas, unas más ágiles, otras más torpes, pero todas enfrentadas a la misma imposibilidad de responder nada de cosecha propia, limitadas a no explicar nada más allá de las respuestas dadas... por otros. Toda una metáfora de lo que, hoy en día, llamamos “poder elegir”.



Prudencia y Ambición: un mejor futuro para su patrimonio

En un mundo de cambios constantes, hay que saber controlar los riesgos y aprovechar las oportunidades. Combinando, con un enfoque global, una gestión dinámica y defensiva. Asociando al trato personalizado, un profundo conocimiento del mercado. Aconsejándole sobre la estrategia que mejor se adapte a sus necesidades.

¿Y si nos convertimos en su socio de referencia y de preferencia?

Descúbranos en degroofpetercam.com



¿DÓNDE?

Juntos. Con la Mutua.

A LA HORA DE INVERTIR TUS AHORROS, HAY UNA PREGUNTA QUE SÓLO NOSOTROS PODEMOS RESPONDER: DÓNDE INVIERTES TU DINERO.

- Con Mutuactivos puedes invertir en los mismos fondos en los que Mutua Madrileña invierte gran parte de su patrimonio financiero.
- Con las mismas condiciones.
- Con el mismo equipo de expertos.



MM MUTUACTIVOS
GRUPO **MUTUAMADRILEÑA**

902 555 999
www.mutuactivos.com

Existe, tanto en las oficinas de la entidad como en su página web, información obligatoria contractual y/o precontractual a disposición de los clientes en relación con los productos o servicios ofertados por Mutuactivos.